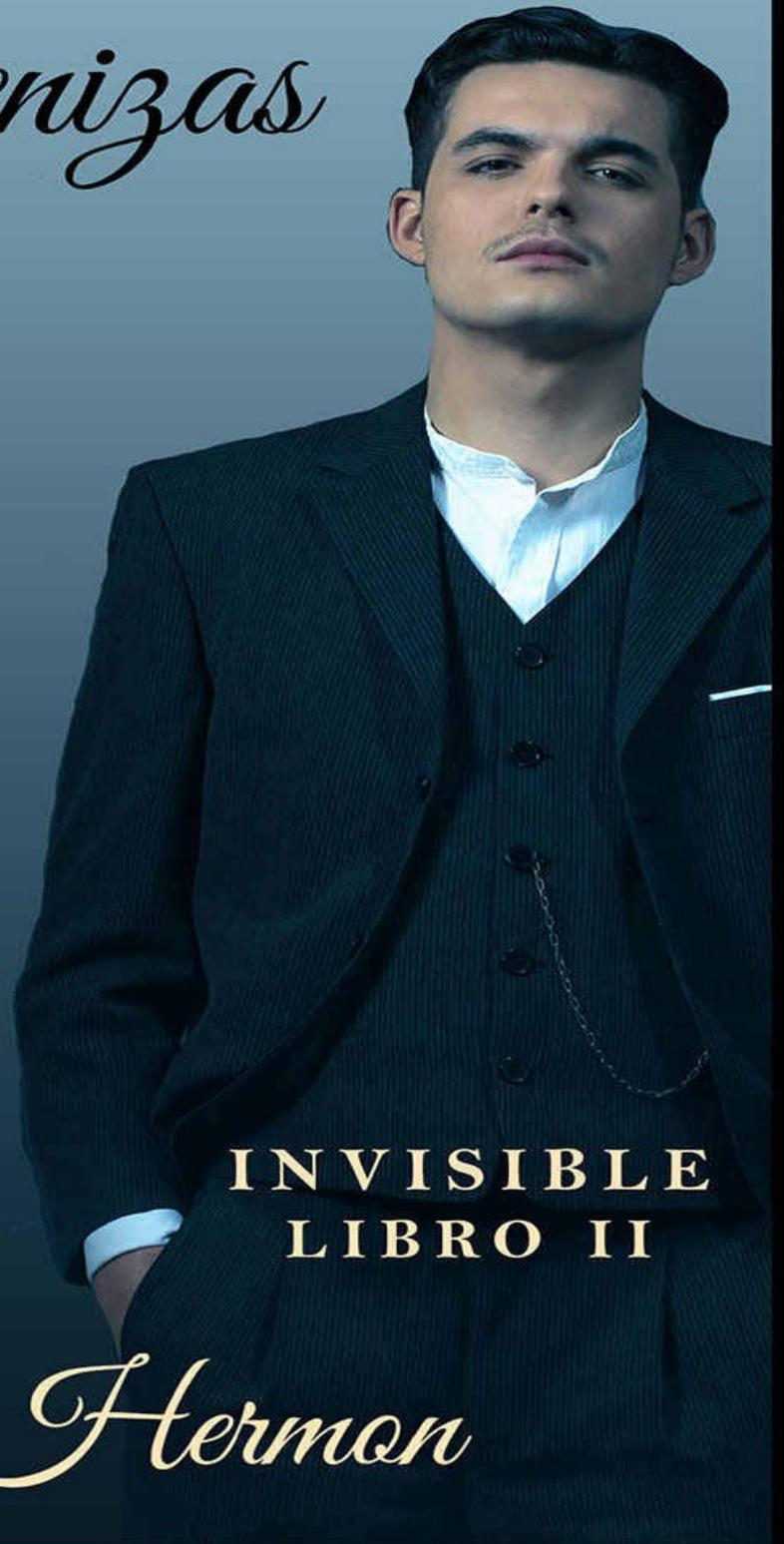


Selecta

*Resurgiendo de las
Cenizas*



**INVISIBLE
LIBRO II**

Olga Herman

Resurgiendo de las cenizas

Invisible. Libro II

Olga Hermon

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de México, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

Capítulo I

— ¡Madre mía!, Ruperto, ¿qué has hecho? —preguntó la voz angustiada de la mujer al verlo.

—Creo que la he matado, María —se lamentó con la carga inerte en sus brazos.

— ¡Dios nos agarre confesados! —rogó su esposa con la vista vuelta hacia el techo al tiempo que se santiguaba.

El tembloroso hombre recostó a la joven sobre la humilde cama de madera burda y su esposa se aprestó a buscar el corazón en el pecho embadurnado de sangre.

Tiempo después...

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —La débil voz era casi un susurro.

—Mi nombre es María. Estás en la casa del chofer de la mansión Olaya. Mi esposo te trajo aquí. Él te dio un golpe con el coche sin querer —confesó con rostro atribulado, de pie junto a ella—. Pensó que estabas muerta. Cuando te trajo, apenas tenías latido. —Su voz se apagó al final, pero la expresión de sus ojos angustiados suplicaba por el perdón.

—Ahora lo recuerdo. Yo tuve la culpa —aseguró llevándose la mano a su dolorida cabeza, ahí se topó con un vendaje que le rodeaba la frente como una diadema de princesa—, lo siento mucho. —Lo dijo tanto por ella como por los esposos. De pronto, a su mente llegaron con claridad las imágenes de la

persecución de los vagos en el parque de Berrío y su imprudente reacción al cruzar la calle sin ver—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó sin dejar de mirar el rostro curtido de la mujer.

—Un día. Dice el médico que estarás bien. Sufriste una pequeña con... confusión.

—Contusión. —la corrigió con amabilidad.

—¿Recuerdas cómo te llamas?

—Sí. Regina Cano —respondió sin dudar.

Trató de incorporarse en el colchón que la arropaba con sofoco, pero su cuerpo lastimado no la ayudó, además de que María de inmediato hizo un ademán de detenerla. Resignada, se conformó con mirar desde el sitio todo a su alrededor; lo que percibió le habló de estrechez económica, pero también de calor de hogar «¿Cómo harían para solventar el gasto del médico?», se preguntó preocupada por ocasionarles problemas.

—La patrona lo pagó —dijo la intuitiva mujer al adivinar lo que pasaba por su mente.

—Debo irme, no quiero causar más molestias. —Decidida, intentó de nuevo levantarse, pero esta vez María la retuvo por los hombros en tanto que pronunciaba un rotundo «No»—. En cuanto encuentre trabajo devolveré lo que han gastado en mí —prometió apenada.

—Si quieres, aquí tenemos empleo para ti. Hace tiempo que necesito una ayudante ¿Sabes limpiar? La paga no es tan mala —agregó esperanzada, pues hasta ahora no había conseguido quien quisiera trabajar en una casa en la periferia de la ciudad, por más exclusiva que fuera.

—Sí —Regina respondió con ojos brillantes de gusto. —Gracias por todo, María —alcanzó su mano y la estrechó con afecto. «“Dios cierra puertas, pero abre ventanas”», pensó, agradecida al Cielo.

—Trabajarás para Mercedes Olaya y su esposo. Por ahora caen poco por aquí. Pusieron la casa en remodelación antes de venirse a habitarla —explicó con amabilidad.

Después de un gran plato de consomé, otro descanso impuesto por la insistente María y un baño de tina, Regina se sintió con fuerzas para conocer la mansión Olaya y sus nuevas obligaciones bajo el mando del ama de llaves del lugar. Vestida con el uniforme de la servidumbre, para variar dos tallas más grandes que la suya, recorrió las áreas en proceso de remodelación, ocupada por una docena de hombres recios que gritaban, cantaban y se lanzaban tabiques de barro cocido o herramientas para agilizar la marcha. Al cruzar el salón principal, pudo apreciar con gran regocijo que la residencia contaba con servicio telefónico; antes de que extrañaran su presencia, pediría permiso para hablar a casa de su prima y a la tienda del pueblo para que le llevaran un mensaje a su madre.

Decidió poner a la familia en antecedentes de su nuevo empleo, cosa que le ganó una significativa felicitación por parte de su primo que, por suerte, se creyó todo el cuento de que había aceptado el ofrecimiento de María, su conocida del mercado de la ciudad, con quien tenía buena amistad.

Las semanas siguientes transcurrieron en una tranquila rutina para Regina. Levantarse con la salida del sol, ir detrás de los trabajadores de obra para mantener en lo posible limpia la mansión y finalmente acostarse con el ocaso, tan cansada, que apenas tenía fuerzas para pensar, pero su corazón, que obraba por cuenta propia, de diario la hacía llorar en un lamento quedo, doloroso, hasta quedarse dormida.

Por fortuna, con los fines de semana se rompía la rutina y llegaba el alivio para su cuerpo cansado y, de paso, para su herido corazón. En La María la esperaba la fiesta segura porque se encontraba toda la familia reunida, incluido tío Tavo y esposa, como en los viejos tiempos. Hasta la enfermedad de doña Reginalda les estaba dando un respiro, tanto, que su médico se atrevió a sugerir un tiempo sin los medicamentos para que su organismo descansara de ellos. Esto fue un alivio para Regina, que de igual manera tuvo que aceptar la ayuda de don Octavio y José Pedro para sufragar los gastos extras de la casa.

Una mañana, cuando suplía a la cocinera que estaba de parto, Regina se puso mal, no pudo soportar el calor del fogón y los olores del cocimiento y las especias al punto del hervor. Enfermó tanto que fue necesario llamar al médico para que la revisara. María la convenció con el argumento de que podía ser una secuela del golpe recibido, pero el galeno, constató lo que ella venía sospechando y sufriendo en silencio hacía tiempo. Estaba esperando un hijo de Gabriel y aunque la noticia era una bendición, de pronto se le vino el mundo encima al pensar que su madre recaería por causa de la tremenda noticia.

En la mansión Ponce de León de Medellín, los habitantes también sufrían sus propias cuitas. Ahí estaba Gabriel para dar fe de su duelo continuo. Diario se escuchaba su gemido atormentado por una dolencia que no se había podido erradicar. Lejos de sanar de ese mal que lo aquejaba, hacía bastante tiempo, agonizaba en sus tormentosas noches en que no hacía otra cosa que arder en las llamas de su mente afiebrada.

Al principio, creyó que lo resolvería al tirar la cama de su alcoba; en poco tiempo le siguió el resto de los muebles, hasta que él mismo terminó en otra habitación, del otro lado de la casa. Pero sus recuerdos inamovibles sobrevivían a todo cambio y lucha. El mal estaba dentro de su cuerpo y le calaba hasta los huesos, hasta el alma. Su rara enfermedad tenía un nombre: Regina. Regina y el maravilloso recuerdo de la noche que compartieron juntos. Aunque esa noche quedó marcada con su cobarde partida.

En esa ocasión, cuando aún no amanecía, Gabriel despertó de sus sueños para procurar a su hermosa inspiración, pero ella no se encontraba a su lado en la cama. Presintiéndose lo peor, salió en su busca; no tardó mucho en descubrir que Regina lo había abandonado. La carta de despedida que había dejado en la cocina, para su nana, era la prueba definitiva de ello. Esa noche, en el silencio abrumador de la casa, solo el sentimiento de traición lo

acompañaba. Decidido a ponerle fin a esa historia ridícula de «el patrón y la sirvienta», regresó sobre sus pasos con la única idea de lavar su cuerpo hasta conseguir tumbarse todo vestigio del aroma dulce de Regina. Una y otra vez talló su piel para convencerse de que había borrado el recuerdo de ella; entonces declaró que ya no habría más noches de insomnio o de calientes sueños. Ese encuentro sería la cura para su tonta obsesión. Ya podía continuar con su planeada vida donde no figuraban las sirvientas en la cama, como siempre debió ser.

Pero, «el hombre propone y el destino dispone...»

Gabriel, no solo no sanó de su locura, un día se levantó con la consigna de encontrar a la niña de sus ojos; fue cuando decidió embarcarse en una odisea de «ires y venires» por toda la ciudad, en busca de su tónico para poder dormir, para poder pensar, para poder funcionar; aun en contra de las críticas de Roberto y de las objeciones de Gregoria.

Su nana decía desconocerlo, su amigo decía igual; para acabar pronto, él también se desconocía. Era la antítesis del Gabriel de un mes atrás. Ahora, más bien parecía un judío errante perseguido por sus demonios. Siempre que se trataba de la belleza de rubia cabellera, el empresario racional y frío desaparecía para dar cabida a un hombre visceral, lleno de sorpresas y contradicciones.

Gabriel detuvo el auto justo en la entrada principal; afuera llovía a cántaros. Consultó su reloj de cadena para cerciorarse de la hora, aún faltaban treinta minutos para su «cita». Dadas las circunstancias, creyó conveniente adelantarse. Resuelto, salió del auto y corrió hacia el pórtico sin nada para protegerse del aguacero. Golpeó la puerta de madera sólida con el puño y esta se abrió de par en par. Siguió de frente por el espacioso vestíbulo; un inesperado frío le caló hasta los huesos, era el frío que se respiraba en el lugar, porque afuera el clima era templado como siempre. Los ronc jadeos lo guiaron al salón principal; al fondo, sobre el sillón situado al centro, de

espaldas a la puerta, follaba con impaciencia una pareja de libertinos que no pudieron llegar a la alcoba.

Eso fue justo lo que pensó en cuanto miró la candente escena: «¿Por qué estoy aquí?», se preguntó intrigado. No tenía ni idea, pero sabía que nada bueno debía de esperar si acudía a la cita de «un amigo», tal como rezaba al pie de página la carta que encontró en su escritorio esa mañana.

—¡Eres tú! —se descubrió gritando con voz desgarradora. Cuando el hombre se apartó de la mujer al escuchar sus pasos, pudo reconocer a su amante; entonces supo de quiénes se trataba—. Nunca has dejado de revolcarte con mi acérrimo enemigo. ¡Maldita! Ahora entiendo tu huida; en cuanto te llamé, corríste hacia él —condenó sin remedio—. ¡Eres de lo peor, Regina!

Sus palabras eran tan duras que cortaban como los carámbanos^[1] que cuelgan de los altos pinos de las montañas, después de una lluvia de invierno.

—¿Qué haces aquí, Gabriel? No eres bienvenido —bramó Andrés de Toledo, furioso por la interrupción.

—¿Gabriel? —Regina se enderezó en el asiento, con la cabeza pesada como un plomo. Fue consciente de que su propia voz se escuchó rara, distinta, tanto o más extraña de lo que sentía su cuerpo, pero no ataba a entender lo que le pasaba. Trató de enfocar su visión borrosa, aunque no tenía duda de haber escuchado la voz de su amado—. ¡Joven Andrés! —exclamó asustada. «¿Qué hacía él ahí?, ¿por qué ella estaba con él?», se preguntó. Asida del respaldo, se puso en pie como pudo, todo le dio vueltas; sin poder evitarlo, el corpiño del uniforme resbaló hasta su cintura ante la mirada asesina de Gabriel.

—¡Qué asco me dan los dos! Son tal...

—¡Gabriel, escúchame, por favor! —rogó angustiada—. No comprendo qué sucede, pero te aseguro que yo no estoy con Andrés —tambaleante caminó hasta él, con la ropa deshecha apretujada contra su pecho.

—No me interesa oír ni de ti ni de ese canalla —los señaló como si fueran poco menos que basura— las mentiras que han urdido entre los dos. —

Retrocedió un paso, con el rostro desfigurado por el dolor.

—¡No es ninguna mentira, por Dios, Gabriel, escúchame! —Se acercó implorante hasta alcanzar su brazo.

—¡No me toques! ¡Mujerzuela! —Se zafó con violencia.

—¡Por Dios, no me hables así! —gimió desesperada, con las manos abrazadas a su vientre al sentir que se endurecía por dentro.

—¡Regina, cariño, cálmate! Le puede hacer daño al nene. —De pie, tras ella, Andrés le habló al oído de forma íntima, con las manos sobre sus hombros en actitud tranquilizadora.

—¿Qué nene? ¿De qué habla? —exigió Gabriel. Los oídos le empezaron a zumbar; presentía que estaba a punto de escuchar algo más terrible que su descubrimiento.

—Estoy esperando un hijo tuyo, Gabriel.

—¿De qué hablas, Regina? ¡Creí que ese hijo era mío! —Con rostro de sorpresa, De Toledo la giró sobre su eje como si se tratara de una marioneta.

—¿Qué? —Al escuchar las sandeces del hombre, Regina sintió que el aire le faltaba. No podía desmayarse, tenía que aclarar la situación con Gabriel—. ¡Basta! ¿Por qué haces esto? ¿Por qué mientes? —Se llevó las manos a los oídos con desconsuelo, sus ojos se derramaban a raudales.

—¡Eres una porquería de mujer! Te mereces un hombre como Andrés. — Gabriel escupió con desprecio al rostro lloroso de la chica antes de darse la media vuelta.

—¡Por favor, Gabriel, te ruego que me escuches! —Regina corrió tras él y, sin importarle su rechazo, lo sujetó con fiereza de los brazos—. ¡Te amo con todo mi corazón!

—¡Calla, no quiero escucharte más! —dijo sacudiéndose con rudeza de sus manos sin detenerse a pensar que la lastimaba en el proceso—. Y tú —su dedo índice señaló acusador al hombre, pero su mirada era como lanzas que ejecutaban la condena—, cuídate de no cruzarte de nuevo en mi camino, nada me gustaría más que retomar la denuncia en tu contra para que te pudras en la

cárcel.

—Yo también soy una víctima de esta mujer, Gabriel. —Lo miró con ojos de siervo herido, luego se dirigió a Regina —¡No te atrevas a negar que cuando yo vivía en la mansión de Medellín me perseguiste hasta que lograste meterte en mi cama! Tú eres testigo de lo que hablo —insistió mirando de nuevo a Gabriel.

—¡Mientes! Pregúntale a Gregoria, ella te puede decir la verdad —«Sí, Greg aclararía las cosas», pensó esperanzada.

—A ella la tienes engañada igual que a nosotros —soltó Andrés—. ¿Sabes qué creo? Que ese hijo que esperas no es de ninguno de los dos —agregó con maldad.

—¿Es de Sanclemente, Regina? —preguntó Gabriel de inmediato—. ¿Descubrió la clase de sinvergüenza que eres y no te va a responder? —Le gritó al tiempo que la tomaba del brazo con rudeza para obligarla a confesar—. ¿Te mandó a volar, por eso buscas a quién endilgarle tu hijo?

—Señor, ¿necesita ayuda?

De la nada apareció en el salón un hombre al cual Regina reconoció como su amigo Bruno, trabajador de la obra de remodelación, a quien le había intercambiado algunas confidencias de su vida pasada, en respuesta a la «confianza» que le había depositado él. Ahora entendía por qué; solo quería sonsacarla.

—Sí. Saca a esta zunga[2] de mi casa. Que te quede claro que ya no es bienvenida aquí —añadió Andrés con dramatismo.

El obediente hombre tomó a la sirvienta del codo y prácticamente la arrastró hasta la salida sin que Gabriel hiciera nada por evitarlo; luego, de un fuerte empujón, Regina fue a dar hasta el camino lodoso.

Trastabilló entre los charcos para no caer, acción por completo infructuosa, porque al segundo, el fuerte aguacero se soltó de nuevo y la empapó de pies a cabeza. Mientras sus lágrimas se confundían con la lluvia, levantó el rostro, conmocionada, miró a la puerta, ahí se encontraba el amor de su vida que la

observaba con desconcierto, en tanto Andrés lo hacía con innegable gozo.

En ese momento, Regina entendió que estaba perdida su lucha. Aterida de un frío interno emprendió la retirada, sin rumbo, sin dirección, privada de voluntad y de consciencia. De pronto, como si viniera de muy lejos, creyó escuchar la voz amada que le hablaba. Seguro había sido el viento o su prolija imaginación.

Al poco rato la oscuridad la envolvió, la lluvia y el frío eran lo único que su ser reconocía, hasta que el agotamiento la reclamó después de deambular mucho tiempo por la acuosa noche. Sin fuerzas para continuar, se sentó en el piso del atrio de lo que parecía ser una iglesia, poco a poco su cuerpo la abandonó y se sumergió en un maravilloso letargo que alejó todo cansancio o dolor; solo existía la nada que la rodeó por completo.

Capítulo II

—**B**uenos días hija ¿cómo te sientes hoy?

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —La agradable voz la despertó de un sueño horrible. Había perdido todo, hasta las ganas de vivir. Con ojos desorbitados se quiso levantar de la cama, pero las fuerzas la abandonaron.

—Tranquila, aún no estás bien del todo. —Las manos amables la empujaron de nuevo a la almohada—. No tienes nada que temer, en la casa del Señor estas a salvo.

—¿La casa del Señor? —«¿Qué señor?», se preguntó confundida.

—¿La casa de Dios? —aclaró el hombre con una suave sonrisa.

—¿Estoy muerta? —«El sitio no se parecía al cielo, era demasiado humilde», pensó, aunque el hombre sí parecía un regordete querubín envuelto en una especie de camisión blanco, de mangas largas y anchas y un cordón azul cielo entallado a su cintura.

—Dios no lo quiera. —Sonrió divertido, mostrando la ventana de un diente perdido en batalla hacía tiempo—. Aunque estuviste a poco de morir —agregó en tono sombrío—. Soy el padre Saúl. Te encuentras en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Qué hago aquí? —quiso saber.

—Eso mismo me pregunto yo...

Con increíble cuidado y paciencia, el padre le relató cómo la encontraron él y su sacristán en la entrada principal de la iglesia, dos días atrás, demasiado

enferma para descubrir de quién se trataba y dar aviso a los familiares.

—Cuando vimos que no reaccionabas, llamamos al doctor. —El religioso hizo una pequeña pausa para acercar la pesada silla de fierro junto a la cama y sentarse en ella—. Por fortuna, él madruga para abrir el dispensario que está a tres cuabras de aquí. Nos dijo que la terrible enfriada que pescaste por el remojón te puso tan grave que apenas llegó a tiempo de salvarte la vida.

De pronto, el corazón de Regina dio un vuelco doloroso y se abrazó el vientre, temerosa de preguntar.

—¡Lo siento mucho, niña! Por tu hijo no pudo hacer nada. —El padre adivinó su pregunta silenciosa; también se preparó para su reacción.

—¿Cómo dice?

—Perdiste al niño que esperabas, hija. El doctor Cárdenas cree que ya venía mal.

—¡No! ¡No! ¡Nooo! ¡Mi hijo no! ¡Él no se merecía eso! ¡Era una criatura inocente! ¿Por qué, Dios...?

El ensordecedor sonido de la aldaba de la puerta, que repiqueteaba sin cesar, volvió a Regina de golpe a su lúgubre presente. Iniciaba diciembre de 1911, otro mes de abundante lluvia ese año. Enfocó la mirada acuosa al cielo cargado de nieves grises a través de la ventana de la sacristía; el cuadro iba acorde a la perfección con el estado de ánimo de su vida diaria.

—Niña, te busca un hombre afuera. —Se escuchó la voz de la madre Socorro desde la entrada.

Era un mensajero de La linterna que llevaba un recado de José Pedro para ella. Con un mal presentimiento, Regina se apresuró a leerlo:

Rosalía se puso mal en la madrugada, estamos en el hospital.

José P. Sanclemente.

Sin esperar el regreso del padre Saúl, Regina salió a toda carrera de la iglesia y no paró hasta llegar al hospital San Vicente de Paúl. No le importó ni

la distancia ni la lluvia ni lo que pudieran pensar los transeúntes que la miraban curiosos, lo único de verdad importante era estar al lado de su familia que ahora la necesitaba.

Lo primero que vieron sus ojos, cuando se acostumbraron a la deslumbrante luz del interior de la sala de espera, fue a José Pedro, sentado en un rincón, con la cabeza baja sostenida entre las manos. La visión de su primo le partió el corazón de por sí ya fracturado. Sin dudarle, se acercó hasta él, se sentó a su lado en silencio y le pasó el brazo por los hombros en actitud solidaria. De inmediato, los ojos de cielo la miraron, inyectados de tanto llorar.

—Mi princesa se me muere, Reg. —Gruesas lágrimas rodaron por las mejillas sombreadas de naciente vello; José Pedro ni si quiera se molestó en retirarlas.

—¡No puede ser! Ella tiene que ponerse bien y traer a nuestro precioso José Manuel al mundo, y cuidarlo y verlo crecer y... —No pudo continuar, era demasiado duro, demasiado doloroso todo lo que pasaba para poderlo resistir sin derrumbarse.

José Pedro la abrazó con tanta fuerza que casi no podía respirar. Lloraron amargamente por horas y, cuando el dolor les dio una tregua, fueron a la capilla a rezar.

Amanecía del día dos de diciembre, en la desolada sala de espera del hospital, cuando el cuerpo sin corazón de José Pedro salió del frío cuarto a cerrar el maravilloso capítulo de su vida con Rosalía, su gran amor; muy breve, pero el más feliz de todos los tiempos.

En las manos de Dios y los médicos, dejó la frágil existencia de su hijo, que se debatía entre la vida y la muerte. Para Regina fue el trago amargo de anunciar a su madre el fallecimiento de su prima y la situación delicada del pequeño José Manuel.

Esa misma tarde lluviosa de diciembre, José Pedro decidió que los restos de su amada esposa fueran sepultados en La María, en su pueblo adoptivo y con

su gente; en la tierra que la recibiera a ella y a su familia con los brazos abiertos. También lo hizo por Doña Reginalda, tenía tanto derecho como él y Regina de dar el último adiós a la mujer que crio y amó como a su propia hija.

Capítulo III

—¡Ven para acá, pequeño bribón! No te librarás de tu baño. —Regina corría detrás de José Manuel, fingiendo que no podía darle alcance y el pequeño se deshacía entre risas de gozo y ansiedad.

—¡Ya tía, me lindo! —El valiente niño le hizo frente a la amenazante mujer que se acercaba a él a paso lento, preparada para atacar con su dotación de cosquillas de la noche.

Esa era la bendita escena que recibía a José Pedro día tras día, en los últimos cinco años, siempre y cuando no estuviera de viaje por motivos de trabajo.

—¿Llego a tiempo para el baño? —preguntó solícito.

—Muy a tiempo, pero apresúrense que muero de hambre —respondió Regina sofocada por tanta carrera.

—¡Hola, papito! —En cuanto lo vio, el niño se arrojó en sus brazos que ya lo esperaban abiertos para estrecharlo—. ¿Podemos usar la bañera? —Como todo un pícaro preguntó por lo bajo.

—¡Sh! Que no te oiga tía, Reg, porque no quiere que la hagamos esperar. —Cómplice de las travesuras de su hijo, el amoroso padre le guiñó un ojo.

—¡Ajá! Conque están murmurando a mis espaldas... Ahora verán los dos —gritó Regina sorprendiéndolos. En ese mismo momento inició una guerra de cojines que dejó a todos exhaustos, tirados por el piso de la espaciosa estancia familiar.

—¿Cuándo será tu lanzamiento? —preguntó José Pedro, tiempo después, cuando el pequeño Sanclemente se encontraba en los brazos del hada de los sueños.

—El mes entrante —respondió Regina con voz apagada. Sus ojos se le cerraban de sueño. Entre su proyecto y el reciente regreso a Colombia, estaba agotada y esto prometía apenas empezar.

—¡Uf! Creí que coincidiría con mi próximo viaje. —Por un momento se imaginó corriendo detrás de su hijo por todos los vagones del tren.

—No. Por esta vez, te has librado de llevarte a Joseito en tu equipaje. — Regina tuvo una visión mucho más graciosa del evento.

A pesar de su temor de que el negocio le saliera rana[3], tenía que prepararse y trabajar duro si su propuesta de prendas elaboradas en serie tenía éxito; no podía correr el riesgo de que alguien más le ganara la tirada, ya había invertido mucho tiempo y dinero en su sueño.

A la mañana siguiente, Regina soñaba con los ojos abiertos sobre los documentos esparcidos en la mesa de trabajo. Su sonrisa tranquila hablaba por ella, decía maravillas del hombre de rostro amable que, fiel a su palabra, se había mantenido en contacto para velar por su bienestar. Aunque cobijada en las alas de su protector hermano adoptivo, qué podía necesitar que él no lo resolviera.

—El querido tío Tavo...

—¿Me decías? —Sergio, su mano derecha desde hacía dos años, dejó sus notas para mirar a la chica más hermosa del mundo que, por desgracia, solo lo miraba a él como a otro colaborador más de su creciente lista.

—No hagas caso. Pensaba en voz alta. —Con renovado compromiso, se obligó a regresar su atención a los pendientes que, por cierto, eran interminables.

Después de cinco minutos de lucha con su mente dispersa, sus pensamientos

regresaron de nuevo a don Octavio.

Leal a sus ideales, el tío seguía trabajando para el exitoso empresario, Gabriel Ponce de León, pero ahora como administrador general de las cafetaleras que, según sus propias palabras, estaban mejor que nunca: exportaban el ochenta por ciento de la producción anual de su famoso café a todo el mundo.

Sin querer, don Octavio Badillo se convirtió en su cómplice por siempre en aquel secreto celosamente guardado, que en estos tiempos ya no era de interés o utilidad para nadie, incluso para ella misma. Sus lazos con el pasado estaban rotos de forma definitiva y ya no podían hacerle daño.

Por el tío estaba al tanto de la vida de su inolvidable Gregoria, pero el tema de Gabriel estaba prohibido entre ellos, aunque la prensa y la revista semanaria la mantenían de forma inevitable al tanto de sus éxitos en los negocios y en la cama.

—Sergio, ¿cómo vamos con el estudio de las fábricas textiles? —preguntó cuando por fin consiguió concentrarse; no entendía qué le pasaba hoy, que no dejaba de pensar en Gabriel.

—Bien. Ya tengo apalabrada a la más poderosa a nivel América del Sur, y está ni más ni menos que en Medellín; otras dos en Chile y Argentina y una en Estados Unidos como emergentes —aclaró.

Al tiempo que explicaba, Sergio colocó en la mesita de centro los documentos que respaldaban su investigación, desde el historial de las fábricas textiles, cartas de recomendación y de intercambio con los encargados de producción o los propietarios, según fuera el caso.

—Has hecho un trabajo excelente. —Lo felicitó con radiante sonrisa—. Ahora, tenemos que conseguir muestras de sus telas para ver cuáles se acomodan a nuestros diseños y ver las condiciones para el surtido de pedidos especiales.

—A la orden, jefa. —Sergio chocó sus talones y se llevó la mano a la frente al estilo militar con una sonrisa traviesa. La verdad de las cosas, trabajar para

su joven patrona era muy satisfactorio, aunque sus sentimientos por ella habían ido cambiando poco a poco. Hasta ahora no se había atrevido a expresarle su sentir, porque la chica no tenía ojos más que para su familia y para sus diseños. Tal vez era el momento de dar el siguiente paso y arriesgarse—. Regina, ¿qué pensarías si...?

—¡Tíaaa!

Sergio fue interrumpido por un torbellino que entró en la habitación que hacía las veces de oficina; este no paró hasta que se topó con su objetivo. «Tal vez sea mejor así», pensó. No sabía cómo lidiar con el rechazo de Regina si no aceptaba un giro en la relación.

—Hola, amor, ¿cómo te fue en el parque? —La tía lo recibió con un gran abrazo, como si no lo hubiera visto dos horas atrás.

—¡Mal! La abuela Cruz no me quiso comprar algodón de azúcar. —La preciosa carita se encontraba distorsionada por el severo berrinche.

—Eso fue porque yo se lo pedí ¿Quieres que el doctor Rocha te vuelva a curar los dientitos? —Tomó el rostro infantil entre sus manos para mirar sus lindos ojos de cielo.

—¡No! —Su barbilla tembló al recordar.

—Eso supuse. Anda, ve con la abuela para que te lave las manos y te dé de esa sopa tan deliciosa que hizo para ti. Después podrás comer un poco de pastel.

—¡Eaaa! —Feliz, salió de la habitación igual como entró, un torbellino de pies y manos.

—Pero solo un poco, Joseito —insistió la tía a sabiendas de que no le haría caso.

—¿Y bien? —preguntó Regina con impaciencia, después de varios minutos de sostener una conversación telefónica de larga distancia, sin pies ni cabeza, con su atormentado primo José Pedro.

—¿Y bien qué? —le reviró en un tono que presagiaba lucha.

—Suelta de una vez ¿Cómo te fue con la abuela?

—¿Qué abuela?

—¡José Pedrooo!

—Está bien, te cuento. No es ninguna abuela, de hecho, debe tener cuando mucho treinta años y es muy guapa. —Lo último lo dijo lo suficientemente bajo como para que ni un tísico[4] lo escuchara.

«Así que joven y guapa...». —¡Vaya, qué sorpresa! ¿Cómo te recibió? —Regina tenía unas ganas enormes de reírse de él, pero esperaba a su regreso para hacerlo en su cara.

—Bien.

—¿Perdón?, no te escuché. —Estaba gozando el momento. Presentía que su primo se había encontrado con la horma de su zapato. Ya era hora.

—¡Que bien, Reg! Debo dejarte, se me hace tarde para llegar a la cena en casa de Don Alfonso Villegas. Mañana te llamo.

José Pedro cortó la comunicación, antes de que Regina siguiera mofándose de él. Esta, se quedó pensando en la guapa y joven jefa de su primo y la cena en su casa como invitado del padre, con una media sonrisa en los labios. Tenía que saber más de ella, qué tipo de mujer era, si creía en el matrimonio y en la familia, si le gustaban los niños, etcétera; y ya sabía quién la podía ayudar a indagar. Su Sherlock Holmes[5] personal: Sergio Olano.

José Pedro permaneció en Caracas durante una semana completa. Diario timbraba[6] a casa para saber de su familia y al final pedía hablar con su hijo, pero un día, José Manuel conversó con alguien más al teléfono.

—¿Ya supiste quién fue el personaje misterioso con quien habló ayer Manuelito?

La curiosidad seguía siendo el gran problema de Crucita, aunque la buena mujer no hacía ningún mal con eso.

—El niño me dijo que una mujer de voz dulce, pero que no recordaba su nombre —respondió Regina con el ceño fruncido.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Crucita con mirada maliciosa.

—«La anciana dictadora, egocéntrica y amargada» —ambas repitieron a dúo lo que solía decir José Pedro, con gran enojo, cada vez que se refería a ella. Después de una mirada cómplice se abandonaron a la risa hasta que el hipo atacó a una y la toz a la otra.

Crucita conocía todo de ellos e incluso era su confidente, se había convertido en parte de la familia; los había adoptado como hijos y ellos la veían como a una madre, de hecho, era mejor madre para José Pedro que la misma señora Sanclemente.

—Regina, hija, te busca ese hombre... Lo hice pasar a la sala. —Cruz apareció en su habitación, una hora después, sin intenciones de disimular el disgusto que le provocaba el recién llegado.

—Crucita, ya te dije que se llama Rogelio Badillo —comentó con paciencia.

—Sé muy bien cómo se llama, pero no se parece en nada a don Octavio.

—¿Y José Manuel?

—Está con él. Apresúrate, que no le tengo ni pizca de confianza.

—Está bien, en dos minutos lo atiendo —agregó resignada. La entendía, pero ella prefería ver lo mejor de él.

—Buenos días, Rogelio —Lo saludó desde la puerta.

—Buenos días, belleza, déjame verte. —La tomó de la mano y la hizo dar un giro completo para mirarla a satisfacción—. Esta mañana amaneciste más hermosa que nunca.

Regina portaba uno de sus diseños: un conjunto de falda y chaquetín en color gris pardo que la hacía ver como toda una profesional de la moda. Era necesario vestirse así, sobre todo cuando tenía cita de trabajo con cierto personaje muy enamorado.

—Y tú, más adulator —respondió en tanto le hacía una seña con su mano para que tomara asiento de nuevo—. Amor, ¿quieres ir con la abuela? Te está

esperando para desayunar. Te cocinó unos sabrosos panqueques. —Se dirigió al niño que estaba entretenido con un regalo del abogado.

—¿Puedo quedarme un rato más contigo y Roy? —Al niño le gustaba él, decía que era muy divertido.

—No. Hoy es tu primer día de clases y no queremos llegar tarde, ¿recuerdas? —le explicó al tiempo que lo guiaba de la mano rumbo a la salida.

—Está bien, tía. Adiós, Roy.

—Nos vemos, campeón.

—¿Qué me traes? —En cuanto se quedaron a solas, fue directo al grano para ver si con eso conseguía que la mirara a los ojos y dejara su cuerpo en paz.

Si bajaba la guardia con Rogelio, divagaba por otros derroteros que no eran de su interés, aunque el hombre era bastante atractivo, pero también un mujeriego empedernido.

—Todo mi deseo de llevarte a cenar ¿Cuándo aceptarás mi invitación?

—Nunca, Roy. —Era tan encantador, que a veces se le dificultaba mantenerse firme en medio de su autoimpuesto celibato.

—¡Eso es mucho tiempo, cariño! —captó la severa mirada de advertencia y se rindió por esta ocasión—. Está bien. Déjame mostrarte los contratos que elaboré tanto para nuestros proveedores como para nuestros empleados externos. —Una vez puesto en el tema, ni un par de hermosas piernas lo apartaba de él. Por eso era su consultor de leyes y contabilidad. Era un verdadero cerebritito.

Por más de una hora, Regina leyó con cuidado los escritos que ya no eran tan ajenos para ella, pues Rogelio desde siempre insistió en que la ley los había creado para protección de las partes involucradas, y su empresa no era la excepción.

—El representante legal y el propietario no necesariamente son la misma persona, ¿Es correcto?

—Cierto ¿Por qué la pregunta?

—No me queda claro quién o quiénes son los dueños de Telares Gaharo —explicó con el ceño fruncido, en tanto releía el anexo correspondiente.

—En un misterio. Hace cinco años la compañía cambio de dueños y de nombre y se ha mantenido en absoluto hermetismo hasta ahora. Aquí lo importante es que es una empresa muy sólida y la más fuerte a nivel Latinoamérica —enfaticó contando con los dedos—. Algo se rumora acerca de que son tres inversionistas los dueños, dos colombianos y un francés; pero son solo rumores.

Las siguientes semanas fueron de locura para todo el equipo de Casa de modas Regia, pero finalmente ya estaban en el gran día de la presentación de su nueva línea de ropa en serie. El propósito de este proyecto era ofrecer a las mujeres de clase media un guardarropa de diseñador accesible a sus bolsillos.

Ubicada en su lugar preferido, tras bambalinas, Regina observaba cómo se iba llenando el lugar. Aún comulgaba con la creencia de que mantenerse en el anonimato la libraba de muchos inconvenientes, aunque tenía claro que algún día las circunstancias la obligarían a salir a la luz. No se imaginaba cuán acertado era su pronóstico y lo cerca que estaba de cumplirse.

—¿Cómo vas? —Rogelio apareció a su lado con dos copas de *champagne*.

—Tan nerviosa que creo que enfermaré. —De nuevo atisbó por las cortinas, a cinco minutos de haberlo hecho. De lejos observó a su fiel secretaria, Lidia, atareada recibiendo a los invitados.

—Lo que tú necesitas es un buen trago —ofreció una copa del brebaje que le aseguraba que la calmaría.

—Sabes que no bebo alcohol. —Le mostró su cara de maestra regañona al instante.

—Lo sé, pero creo que hoy debes hacer una excepción. Este no es un día como cualquiera, belleza. —Podía ser un demonio de sonrisa encantadora cuando se trataba de convencer.

—Tal vez tengas razón —recibió la copa y de un solo trago se tomó su

contenido—. ¡Esto sabe buenísimo!

—De lo que te habías perdido, ¿eh? ¿Otra copa? —No escatimaría en tretas para conseguir un sí de ella un día no muy lejano. «Quien sabe... Puede ser hoy», pensaba el optimista hombre.

—¿Por qué no? —preguntó con tono animado.

—Regina, tenemos un problemita —interrumpió una voz urgida tras ellos.

—¿De qué se trata? —De inmediato levantó la vista de su tabla de notas para mirar a Sandro Klee, el encargado de las modelos.

—Francesca se siente mal —dijo fatalista, muy al estilo Klee.

—¿Cómo que se siente mal? Yo la vi cuando llegó y me pareció de lo más saludable —refutó de inmediato sin darle importancia.

—Si, a mí también me lo pareció hasta que empezó a volver el estómago. Ya van como diez veces; necesita ir al hospital —declaró con rotundidad.

—¡Pero si ella tiene que cerrar el desfile...! —Regina respiró hondo para no entrar en pánico.

—Pues no lo podrá hacer, a no ser que modele ropa de enfermo y sea en una camilla —respondió con su clásico humor negro y sus aspavientos.

—¡Válgame, Dios! ¿Y ahora qué vamos a hacer? —Sandro le arrebató de un sopetón la paz que había conseguido con una copa de *champagne*.

—Conozco a alguien que nos puede sacar del apuro —dijo el manejador con optimismo. Siempre encontraba una solución para cada problema.

—¿Sí? ¿Quién? —preguntó Regina aliviada.

—Tú —dijo. Sandro giraba a su alrededor y con manos diestras levantaba sus cortos risos de oro para darle volumen al peinado.

—¿Yo? ¿Te has vuelto loco? ¡No soy modelo! —resopló con voz chillona.

—Es la única solución viable. Encontrar a una modelo y prepararla nos llevaría por lo menos dos horas y no tenemos ese tiempo.

—Creo que Sandro tiene razón, preciosa —opinó Rogelio que se había quedado junto a ellos para ver si podía ayudar en algo.

—Voy a necesitar otra copa —dijo casi para sí con las manos sobre la

cabeza en actitud fatalista.

—Ahora mismo te la traigo —Rogelio se puso en eso de inmediato.

Los siguientes minutos para Regina fueron como una pesadilla. Al mismo tiempo que alguien jaloneaba su pelo, una chica la vestía y calzaba y otra maquillaba su rostro con colores que jamás hubiera soñado usar. Presa por más de una hora, en el área de vestidores, permitió que los expertos la transformaran en modelo, sin parar de comerse las uñas de los nervios.

—Solamente tienes que caminar por la pasarela de ida y vuelta con la cabeza en alto, como la reina que eres. —Sandro la adiestraba de lo más tranquilo, convencido de que ella pertenecía a ese lugar—. Piensa que estás sola, no mires al público. Tu meta es ir al final, regresar y dejarte rodear por el resto de las chicas unos minutos antes de abandonar el escenario —explicó de manera gráfica imitando el andar de sus modelos con un quiebre de cadera que logró sacarle una sonrisa.

—¡Dios! No voy a poder —sentía que un sudor frío le corría por todo el cuerpo.

—¡Claro que puedes! Eres Regina Sampiers, ¿recuerdas? Resurgida de las cenizas para triunfar. —De pronto la voz de José Pedro se escuchó en el lugar—. Eres la mujer más hermosa y valiente del mundo, lo sabes, ¿no es así?

—¡Primo! —gritó feliz antes de dejarse envolver por los únicos brazos capaces de brindarle la seguridad que necesitaba en esos momentos.

Capítulo IV

Al escuchar que llegaba su momento, Regina apareció en escena vestida con un hermoso y atrevido vestido de novia que, en otras circunstancias, jamás hubiera osado ponerse, a pesar de ser de su propia inspiración, eso, sin mencionar que el matrimonio seguía sin ser una opción para ella.

Cuando las luces cayeron sobre la novia, el silencio se hizo en el salón, solo se escuchó la suave música de fondo y la voz de barítono del presentador, que describía la prenda al detalle, en tanto la novia recorría el interminable andador.

—¡Qué hermosa criatura!

Gabriel escuchó la voz de Roberto como en otra dimensión. Este hacía un minuto que ya no se encontraba ahí, había dejado de existir, pues no escuchaba su respiración ni sentía el latido dentro de su pecho, aunque de alguna manera, en el más allá, conservaba la conciencia de lo material, porque seguía admirando la visión perfecta frente a él. Definitivamente era un ángel celestial, el más bello y puro envuelto en albura seda y encajes; avanzaba hacia él con soberbia elegancia, como si flotara en un charco de espuma blanca.

El ángel, sin discusión, era una mujer; tenía las deliciosas curvas revestidas de blancura, pero lo más sensual e increíble era su espalda al desnudo, tan blanca como su vestidura, dejaba al descubierto su precioso nacimiento, ahí donde la cadera insinúa un par de hoyuelos a los lados de la columna.

Estaba tan cerca de él que, si estiraba la mano, podría tocarla—. ¡No te

vayas, Regina!, regresa...

—¡Gabriel! ¿Qué pasa contigo, hermano? —Roberto salió de su estado de hipnotismo al ver cómo su amigo se ponía en pie y estiraba las manos hacia la modelo—. ¿A dónde crees que vas? Estamos en pleno desfile.

—¿Cómo? —preguntó aturdido.

En ese momento, el público irrumpió en un atronador aplauso y las luces cambiaron en todas direcciones; el escenario se llenó con el resto de las modelos y Sergio, el representante de la firma.

—¿Qué sucede contigo? —insistió, Roberto. Pensaba que estaba en algún tipo de trance.

—Necesito ver a esa mujer —respondió con la voz enronquecida y la mirada de un verde atormentado.

—¿De quién hablas?, ¿de la belleza rubia? ¿Dime quién no quiere verla también? —dijo con sorna. «¿Era alguna clase de broma suya?», se preguntó divertido—. Mira a tu alrededor, no hay mujer que no envidie y sienta celos de ese monumento de criatura, y hombre que no la desee, incluido yo. —Seguido dejó escapar su cínica carcajada.

Gabriel se volvió para mirarlo con ganas de borrarle la risa de un mazazo en la cara. ¡Esa mujer era suya y de nadie más! En el pasado la había perdido, pero el destino la había puesto de nuevo en su camino para recuperarla. Sin perder más tiempo y antes de que se esfumara de nuevo, se encaminó al interior del edificio en busca de su aparición.

—Soy Gabriel Ponce de León y quiero hablar con la novia —dijo resuelto al vigilante que cuidaba el área de los vestidores.

—¿La novia de quién? —preguntó el insufrible guardia haciéndose el gracioso.

—¡Qué simpático! Hablo de la modelo vestida de novia. —Lo observó desde su altura con ganas de fulminarlo. Sería muy fácil para él aplastarlo como a un mosquito y entrar a buscar por su cuenta.

—La señorita Sampiers no recibe a nadie. —Algo en ese hombre, además de

su apellido, le indicó al guardia que no podía darle el mismo tratamiento que a los sujetos que solían desfilan por ahí.

—¿Señorita, Sampiers? —Hubiera jurado que era Regina Cano, su Regina —. Usted avísele que Gabriel Ponce de León quiere hablar con ella —insistió. A lo mejor se había casado. Pero el hombre se refirió a ella como señorita...

—Espere un momento, por favor. —El vigilante cerró la puerta de madera y vidrio con llave y se adentró en el lugar. Al poco tiempo regresó y le habló a través del cristal.

—Lo siento. La señorita Sampiers dice no conocerlo. Si es algo relacionado con trabajo, debe tratarlo con Sandro Klee.

—De acuerdo —«¿Así están las cosas?, pues bien», se dijo. Él era hombre de muchos recursos para dejarse amilanar tan fácil.

José Pedro, al tanto de todo, no quiso empañar el momento de Regina con la noticia de la aparición de Gabriel en el desfile. «¿Qué demonios hacia ahí si sus negocios eran las cafetaleras?», se preguntó con furia. El muy cretino la había reconocido y ahora quería echarle el guante encima de nuevo, pero sobre su cadáver ese imbécil la volvería a lastimar. Ya había advertido a Sandro y no daría ninguna razón acerca de ella.

—¿Qué se siente que tu casa de modas sea la primera a nivel mundial? —preguntó José Pedro, al otro día en el desayuno, después de doblar, de forma ceremoniosa, el tercer periódico donde aparecía en primera plana la noticia del rotundo éxito del desfile de la noche anterior.

—Yo no diría tanto —agregó Regina con humildad.

—Claro que es así, niña, has impuesto un nuevo concepto en la ropa para dama de clase media. Gracias a ti, ahora las mujeres trabajadoras y las amas de casa se sentirán bellas y dignas, porque tienen más derecho que nadie a vestir bien —habló con la pasión de quien conoce y festeja la causa principal que motivó a su creadora.

—Lo sé. Es increíble la respuesta —dijo, aún sin podérselo creer—. Ahora

más que nunca debo cumplir ese sueño. —Pensó en el arduo trabajo que implicaba la producción en serie que venía pisándole los talones.

—Ya lo creo, las féminas de todo el mundo esperan eso, cariño, así que a ponerse a trabajar.

—Sí, me muero porque inicie la batalla.

—Esa es la actitud de una guerrera. —La reacción jubilosa del hombre, puso en alerta al más pequeño del clan, que aún no se acostumbraba a levantarse temprano para ir a la escuela.

—Yo no quiero que vayas a la guerra, tía Reg. ¿Quién cuidará de mí si te matan?

José Pedro y Regina de pronto recordaron al silencioso niño que los veía con los ojitos azules desorbitados del miedo.

—Cariño, no habrá ninguna guerra. —La tía envolvió su manita con ternura al explicarle—. Es solo una manera de expresarse, ¿entiendes eso?

—¡Oh! Es como cuando me dices: «¿No hagas cosas buenas que parezcan malas?».

—Exacto, campeón ¿Listo para irnos? —Esta vez fue el papá el que habló.

—Sí, papito, nada más tengo que lavarme los dientes si no quiero que me torturen de nuevo —dijo cuando emprendió la marcha hacia la salida con paso resuelto.

—¿Cómo? —Regina y José Pedro preguntaron a dúo.

—Es solo una expresión... —dijo con sonrisa pícara cuando volteó el rostro hacia ellos.

—¡Vaya con Joseito! Sí que aprende rápido —comentó Regina sorprendida por la astucia del pequeño.

—Lo sé —agregó boquiabierto el padre.

—Sandro, ¿qué novedades me tienes? —Dos semanas más tarde, José Pedro se informaba con el manejador de modelos, vía telefónica.

—Tal como dijiste, hermano. Desde la noche del desfile, no han dejado de

llegar personas que se hacen pasar por agentes de modelos y buscadores de talentos que preguntan por Regina. Solo falta que el mismísimo Gabriel Ponce de León venga a interrogarme.

—¡Maldito desgraciado!

—¿No sería mejor que Regina supiera lo que pasa?

—¡No!, de ninguna manera. Ella por fin está en paz con su vida y así quiero que siga.

Ese fue el contundente final de la llamada que le confirmó a José Pedro que el tipo estaba a la caza de la niña, pero ya se cansaría de buscar.

«Por fortuna nadie relaciona al ama de llaves de los Ponce de León, de aquel tiempo, con Regina Sampier», pensó José Pedro con alivio, y el hecho de que por convicción propia la niña se hubiera mantenido en el anonimato, para el mundo de la moda, ayudaba en mucho. Tampoco conseguirían nada buscándolo a él, porque ahora mismo empezaría los arreglos para que se regresaran a Caracas.

—¿Con quién hablabas? —Como invocada, la voz de Regina se escuchó desde la entrada de la estancia.

—Con el testigo de un caso ¿Lista para visitar tu tierra natal como toda una triunfadora?

—No precisamente, pero en vista de que el mal tiempo sigue estropeando las salidas del tren, debo cubrir a Sergio hasta su llegada a Medellín.

—Entiendo —agregó taciturno, con la reciente llamada aún en su cabeza.

—Pensar que la suerte de mi proyecto ahora está en manos del inepto que dirige la textilera más poderosa de América del Sur —se lamentó Regina—. Eso me pone enferma.

Con el ceño arrugado revisaba que no faltara nada en su pequeño maletín de mano. Papeles no llevaba consigo, pues Rogelio se haría cargo de eso como su abogado que era.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien, niña Y, por si algo fallara ahí, Sergio lo resolverá con una buena propuesta de las fábricas de Argentina y

Chile, ya lo verás.

—Espero que no tengamos que recurrir a ellas a última hora. Es muy riesgoso para los tiempos de entrega que pactamos con los distribuidores. Tenemos contratos de por medio que me pueden hundir por incumplimiento.

—No pienses en ello. Estoy más que seguro que entre tú, Rogelio y Sergio trazarán un buen plan de emergencia si se echa atrás el proveedor de Medellín.

—Que tu boca sea de profeta —rogó con devoción.

Regina no había vuelto a Medellín desde la muerte de su madre, solo la ataba a esa ciudad la casa hogar que el padre Saúl manejaba a la perfección. La gente que amaba se encontraba junto a ella, en Bogotá, su residencia de tres meses a la fecha.

Capítulo V

— ¡Es increíble que no la encuentren! —dijo Gabriel como en un rugido.

Encolerizado, se puso de pie y golpeó con sus puños la superficie del sólido escritorio; el impacto hizo cimbrar todo lo que se encontraba sobre él. Luego, como fiera enjaulada, empezó a recorrer la oficina de un lado a otro para calmarse. No sería fácil, tenía un mes esperando resultados y solo le llevaban negativas.

—Ya volteamos Colombia al revés y al derecho, señor Ponce de León. No existe ninguna modelo con esas características. —Se excusó el detective a cargo, con el rostro desenchajado.

—No puede haber desaparecido, así como así. ¿Qué explicación les dio Klee? —volvió a preguntar. Detuvo sus pasos a medio brazo de distancia del tembloroso hombre, con la esperanza de escuchar otra versión. Sus verdes ojos lo miraban con fiereza.

—Él nos dijo que la chica es una modelo independiente que contrató en el último momento. —A pesar de las circunstancias, al segundo, el hombre tenía una respuesta para cada pregunta que se le ocurriera a su cliente porque habían agotado todas las posibilidades.

—Pero debe haberle dado sus datos, su dirección... —Se negaba a perder la batalla, le iba la cordura en ello.

—El sujeto dice que la modelo le entregó una carta de trabajo de una conocida de ambos, pero esta resultó falsa, al igual que su dirección en

Medellín. Ahí nunca han oído hablar de ninguna señorita Sampiers, ni de una Regina Cano.

—¿Y si salió del país? —insistió a punto de perder los estribos de nuevo.

—Imposible, señor. Tenemos todas las salidas cubiertas desde la noche del desfile. La única manera de que ya no se encuentre en Colombia es que se haya evaporado.

—¡No otra vez! —gritó en un reclamo hacia la ventana, como si el horizonte, que diario escondía al sol, fuera el responsable de que no apareciera su niña de rubios cabellos.

Después de suspender la búsqueda, Gabriel se quedó en la soledad de su oficina por un buen tiempo, con un brazo apoyado en el marco y la mirada perdida en el exterior, hasta que la noche lo sorprendió rumiando su frustración y enojo, bebiendo whiskey, con su mente perdía en los recuerdos de seis años atrás.

— ¿Qué pasó entre tú y Regina, hijo?

—Regina ya no volverá. Lo único que tienes que saber es que debes buscar a otra ama de llaves.

—Si tú no me dices lo que pasa, investigaré por mi cuenta hasta que dé con ella.

—¡Te exijo que dejes las cosas como están, nana! ¡No quiero volver a saber de esa perdida!

—¿De qué hablas, mi niño? Estás equivocado con ella. Regina es la niña más dulce y buena que...

—¡No me estás escuchando, nana! ¡No quiero oír más su nombre! Esa mujer jamás existió en nuestras vidas ¿Está claro?

Gabriel volvió al presente con el sonido de la puerta al abrirse. Tenía en su pecho el mismo sentimiento de miseria por haberse desquitado con su nana aquel día, a pesar de haber transcurrido tanto tiempo.

—Disculpe, Señor. Toqué y no respondió.

—Pasa, pasa.

—¿Necesita algo antes de que me retire? —preguntó solícita la secretaria de dirección.

—Sí ¿A qué hora dijiste que es mi cita de mañana?

—A la tres de la tarde, señor. Perdone la pregunta ¿Cuánto tiempo permanecerá en Medellín?

—El tiempo necesario para resolver el problema que tenemos encima —respondió rotundo. Entonces regresaría a Inglaterra. Con su nana viviendo en la mansión del Peñol y Gustavo supervisando las cafetaleras, poco tenía que hacer ahí que no pudiera hacerlo a distancia.

De nuevo sus pensamientos lo regresaron al pasado:

—Hermano, hiciste lo correcto. Esa mujer te estaba engañando. Ya olvídala, por favor.

—Lo intento, *perro*[7], pero mis sueños no me dejan hacerlo; en cuanto me duermo, ella se apodera de mi mente.

—Deberías ver a un loquero.

—Ya lo hice y me salió con la patraña de que tengo remordimientos porque muy dentro de mí creo que el hijo que ella espera es mío. Piensa que debo buscarla para cerciorarme.

—¿Lo harás?

—No. Ella está muerta para mí.

—¿Y tus sueños?

—¡Al diablo con ellos!, son solo eso, sueños. Eventualmente desaparecerán. Ya me sucedió una vez.

Gabriel, no solo no cumplió su promesa, sino que buscó a Regina por meses sin dar con ella, al igual que esta vez. En el penar llevaba la penitencia; jamás debió violar sus propias reglas y acostarse con la sirvienta. Ahora no había poder humano, medicina o remedio que lo hiciera olvidar aquella noche incomparable.

—Buenas tardes, mi nombre es Rogelio Badillo y la señorita...

—Venimos de Casa de Modas Regia en representación de Sergio Olano. Tenemos una cita con el señor Echeverri. —Regina intervino impaciente ante tantas formalidades que no lo valían.

—Él ya los está esperando. Pasen por aquí, por favor. —La intuitiva asistente se abstuvo de hacer conversación banal con los recién llegados, se notaba a leguas que no estaban para eso.

—Casa de Modas Regia, señores —anunció sin más preámbulos en cuanto abrió la puerta doble de dirección.

Regina, con rapidez, ubicó a dos hombres en la espaciosa habitación. El hombre mayor, que se acercó a ellos para recibirlos, y otro más joven que hablaba por teléfono, sentado al fondo tras el escritorio, con su rostro vuelto al ventanal que daba a la calle principal.

—Bienvenidos. Yo soy Edmundo Echeverri, director de la empresa y el señor es...

—Gabriel Ponce de León... Pero nosotros ya nos conocemos, ¿no es así, Regina Sampiers? —La distancia hacia la puerta le sirvió para recomponerse de la sorprendente presencia. Era como si el destino se empreñara en ese encuentro.

Regina se cimbró toda por dentro. Su primera reacción fue salir corriendo de ahí pero, gracias a su temple reforzado con los años, lo supo ocultar muy bien; por desgracia, al hacer contacto con la fuerte mano al devolver el saludo, no pudo evitar que un escalofrío la recorriera completa y que su mirada de miel se fundiera en la poderosa mirada jade de Gabriel.

—Pónganse cómodos, por favor —indicó Echeverri después de las presentaciones de rigor.

Presto, movió la silla para ayudar a Regina a tomar asiento en la gran mesa de trabajo que dominaba el centro de la habitación, con toda la intención de

romper el duelo de miradas de la bella mujer y su patrón. Segundos después, entró la asistente para servir café y bebidas refrescantes, eso ayudó un poco a la causa.

—¿Así que tú eres la propietaria de Casa de Modas Regia, de fama mundial? —Sentado a la cabecera, Gabriel solo tenía conciencia para Regina; más hermosa, más mujer. Su bella y elegante apariencia envuelta en un vestido de seda azul fuerte rebasaba cualquier recuerdo del pasado, cualquier imagen de su tormentosa quimera.

—Y tú, el propietario de Telares Gaharo —afirmó, sentada a su derecha. Lo miró desafiante; trataba de disimular de manera digna el impacto de su presencia.

«¿Qué charada del destino era esa?», se preguntó, Regina. Había hecho negocios con el único hombre que esperaba no volver a ver jamás. Su precioso, Gabriel; más maduro, más fuerte, más elegante, enfundado en un traje de seda gris, con su pelo indomable peinado hacia atrás; solo él podía superarse a sí mismo.

—Entre otros. Mi amigo, Roberto —hizo una pausa, seguro maquinaba algo —, tú ya lo conoces bien, es uno de los socios. —Con clara intención dio a entender una relación más que íntima entre los dos. Como verdadero macho, pretendía marcar su territorio a partir de ese mismo instante—. Y Hann Roché, mi amigo francés de la universidad, ¿recuerdas que alguna vez te hablé de él? Es el otro socio —concluyó con su encantadora sonrisa.

«¡Maldito! ¿Qué pretendía sacando el pasado a relucir?»—. Mi abogado y yo traemos poco tiempo. Si no te importa, me gustaría que entráramos en materia de inmediato. —Se dirigió a Gabriel con mirada fría, luego, con toda la mala intención, la endulzó para dirigirse a Rogelio—. Querido, por favor, muestra los documentos que traemos con nosotros. —Haciendo acopio de una fortaleza reconstruida a base de tesón y de logros, pudo hablar sin que el temblor de su cuerpo llegara a su garganta.

—Por supuesto. —Rogelio no era tonto, siguió el juego de la chica porque

era la oportunidad que estaba esperando—. Estos son los contratos que tenemos con las compañías que nos compraron la próxima producción primavera-verano. Por favor, observe los tiempos y los términos.

Regina le dio a Gabriel el tiempo necesario para que leyera las cláusulas sugeridas, consciente de cómo su atractivo rostro se volvía pétreo.

Qué extraño era tenerlo a un brazo de distancia como a un igual porque, aunque no contara con una fortuna como la de él, había recuperado su apellido y su libertad para no volver a ser nunca más una criatura invisible.

—Necesito saber si cuento con Gaharo para entregar mi mercancía en tiempo y forma o debo buscar solución con otras empresas textiles e irnos a juicio por incumplimiento de contrato. —No estaba buscando revancha, solo sentaba los precedentes tal como se lo había enseñado su abogado, contador y amigo.

—Eso no será necesario. En la fecha acordada contarás con el producto terminado, puesto en Bogotá. —Independientemente de que él era un empresario serio, por nada del mundo perdería contacto con su preciosa cliente. «¡Cómo eran las cosas...!, él buscándola como desesperado y ella que solita tocó a su puerta», se dijo con regocijo.

—De ninguna manera será necesario. El acuerdo es que me entregues aquí, en Medellín. —No se aprovecharía de la situación, menos con Gabriel Ponce de León; le podía salir el tiro por la culata.

—Por favor, tómalo como una retribución de parte de la empresa por los daños morales ocasionados. —Eso lo hubiera hecho con cualquier otro cliente, pero con ella era un delicioso placer.

—Agradecemos la intención y la aceptamos con gusto. —Rogelio salió al quite antes de que la sala se convirtiera en una guerra de voluntades entre los sin duda geniales exponentes de la raza humana.

—Bien. —Regina se puso en pie con verdadero apuro por salir del lugar—. No habiendo nada más que agregar, nos despedimos.

—Regina, necesito cruzar dos palabras contigo. —Con la agilidad de una

pantera, Gabriel la imitó, dispuesto a retenerla.

—Si son referentes al negocio, lo puedes ver con Sergio Olano. Él se reportará mañana temprano por aquí para ultimar los detalles de las entregas —habló sin detenerse de camino a la puerta, pero una garra de acero la detuvo del brazo.

—No se trata de trabajo, se trata de nosotros. —Su mirada eran dos llamas de verde fulgor.

—No hay un «Nosotros», señor Ponce de León, así que le voy a pedir que me deje ir —dijo con mirada significativa a la mano que le quemaba la piel a través de la tela.

En vista de su actitud posesiva, Regina tampoco se preocupó por ocultar que había una historia entre los dos. Con apostura levantó la vista a su rostro, pero lo que en verdad deseaba era poner distancia de por medio, mínimo, hasta Bogotá.

—Ya escuchó a Regina. —Rogelio enfrentó al hombre con fiera mirada, dispuesto a liarse a golpes por la dama.

—Por esta vez se harán las cosas como tú quieres, preciosa, pero te advierto que no siempre será así —ignorando a Badillo se dirigió a su clienta con aplastante seguridad. Luego la liberó, sin aguantarse las ganas de advertirle primero de su siguiente paso.

Gabriel la vio marchar por segunda ocasión, pero ahora no había ruegos ni llanto de parte de ella, casi podía asegurar que salió huyendo de ahí ¿Por qué? ¿Si ya no sentía nada por él, por qué el apuro? ¿Tanto le molestaba su presencia? Eran demasiadas preguntas sin respuesta y él no era hombre de dejar las cosas así.

En cuanto las visitas abandonaron la oficina de dirección, marcó la extensión del guardia de seguridad donde esperaba su chofer. Esta vez averiguaría por su propia cuenta dónde localizar a Regina.

Pero el día aún no terminaba en la empresa:

—Aquí tienes mi renuncia, Gabriel. —Edmundo Echeverri sacó un

documento del cajón de su escritorio y lo puso frente al hombre después de estampar su firma.

—Que yo la aceptara sería lo más lógico y lo más cómodo para ti, pero te tengo noticias, Mundo, no te marcharás hasta que me ayudes a reparar este desastre. —Nadie se escapaba de su puño justiciero y como tal se lo hizo saber.

—Pero, es prácticamente imposible surtir la totalidad del pedido a tiempo, Gabriel.

—Estoy consciente de ello, por eso llamé a mi socio a París para que me ayude a completar los lotes con los fabricantes de Francia y de ser necesario de Inglaterra y tú te encargarás de embarcar todo para que asegures que la mercancía esté aquí a tiempo para su envío.

—Eso encarecerá el producto al triple de su valor. —Era su responsabilidad advertírselo.

—Más caro me saldrá perder la reputación que por cinco años he reconstruido para la empresa —declaró implacable—. Cuando todo esto haya acabado, volveremos a hablar tú y yo —concluyó con voz fría y distante. Su mente ya divagaba por otros derroteros más tortuosos.

—¿Me puedes aclarar que pasó allá adentro? —preguntó Rogelio de camino al auto.

—Es mi pasado que ha resurgido de las cenizas, pero ya me encargaré de sofocarlo. —Regina respondió casi para sí. Antes de acomodarse en el asiento del copiloto, volvió la vista al elegante edificio de oficinas situado frente al parque de Berrío. Por supuesto, todo a lo grande, al estilo de Gabriel Ponce de León.

La experiencia de enfrentarse a su amor de juventud, sin previo aviso, por poco consigue tumbarla, y el hecho de que por los siguientes seis meses estuviera obligada a seguir relacionada con él y con su empresa, no ayudaba mucho a su paz mental.

—¿Eso es todo? No me has dicho nada. —Le reclamó. Con esa explicación no podría discernir si el empresario implicaba un riesgo en sus pretensiones hacia la chica porque, si algo tenía claro, era que el sujeto iba tras ella.

—Es lo único que necesitas saber. —Solo si era estrictamente necesario le contaría a Rogelio de su triste pasado.

A punto de hacer un surco en el fino tapete del salón principal de la mansión de Medellín, Gabriel estaba por completar la vuelta número veinte cuando el teléfono timbró con fuerza.

—Yo respondo —anunció a tiempo de detener la carrera del mayordomo—. Diga.

—Señor, soy Eduardo. Por fin me pude comunicar. La pareja que me pidió que siguiera acaba de llegar al Hotel Magdalena y se está registrando para pasar la noche, pero escuché que mañana se marchan.

—¿Cuántas habitaciones pidieron?

—¿Perdón?

—Escuchaste bien, ¿cuántas habitaciones pidieron?

—Dos, señor.

—¡Excelente trabajo, Lalo! —Esa era una noticia maravillosa—. Sigue vigilándolos, ahora mismo salgo para allá.

Treinta minutos después, Gabriel arribó al hotel; en cuanto su chofer lo vio, se acercó a él con más novedades.

—Buenas noches, señor. La pareja ahora se encuentra cenando con otro sujeto de nombre Sergio Olano que acaba de registrarse en otra habitación —agregó, con buen entendimiento.

—Gracias, Eduardo, ya puedes retirarte. Recuérdame el sábado darte un bono extra por tu inmejorable desempeño —dijo con un optimismo inusual en estos tiempos.

—Gracias, señor. Lo veo mañana en la oficina.

De pie junto al auto, Gabriel miraba la fachada porticada de dos pisos con

nuevos ojos. Sus muros blancos, sus amplios corredores y la gran escalinata al centro rodeada de árboles y una que otra palmera que le daba ese estilo caribeño, nunca le pareció tan hermosa como ahora. En su rostro se observaba esa sonrisa ufana del hombre que cree que tiene todo bajo control.

—¡Señor Ponce de León, bienvenido! ¿Cenará con nosotros? —El *maître* de inmediato mostró su gozo ante tan célebre visita. La crema y nata de la sociedad antioqueña en su restaurante.

—Eso depende. —Sin dar mayor explicación se adentró en el comedor y casi al instante ubicó a Regina.

Hermosa como un ángel, envuelta en un entallado vestido blanco que no dejaba nada a la imaginación.

El sitio se encontraba al lleno total, seguro se había colado la noticia de que estaba en la ciudad gente de la famosa «Casa de modas Regia».

—Buenas noches. señorita Sampiers, caballeros...

—¡Gabriel! —Regina fue la primera en mostrar su asombro ante el inesperado «invitado».

—Señor, Ponce de León... No sé por qué no me sorprende verlo. —Rogelio destilaba sarcasmo.

—¿Gabriel Ponce de León? —Sergio hizo una suma rápida y el resultado final fue *problemas*.

—¿Gustas acompañarnos? —dijo Regina con los dientes apretados. No le quedó más remedio que proceder según las normas de las buenas costumbres.

—Encantado. Gracias. —No estaba nada mal para empezar, se dijo triunfal.

—¿Conoces ya a Sergio Olano? —preguntó la forzada anfitriona.

—No tenía el gusto. —Se incorporó para estrechar la mano del sujeto que hasta ahora solo conocía de nombre en el contrato de trabajo.

—Encantado. —«Qué bien que me retiré a tiempo de la competencia por la dama. Este rival es insuperable», se dijo Sergio con sincera humildad.

—¿Así que no vives en Medellín? —Gabriel no perdía el tiempo. Posó los ojos sobre la preciosa Regina, con una indiferencia que estaba muy lejos de

sentir. En realidad, aún no podía creer en su buena suerte.

Pero su intención de ser bien portado dio al traste con sus cinco sentidos a flor de piel. La observaba, la degustaba, la olfateaba, solo le faltaba tocarla...

—No —fue su seca respuesta. Eso era todo lo que necesitaba saber. Bastante hacía con fingir que no la inquietaba hasta la locura. Aunque quisiera ignorarlo, seguía pareciéndole el hombre más atractivo del planeta.

—Ya veo —dibujó una sonrisa encantadora, que terminó con un rechinado de dientes.

—Don Gabriel, ¿gusta algún aperitivo antes de la cena? —En persona, el *maître* se acercó a atenderlo.

—¿Por qué no? Tráenos una botella de Old Pultney Vintage. Tenemos mucho que celebrar.

—Excelente elección, señor ¿Y para la dama?

—No bebe alcohol —se apresuró a aclarar en tono petulante—. Para ella una jarra de agua-panela de limón, bien cargada.

—En realidad, no apetezco nada. Gracias —dijo Regina con una suave sonrisa dirigida al empleado—.

¿Qué haces aquí, Gabriel? —preguntó furiosa por su presencia y por tomarse tantas libertades con

ella—. ¿No me estarás siguiendo, verdad? —Antes de que se sintiera más cómodo, tenía que ponerlo en su lugar y saber lo que planeaba.

—Para nada, ¿qué te hace pensar eso? —sonrió con picardía. La noche se estaba tornando interesante. Con la edad, la niña se había vuelto más arrojada y cautivadora.

—¿La coincidencia? —Qué ganas de borrarle de una bofetada la arrogante sonrisa de su rostro.

—Este es un restaurante que sirve muy buena comida y, como mi nana no se encuentra en Medellín para consentirme, acostumbro a venir por estos rumbos cuando estoy en la ciudad —dijo tan fresco como la noche.

—¿No vives aquí? —La pregunta se le escapó de los labios. Ni hablar. Si

era el caso, ya podía salir de su autoencierro.

—No. Reparto mi tiempo entre las ciudades donde tengo mis negocios. — Con mirada de deleite paseaba sus ojos por el rostro femenino, por su blanco cuello y por sus hombros desnudos; imaginaba que los acariciaba con la punta de los dedos.

—Entiendo —Qué iba a entender nada, si el descarado proceder del hombre la tenía con los nervios como cuerda de violín.

—¿Así que compartes tu tiempo entre el modelaje y la casa de modas? — preguntó ignorando con toda intención a los acompañantes. El hermanito de Octavio, si pudiera, ya lo habría asesinado con la mirada.

—No soy modelo. Reparto mi tiempo entre la casa de modas y mi familia ¿Por qué no me dices de una vez que es lo que quieres, Gabriel? —Si no terminaba pronto con eso acabaría en el loquero.

—Quiero que hablemos. A solas. —Su voz era profunda, seductora, terciopelo sobre la piel desnuda... Como un pecado.

—¿Y después de eso, prometes dejarme en paz? —Él no podía lastimarla más, porque ya no lo amaba, pero no le daba la gana darle entrada en su vida de nuevo.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres, Regina. —Rogelio intervino como todo un caballero medieval al rescate.

—Esto es algo entre ella y yo, así que te sugiero que no intervengas, Badillo. —Odiaba que se atravesaran moscardones en su camino a Regina. Igual, los aplastaría uno a uno; así prometía su mirada de hielo.

—La señorita Sampiers no viene sola, caballero —reviró Rogelio, prendido. Llevaba tres años tras la chica y no iba a permitir que un fantasma se la arrebatara de las manos.

—Regina, si gustas, podemos retirarnos de aquí. —Sergio intervino con su estilo diplomático.

—¡Basta! —Ordenó a todos por igual—. Les pido que guarden compostura. El señor Ponce de León y yo no tenemos mucho de qué hablar. Vuelvo en cinco

minutos.

Capítulo VI

«¿Así que cinco minutos, eh? Ya veremos...», se dijo Gabriel. Con perfectos modales retiró la silla de la chica y, cuando se disponía a guiarla a la salida, ella giró a la izquierda rumbo al bar. Pero no había ganado esa pequeña batalla para perder la ocasión tan deseada. En una rápida maniobra la tomó del brazo y tiró de ella en dirección a la calle.

—¿A dónde crees que me llevas? —luchando por zafarse, preguntó Regina ofuscada.

—A dar un paseo lejos de tus guardaespaldas. —No se detendría a explicar sus intenciones, entre más pronto la tuviera en el auto, mejor.

—No son mis guardaespaldas, son mis colaboradores y amigos. —De pronto se sintió tonta por tanta palabrería inútil.

—Por ahora no los necesitas. Sube —ordenó sin soltarla cuando abrió la portezuela del copiloto.

—No quiero ir contigo a ningún lado y, si no me libreras, gritaré —habló decidida. Aún había transeúntes en la calle, alguien le daría auxilio.

—Si quieres montar un escándalo en la vía pública, adelante, yo no tengo objeción. Igual irás conmigo a donde yo quiera —declaró paciente; saboreaba la confrontación, la expresión del bello rostro, sus bélicas reacciones, sus miradas fieras pero, en especial, su aroma a jazmines.

—Tú estás acostumbrado a los escándalos, yo no —respondió airada, sin ceder ni un poco.

—¡Vaya! Qué bien informada estás. —«¿Así que me sigues los pasos? ¡Excelente!», pensó con una sonrisa de triunfo.

—Cómo no, si te encargas de que así sea; no dejas de ser noticia en los medios —aclaró abochornada por su indiscreción.

—No creas todo lo que lees —sugirió seducido por el arrebol en su rostro.

—Y tú, no creas todo lo que te digan —acotó con amargura al recordar el doloroso pasado.

—Yo solo creo lo que mis ojos ven. Sube. —Su reclamo terminó con la tregua, eso borró su encantadora sonrisa de tajo.

—¿Pleito de enamorados, amigo? Si no puedes con la dama, dime para ayudarte.

Un fanfarrón acompañado de dos jovenzuelos más se mofó abiertamente de Gabriel, sin imaginar que acababa de destapar un hormiguero.

—¡Grandísimo... acomedido[8]! Acércate y verás cómo te parto en cachitos a ti y al par de babosos que vienen contigo. Anda, valiente boquifloja, muéstrame cómo lo haces. —Estaba consciente de su violenta reacción, pero hacía mucho tiempo que no era él mismo.

Justo en el momento que Gabriel se disponía a dar alcance al cizañero, Regina se apresuró a entrar al auto:

—Si no vuelvo en cinco minutos, mis amigos le hablarán a la policía. —«Gabriel se ha vuelto a salir con la suya, pero no será por mucho tiempo», se dijo para darse ánimos.

—Entonces me cercioraré de que cada minuto valga pasar la noche entera tras las rejas. —Gabriel hizo la aclaración con la suavidad de una promesa, pero eso era lo mismo que «amenaza» para Regina.

—¡Estás loco! —dijo con un escalofrío.

—Tal vez —concedió sincero.

Algo en el corazón de Regina le decía que Gabriel nunca le haría daño con premeditación. Tal vez el miedo que sentía era por ella, no por él. Esos eran sus oscuros pensamientos en tanto el auto se alejaba del área neutral.

—¿A dónde me llevas? —Cinco minutos después, rompió el silencio con su inquietud bien resguardada para no darle el gusto.

—A casa —respondió tranquilo, como si regresaran de una fiesta.

—¿A tu casa? —«¡Oh no! Debí suponerlo», sufrió en silencio.

—Sí —buscó sus ojos con una mirada que no revelaba nada.

Cuando estuvieron frente a la majestuosa entrada, Regina sintió cómo los recuerdos se removían en su memoria como si despertara de un gran letargo. Con angustia se percató de que el aire le faltaba. Todos los sentimientos se agolparon en su pecho cuando el grupo de los malos, comandado por la indiferencia, la injusticia, la soledad y la humillación, peleaban por destacar sobre el grupo de los buenos: la ilusión, la esperanza y el amor, vividos en el pasado.

—Hemos llegado —declaró la profunda voz, entonces Regina regresó al ahora.

En la expresión del hermoso rostro, Gabriel pudo ver a la joven sirvienta que lo supo cautivar con su apariencia inocente y su porte de princesa; aquella que se entregó a él de una manera tan genuina y absoluta que estuvo dispuesto a ignorar sus principios y aceptarla tal cual era en su vida.

Regina logró que sus piernas le obedecieran, para trasladar su cuerpo, pero su espíritu reconstruido a fuerzas de dolor y lágrimas se negó a bajar del automóvil.

—Toma asiento, por favor —invitó Gabriel en cuanto estuvieron en medio del salón principal. Segundos después, apareció el mayordomo, al que despidió para quedar a solas con su visita. Él en persona atendería a la belleza que ahora le parecía un cachorro asustado.

—¡Cambiaste los muebles de la sala! —Las palabras se escaparon de su mente en voz alta.

—Sí. Me cansé de tanto vejistorio. —Ni modo de confesarle que se deshizo de todo lo que pudiera recordarle a ella.

—Entiendo —dijo con voz débil. Se sentía tan vulnerable que tenía miedo

de quebrarse.

—¿Gustas tomar algo?

—No, gracias. —Para ella no era una visita social; entre más pronto se tratara el asunto que la había forzado a estar ahí, mucho mejor para su endeble estabilidad emocional.

Gabriel sí necesitaba de un trago; ahora que por fin tenía a la chica donde quería, no sabía por dónde empezar.

—¿De qué quieres hablar? —presionó Regina sacando fuerzas de flaqueza.

—¿Por qué te cortaste el pelo? —Después de un largo trago la miró a distancia, con una intensidad que desnudaba.

La luz ámbar de la lámpara de mesa caía sobre la esbelta figura, dándole un aspecto efímero, como si fuera a desaparecer en cualquier momento, igual que en sus sueños.

—¿De eso quieres hablar?, ¿de mi corte de pelo? —le preguntó entre sorprendida y molesta.

—Solo dímelo —insistió, sentándose a su lado.

—Está de moda ¿No te gusta? —De nuevo su boca habló por su cuenta.

—Todo de ti me gusta. —Sin poder contenerse, estiró una mano y acomodó los rubios mechones detrás de su oreja.

—¡Esta conversación es absurda! ¡Todo es absurdo! —dijo Regina cuando se ponía de pie con brusquedad.

Como quiera que se llamara ese sentimiento que la perturbaba, no podía estar cerca de Gabriel y mucho menos permitir que la tocara.

Temiendo su huida, Gabriel se incorporó apresurado, terminó su trago de un solo golpe y guio sus pasos hasta detenerse a su espalda. Regina parecía abstraída con la vida detrás de la ventana.

—Entonces hablemos del sentimiento que persiste entre los dos —habló con voz enronquecida por el deseo que lo consumía. Su boca, podía paladear el dulce sabor a jazmines que despedía su pelo.

—¡Basta de tonterías! ¿Qué pretendes con todo esto? —Se volvió para mirar

con frialdad al desmemoriado hombre—. Lo que alguna vez hubo entre los dos lo terminaste hace más de seis años y hasta donde recuerdo, fuiste implacable y cruel. —No pudo reprimir la furia al recordar todo el dolor vivido entonces—. Me sacaste de tu vida sin contemplaciones, sin darme la oportunidad de defenderme ¿Cuáles fueron tus palabras? —Sus ojos se empequeñecieron como si el recuerdo no lo tuviera en la memoria, grabado con fuego—. Ah sí... «¡Maldita! ¡mujerzuela!, ¡eres una porquería de mujer!, ¡me das asco!» —enumeró con la mirada puesta en su rostro, pero no lo veía a él, su mente recreaba aquel terrible momento que aún ahora le dolía—. Para rematar, Andrés me arrojó a la calle como a un perro y tú no hiciste nada por impedirlo —calló. No diría más. Él no se merecía saber cómo había perdido a su hijo—. Si el destino nos ha jugado una mala pasada al cruzar de nuevo nuestros caminos, no quiere decir nada. Concluamos con el contrato de trabajo y cada quien prosiga con su vida. Ni te debo ni me debes nada.

—No lo entiendes. Si nos hemos reencontrado, es por algo —insistió sin confesarle de sus días de buscarla con desesperación. La tomó de los brazos, su mirada profunda hablaba de fervor—. Te sigo deseando como nunca y estoy seguro de que tu sientes lo mismo por mí. Ahora somos personas más maduras, podemos lidiar con esta pasión que compartimos sin hacernos daño.

—Hablas por ti, yo no siento nada, solo indiferencia y sí, tal vez algo de vergüenza por haber sucumbido a los deseos de la carne con el señorito de la casa.

—¿El señorito Andrés o yo? —Sus palabras lo lastimaron y quiso devolver el golpe.

—Piensa lo que quieras, eso ya no me puede hacer daño. —Se desembarazó del amarre y se encaminó al sillón para tomar su bolso de mano. El encuentro había terminado para ella.

—¿Niegas que fuiste amante de Andrés, Sanclemente y no sé cuántos hombres más cuando estabas conmigo? —Lleno de rabia del ayer la sujetó de nuevo con fuerza.

—A ti no tengo por qué darte explicaciones ni de mi pasado ni de mi presente. No puedo evitar que seas mi proveedor de telas por los siguientes seis meses, pero después de eso, nada serás —sentenció. Sus ojos despedían escarcha en vez de la dulce miel de siempre—. ¡Suéltame!, quiero volver al hotel.

—Aún no hemos terminado ¿Por qué te haces llamar Regina Sampiers? ¿Es tu nombre de casada? —Había muchas dudas sobre ella y no pensaba dejarla ir sin disiparlas.

—Mi nombre completo es Regina Sampiers Cano.

—¿Cómo? —Sus grandes ojos dieron cuenta de que de inmediato la relacionó con su padre—. ¿Por qué ocultaste tu verdadero origen? —insistió. La expresión de su rostro era un poema a la confusión.

—Por cosas que no te importan —dijo grosera. Si en otro tiempo no confesó sus motivos, mucho menos lo haría ahora.

—¡Niña insolente! —Sus manos bajaron ligeras a la estrecha cintura para someterla contra su cuerpo que ardía de sentimientos encontrados—. ¿Qué tantas mentiras más nos contaste?

—Cuando me enredé contigo tenía dieciséis años —gozó con maldad al ver el atractivo rostro palidecer sin remedio.

—¡Eras apenas una niña! —colgó los brazos a los lados; se sintió asqueado hasta de sí mismo—. ¡Cuánta promiscuidad! Hasta las prostitutas tienen código de honor, pero tú eres una ramera sin mo...

—¡Calla! —Lo abofeteó con un odio que jamás había sentido. Temerosa de sí misma caminó hacia atrás, en tanto descargaba su ira ahora con palabras—. ¡Ya no soy más la pobre niña de la que todos querían servirse sin consideración! ¡No tengo por qué soportar tus insultos! —Emprendió la retirada y de nuevo la detuvo la garra de acero.

—¡Lo siento! Tienes razón. —Aunque las palabras le quemaran como el golpe en la cara, ella estaba en lo cierto—. Solo dos cosas más. —Cuando la vio volverse hacia él, se abstuvo de sonreír victorioso.

En la perfecta piel morena, Regina pudo apreciar la aparición de los verdugones por su reciente castigo. Con terror se descubrió deseosa de apagar el ardor con sus labios.

—¿Gregoria lo sabe? —«¿Es posible que mi nana fuera su cómplice?», se preguntó preparándose contra la traición.

—No, pero creo que sospechaba algo. —Su pobre Greg... La mirada se le suavizó con su recuerdo.

—Me estuviste engañando todo el tiempo. —Se lamentó con creciente enojo.

—Creí que ya estaba claro ¿No es eso de lo que te quejas aún ahora?

—¿Qué pasó con tu hijo? «Qué ganas de ponerte sobre las rodillas y darte una buena zurra; todavía estás en edad». —Por su mente caliente cruzó la idea.

—De él no voy a hablar contigo —respondió con actitud beligerante, muy lejos de intuir los negros pensamientos de su inquisidor.

—¡Te exijo que me digas quién es su padre! —vociferó en su rostro al tiempo que la sujetaba con firmeza de ambos brazos. Estaba a punto de ceder ante la necesidad de darle un correctivo a la malcriada chica.

—¡Déjame en paz! No te atrevas a mencionarlo si quiera, ¿entiendes? —Las lágrimas indeseadas se agolparon en sus ojos de miel. Desesperada por liberarse, presionó con sus puños el pecho de acero. —¡Suéltame, me haces daño!

—Está bien, te dejaré en paz, por ahora —accedió desconcertado por el elocuente dolor en su mirada, aunque también podía ser una treta de su parte —. Esto no ha terminado, tarde o temprano nos volveremos a ver. A través de las lágrimas, Regina miró los preciosos ojos por los que, como el hacha de los verdugos, asomaba el filo de la latente amenaza ante lo inevitable. —Mientras eso sucede, quiero hacer una pequeña prueba —dijo enmascarando sus intenciones.

Sin sospechar los alcances del canalla, Regina fue sometida a un experimento para el cual no estaba preparada. Gabriel la sujetó del talle con fuerza y atrapó sus labios para besarla con calculada maestría, solo que, al

recibir la inesperada cooperación de parte de ella, su cuerpo tomó el control de la situación y el beso se convirtió en una hazaña desesperada por reponer el tiempo perdido.

Regina no podía parar, en cuanto los maravillosos labios la tocaron, perdió la batalla por sus derechos y su valía. Seis años era demasiado tiempo sin pisar el cielo. Eso representaba el contacto de Gabriel para ella; sus besos, su sabor, el aroma a hombre de su piel, las caricias de sus manos diestras.

Si tan solo pudiera estar una vez más con él, volver a sentirlo dentro de ella... «¡Oh, Dios! ¡Qué maravilloso tormento! ¡Cuánto te amo, mi precioso Gabriel!», declaró desde lo más oculto de su corazón.

—¡No! ¡Basta! ¡Esto no puede ser! —gritó atormentada por su descubrimiento.

Solo hizo falta un poco de presión y los fuertes brazos la soltaron. En todo momento pudo poner un hasta aquí y no lo hizo, estuvo perdida en sus brazos por puro regocijo.

El rostro de Gabriel mostraba confusión, la excitación lo tenía dominado, aturdido; un minuto más de permanencia en ese trance y se hubiera derramado en los pantalones. Solo esa mujer era capaz de hacerlo sentir como un jovencito incontrolable y desbocado.

—No te atrevas a volver a negar que ya no hay nada entre los dos. —Estaba tan agitado que apenas podía hablar y la frustrante insatisfacción era un creciente martirio.

Incapaz de negarse ante lo obvio, por no hablar de su resurgido amor de las cenizas, Regina calló, sobrecogida por sus propios sentimientos, abatida ante las expectativas de vida que le esperaban si caía en manos del hombre al que seguía amando a pesar del dolor que le había causado en el pasado y de la terrible opinión que seguía guardando de ella.

Cuando el auto de Gabriel se detuvo frente al hotel, el portero se aprestó a ayudar a Regina a bajar de él. Sus derrotados pasos la alejaron sin mirar atrás. Deseosa de ser invisible, de pasar desapercibida, corrió por las escaleras con

la urgencia de refugiarse en la habitación para llorar a sus anchas su condena.

—¡Regina, por fin apareces! —Rogelio salió a su encuentro al escuchar la llave en la cerradura—. Sergio y yo íbamos de salida a la comisaría para reportar tu secuestro.

—Como pueden ver estoy aquí, sana y salva, sin tan siquiera un rasguño. — Con la punta de los dedos recorrió su cuerpo de arriba abajo. Se abstuvo de mencionar a su corazón que, aunque no se podía ver, estaba resquebrajado y había que pegarlo de nuevo.

—Necesitamos hablar. —Apenas llegar de su viaje del extranjero, José Pedro le comunicó con el rostro solemne como el de la estatua de Thot[9] que adornaba el rincón de su estudio.

—Tengo que hablar contigo. —Regina declaró al unísono. Hacía tres días de su fatídico encuentro con el pasado.

—Tú primero —cedió el caballero.

—No. Tú primero —propuso ella. Cualquier pretexto por aplazar el momento era bueno.

—De acuerdo. No fui a Caracas por cuestiones de trabajo. Fui a recuperar la casa.

—¿Por qué? —preguntó Regina con rostro sorprendido.

—Para regresarnos —respondió José Pedro sin dudar.

Se encontraban de pie, en medio de la estancia familiar, demasiado preocupados cada quien con lo suyo como para tener el buen juicio de sentarse.

—¿Por qué? —insistió Regina. Sus manos, más elocuentes que sus palabras, se abrieron de par en par.

—Gabriel Ponce de León te anda buscando. No podemos permitir que te encuentre y te robe la paz que tanto trabajo te costó reconstruir. —La tomó por

los hombros con firmeza para hacerle saber que ahí seguía él para protegerla de quien fuera necesario.

—Te equivocas —dijo con fatalidad. Había llegado su hora de hablar.

—Claro que no, te vio en el desfile y te reco...

—Lo sé —rodeó su rostro de niño con ternura aquietadora—. Ya me encontró, o más bien nos encontramos —aclaró con el dedo índice sobre sus labios para detener el torrente de palabras que pretendían interrumpirla—. Gabriel es uno de los dueños de Telares Gaharo, la empresa proveedora. Nos topamos ahora que fui a Medellín. —Se mantuvo ecuánime, no debía dejar traslucir la fuerte impresión que significó para ella volver a verlo—. Como puedes darte cuenta, la casualidad ya había dispuesto que nos cruzáramos de nuevo.

—¡Válgame Dios! Razón de más para irnos de aquí —declaró con resolución, tomándola de los antebrazos con firmeza.

—No tengo por qué huir. Ya no soy una niña a la que se puede manipular.

—Todo lo que te sucedió entonces no fue por causa de tu juventud, mi niña, sino porque estabas enamorada. Igual que ahora. —Levantó su barbilla para constatar la verdad en su mirada.

—Gabriel no me puede hacer daño si yo no se lo permito —argumentó con terquedad.

—También hay otro motivo, Regina. Te lo iba decir tiempo atrás, pero con lo del desfile y tu éxito...

—¿De qué hablas? —Se apresuró a preguntar con una nota de alarma. En su mirada se podía leer el miedo que la recorrió de pies a cabeza.

—Estoy enamorado —bajó los ojos apenado por su confesión tardía.

—¡Eso es maravilloso! ¿Quién es ella? —preguntó con optimismo forzado ante la inesperada noticia.

—Amelia Villegas.

—¿La dictadora egocéntrica y amargada? —Sin querer recitó sus palabras de meses atrás.

—Sí. Digo, no. Ella no es...

—Ya lo sé, tontito. Tampoco es una vieja quedada y es muy guapa —agregó.

—Sí —aceptó. Esa niña siempre iba un paso delante de él.

—Entonces, lo que realmente quieres es estar con ella, ¿no? —afirmó. Amelia era su nuevo jefe inmediato y la hija del dueño del periódico de más venta de América del Sur, con la sede en Caracas, Venezuela. José Pedro la iba a interrumpir, pero ella le selló los labios de nuevo—. No debes sentir remordimientos por eso. Estás en pleno derecho de volver a enamorarte y... Hace mucho tiempo que yo debí de haberme ido de aquí, solo te estoy espantando a las novias. —Le llegó el turno de ser la apenada.

—No digas eso ni de broma. Tú y Crucita son mi familia. —Lo dijo con el corazón puesto en sus azules ojos.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que deba vivir con ustedes. —Aunque le doliera en el alma, tenía que dejarlos ir.

De repente, a su mente acudieron las palabras de su prima Rosalía en su lecho de muerte:

—Eres la única persona en quien confío. Eres fuerte, valerosa, buena de corazón. ¡Prométeme que cuidarás de mis hombres!

Todo indicaba que su trabajo había concluido. Ya podía continuar con su vida. Amelia seguiría con la encomienda de cuidar de José Pedro y José Manuel y lo haría de maravilla, estaba segura de ello.

José Pedro enjugó dos lágrimas que escaparon de los hermosos ojos de miel. Entonces Regina se prendió al firme cuerpo para que la envolviera en uno de sus abrazos consoladores.

—¡Regina!, el niño ya está aquí y también tienes visita. —Crucita anunció desde el arco de la entrada; su tono al hablar envió una nota cifrada de alerta.

—¡Papito! ¡Ya estás de vuelta! ¿Me trajiste un regalo? —El niño entró al lugar con la algarabía de siempre y se abrazó a la cadera de su padre buscando su atención.

—¡Claro, campeón! —respondió el orgulloso papá con la mirada perdida en

el rostro infantil.

—¡Gabriel! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me encontraste? —Regina exclamó con innegable sorpresa salpicada de reclamo al ver al dueño de sus tormentos entrar detrás de Crucita.

—Eso fue fácil. —No la miraba a ella, sino al pequeño—. No me puedes negar que este niño es hijo de Sanclemente —reclamó a su vez con un despliegue de repudio.

—Así es, no lo puedo negar —respondió situada entre los dos hombres para evitar enfrentamientos.

—¡Cómo te habrás reído de mi cuando te pregunté por tu hijo! —Su voz desbordaba amargo sarcasmo.

—Por lo visto, no cambias, Ponce de León, ¡sigues siendo un soberano imbécil!

—¡Cierra la boca, Sanclemente! estoy hablando con la farsante, no contigo.

—¡Tía! ¿Por qué ese señor esta tan enojado contigo y con mi papito? —El rostro infantil mostró confusión y miedo.

—¿Tía? —La cara de Gabriel era todo un soneto al desconcierto.

—Sí. José Manuel es el hijo de José Pedro y de mi prima Rosalía —respondió conteniendo a la fiera detrás de ella.

—No entiendo ¿Y tu hijo? —Su rostro palideció ante un mal presentimiento.

—No tienes por qué responder a este idiota, Regina. —El rugido de José Pedro hizo al niño pegar un brinco nervioso—. Cruz, lleva a Manuelito a su habitación y no salgan de ahí. En la maleta está su regalo, dáselo por favor.

—Ya escuchaste a papá, vamos, mi niño —Crucita haló al pequeño de prisa, temerosa de un enfrentamiento entre los hombres.

—¡Vete de aquí, Gabriel! —La orden de Regina parecía más un ruego.

—No hasta que me respondas —aclaró el hombre con terquedad.

—¡Lárgate de mi casa, maldito cobarde! —José Pedro estaba como un polvorín, a punto de estallar.

—Lo haré cuando escuche lo que quiero saber. Luego si gustas podemos

arreglar cuentas tú y yo. —Los alaridos de Sanclemente no le provocaban nada, pero si su acusación de ser un cobarde, aunque no exigió una explicación; presentía que pronto se enteraría del porqué se ganó ese título.

—Ahora mismo vamos a arreglar esas cuentas, mequetrefe. ¡Regina, ve con Manuelito! —vociferó José Pedro igual que un atronador relámpago.

—¡No! ¡Basta los dos! Esto no se resuelve a golpes. —Se dirigió a ambos por igual con el rostro crispado por el enojo—. Hablaré contigo y luego te marcharás para no volver. —Esta vez el mensaje era para Gabriel—. José Pedro, por favor dame unos minutos.

—Tienes diez. —Le dijo—. Si para entonces no te has largado, te correré a patadas de aquí. —La amenaza fue para Gabriel. Luego del ultimátum, José Pedro desapareció en el interior de la casa maldiciendo por todo el camino.

Regina se alejó unos pasos de Gabriel sin invitarlo a sentar; tampoco ella lo hizo—. El mismo día que me encontraste con Andrés perdí a mi hijo.

—¿Cómo? ¿Qué paso? —Con la noticia algo se removió en sus entrañas.

—No voy a aburrirte con detalles, solo te diré que el médico que me atendió dijo que venía mal —compartió con infinita tristeza. De inmediato sintió como se le cerraba la garganta por el llanto contenido.

—Yo... ¡Lo siento mucho!

—Yo también —«Mientras vida tenga», gritó su corazón—. ¡Por favor!, vete, y no me busques más.

—Pero, Regina, necesito saber si...

—Lo único que necesitas saber es que Sergio Olano es el representante legal de Casa de modas Regia y con quien se debe tratar cualquier asunto referente al contrato entre nuestras empresas. Yo no tengo nada más que hablar contigo.

—Ya escuchaste, Ponce de León ¡Vete de aquí!

José Pedro apareció al minuto convenido. Por primera vez en su vida, Gabriel se retiró sin decir la última palabra.

Capítulo VII

— ¡Gabriel! ¡Mi niño! ¿Por qué no me avisaste que venías?

Era cerca de mediodía, en la mansión del Peñol, cuando apareció el aludido después de conducir como un demonio desesperado toda la noche y toda la mañana siguiente desde Bogotá hasta Guatapé.

—Te quise dar una sorpresa, nana. —Después de ser despedido de casa de Regina, lo único que necesitaba ahora era entendimiento, consejo y consuelo, y eso solo se lo podía dar su querida nana.

—No. A ti te pasa algo. Dime qué traes —insistió. Se colgó de su brazo y lo guio a la salita de estar, presentía que iban a necesitar del acogedor lugar.

—He vuelto a ver a Regina —dijo con una sonrisa triste.

—¡Mi niña, Regina! ¿Cómo fue? Cuéntame. —Su corazón se rebosó de gozo ante la noticia—. ¿Qué pasó, hijo? —sujetó con ambas manos el afligido rostro para que no evadiera su mirada. En sus ojos siempre podía leer la verdad.

—Cosas del destino, nana. Ella contrató a Gaharo para un gran pedido de telas. Tu niña ahora posee una casa de modas que está tomando fuerza a nivel mundial. —En ese momento se percató del respeto que le imponían sus logros.

—Yo sabía que Regina llegaría a ser algo grande —dijo complacida. Se sentía orgullosa de la niña con rostro de ángel que un día se cobijó bajo sus alas protectoras.

—Lo que tú ignoras es que ya era algo desde siempre. —Se apresuró a

aclarar con amargura—. Es la última descendiente de la estirpe de los Sampiers, nana. —Antes de ir a buscarla a Bogotá, se había dado a la tarea de investigar su historia completa.

—¿Cómo? —Su sorpresa era genuina, aunque el aspecto y buenos modales de la niña siempre le dijeron algo, pero nunca se le ocurrió relacionar a su ama de llaves con la flor y nata de Colombia.

—Así como lo oyes. Regina es hija del famoso y acaudalado revolucionario Manuel Sampiers, asesinado en los últimos días de nuestra terrible revolución.

—¡Válgame, Dios! —dijo llevándose las manos al rostro—. Ahora entiendo muchas cosas. —«Su finesa, educación, dignidad y orgullo inagotables pero, sobre todo, su noble corazón», enumeró para sí—. Gabriel, ha llegado la hora de que me cuentes todo lo que traes guardado desde hace seis años; y no te dejes nada para ti. —Lo último lo dijo más como una amenaza que como una sugerencia.

—Nada me guardaré, nana. Hoy como nunca necesito que me escuches y que me hables —dijo con tribulación.

—Claro que sí, mi niño; algo podremos hacer para que recuperes esa paz que te dejaste arrebatar.

Gregoria escuchó toda la historia en silencio, sin despegar sus ojos de la verde mirada que había perdido el brillo y la picardía que la caracterizaban.

Gabriel no omitió nada, tal como lo había prometido; con pena vio cómo el rostro de su nana se iba llenando de decepción por su causa. Le había fallado y en breve iba a saber la razón.

—¡Habla, nana! Dime todo aquello que en el pasado me negué a escuchar —suplicó desprovisto de la máscara de orgullo y arrogancia que de un tiempo a esa parte portaba como parte de su indumentaria.

—Me temo que cometiste una gran injusticia, hijo, y la culpa la tengo yo por no haber hablado a tiempo. —Se llevó las manos al pecho para aliviar el dolor en su corazón—. Permití que los convencionalismos sociales pesaran más que los buenos principios y el bienestar de una niña. —Se lamentó,

agobiada.

Lágrimas de vergüenza corrieron silenciosas por su rostro marchito. Sin querer, había ocasionado mucho daño a una criatura inocente e indefensa que ciegamente confió en ella.

—¿De qué hablas, nana? No te entiendo. —Presentía que lo que iba a escuchar voltearía su mundo de revés.

—El día antes de que regresaras a Europa a terminar tus estudios, descubrí que habías dormido con alguien en tu cama. —La imagen en su memoria estaba tan clara como si hubiera sido ayer.

—¿Cómo lo sabes si yo mismo nunca he estado seguro de eso? —Sus ojos eran dos pozos profundos de confusión.

—Yo fui a despertarte, ¿lo recuerdas? Por poco y pierdes tu barco aquella mañana. —Una mueca de sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí. La noche anterior había bebido mucho, no recuerdo ni cómo llegué a mi cama.

—Regina te ayudó. Fue ella la que pasó la noche contigo. —Su voz tembló al confesar la oculta verdad.

—¿Cómo? —«Entonces aquel recurrente sueño era real», se dijo casi feliz de saber que no estaba loco de obsesión.

—Y eso no es todo, hijo; Regina era una niña inocente cuando llegó a ti. —Le podía en el alma no haber sido valiente para obligarlo a responsabilizarse.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso, nana? ¿Ella te lo dijo? —Todavía guardaba la esperanza de que fuera un embuste de su parte.

—No. Yo misma recogí tu cama esa vez; no quería que hubiera murmuraciones entre la servidumbre, así que también lavé las sábanas manchadas. Claro está que en ese momento no supe que se trataba de Regina, pero me las ingeníé para que se delatara ante mí. Cuando la enfrenté, me rogó para que no la despidiera de su puesto por su madre enferma. Ella me confesó que todo lo había hecho por amor a ti y yo en lo único que pensé fue en que no estuviera embarazada. El solo imaginar que se repitiera la historia de Antonia

me robaba la paz. —Había hablado de corrido para no acobardarse pero, al ver la desolación en el rostro de su niño, se le partió el corazón en mil pedazos—. Por fortuna, esa vez no quedó embarazada —concluyó moviendo su cabeza de un lado a otro con rostro de fatalidad.

—¿Insinúas que el hijo que perdió si era mío? —Su voz atormentada era un eco de su alma.

Gabriel sentía que la cabeza le daba vueltas. Estaba recibiendo demasiada información para digerirla de golpe. No era como leer un libro completo sobre administración, no, estaban hablando de las circunstancias que convirtieron la vida de una niña en una pesadilla y él había sido su implacable verdugo.

—Absolutamente, sí. —Ya no cometería el mismo error de esconder la verdad para proteger a su niño, por cruel que fuera—. Regina jamás vio a José Pedro Sanclemente como otra cosa que no fuera el esposo de su querida prima Rosalía y estoy segura de que ahora lo mira como al padre del pequeño José Manuel. En cuanto al canalla de Andrés, no hay nada menos cierto que lo que él te aseguró.

—¿Cómo lo sabes, nana? —Necesitaba regresar a su creencia original porque la verdad era demasiado dolorosa y lo estaba consumiendo por dentro.

—Porque Regina sentía terror de él, le recordaba al desgraciado que la torturaba y quiso abusar de ella en la fábrica de telas Medellín. —Ese era otro golpe bajo para su niño.

—¿Cómo dices? ¡Esa es la fábrica en quiebra que mis socios y yo compramos, nana! «Si lograba conservar la cordura, tal vez pudiera reparar el daño ocasionado». —Ese pensamiento cruzó veloz por su mente enmarañada.

—Lo sé, hijo. Los terribles crímenes del capataz terminaron por llevarla a la ruina. El canalla ese está tras las rejas gracias a la exhaustiva investigación de José Pedro Sanclemente que sacó todo a la luz. —Ella conocía muy bien la historia de primera mano.

—Ahora entiendo por qué dedicó su premio a su inspiración... Todo el tiempo estuvo hablando de Regina —recordó con claridad «¿Hasta dónde

puede llegar la estupidez de un hombre? Su estupidez», se preguntó, adolorido de muerte.

—Así es, hijo. Su historia está basada en la horrible experiencia de esa pobre niña y de tantas otras que han sufrido lo indecible para llevar de manera honrada pan a su casa.

Pero había cosas que aún no le cuadraban—. ¿Si tanto miedo le tenía a Andrés, cómo fue que la encontré con él, nana? —Se había convertido en un hombre frío y calculador, siempre en busca de la respuesta lógica. Su mirada se oscureció de pronto, como si anunciara una tormenta—. Aquella tarde fue terrible verla revolcándose con él. —Lo último lo dijo en un susurro, casi para sí.

—¿En realidad los descubriste teniendo relaciones íntimas, Gabriel? ¿O eso es lo que parecía?

—Cabe la posibilidad de lo segundo, nana —aceptó después de unos segundos de analizar la respuesta. Ahora que la rabia no lo consumía, podía ver las cosas desde otra perspectiva.

—Eso es lo que me temía. Algo me dice que los dos fueron víctimas de la maldad de ese desquiciado. —Hizo una breve pausa para acomodar los sucesos de seis años atrás—. ¿Recuerdas la ocasión en que Moisés fue a casa de Andrea para llevar un baúl que apareció días después en el desván? ¿De cómo nos contó que escuchó a Andrés jurar a su madre que se vengaría de ti? —Al ver el entendimiento en el atractivo rostro, Gregoria continuó con sus deducciones—. Nomás piensa en el oportuno anónimo que te guio hacia ellos. No sé, todo se me hace muy sospechoso... —dijo con los ojos achicados—. Creo que de alguna manera él descubrió el interés entre ustedes y lo usó para su doble venganza, porque estoy segura de que Regina también estaba en su mira. —Nunca estuvo tan convencida de algo como lo que acababa de decir y su tono lo denunció.

—¡Claro! —expresó Gabriel con el rostro iluminado—. Ahora recuerdo cuando Roberto me comentó que lo vio en la fiesta de premiación de

Sanclemente. Ese día, Regina se presentó con la apariencia de una diosa acompañada del que yo creía su amante; me llené de rabia y celos y la enfrenté. Cuando su caballero andante la reclamó nos hicimos de palabras y por poco nos vamos a los golpes si no es por *el perro* que impidió el escándalo. Ahí se enteró el muy desgraciado de Andrés —aseguró.

—Puedes jurarlo, hijo —asintió con la certeza que da la verdad absoluta.

Entre más hablaban, más se aclaraba el panorama. Gregoria solo esperaba que aún hubiera alguna posibilidad de arreglo para esas dos víctimas de los errores de unos y las maldades de otros.

—Me voy, nana. —Gabriel se puso en pie con rostro resuelto.

Estaba decidido a enmendar sus faltas, así tuviera que pasar el resto de su vida rogando por una oportunidad. Pero primero, empezaría por pedirle cuentas al desgraciado de De Toledo.

—¿Qué vas a hacer, hijo? Te pido que no te pongas en riesgo con Andrés, es un hombre falso y traicionero, ya pudiste comprobar sus alcances. —Lo retuvo del brazo con acción desesperada.

—No te preocupes, nana, tendré mucho cuidado. —Tomó las marchitas manos y se las llevó a los labios para besarlas con devoción—. No puedo dejar las cosas así ¿me entiendes, verdad? —Lo que menos podía perdonarle al infeliz era que hubiera utilizado a una chica inocente para vengarse de él.

—¿Por qué no esperas a mañana, hijo? Debes descansar un poco y comer algo antes —insistió.

—No, nana, ya he perdido mucho tiempo. Nada me pasará, lo prometo.

Capítulo VIII

Finalmente, la familia Sanclemente – Cano y Crucita, regresaron a Caracas; ahí los esperaba un nuevo comienzo. Con la bendición de Regina, José Pedro se iba a dar una segunda oportunidad.

La primera semana en soledad para Regina no fue tan dura a la luz del día, pues las múltiples reuniones para organizarse con las modistas independientes y los talleres de costura de la región, contratados para la producción de los modelos, no le dejaban mucho espacio para tristear pero, al llegar a casa y encontrarla vacía, sin la algarabía del pequeño José Manuel ni las quejas de Crucita y las amenas charlas nocturnas con José Pedro, se estaba muriendo de nostalgia, a pesar de que todas las noches recibía un timbre[10] desde Caracas para desearle dulces sueños.

Acababa de cenar y limpiaba la cocina antes de irse a descansar, cuando Regina se encontró con un par de lentillas de Crucita. La querida Crucita... Luego su mente viajó a cuatro semanas atrás.

—¿Por qué no aceptas que Cruz se quede contigo en Bogotá, niña?

—No será necesario, José Pedro, puedo sobrevivir sin ella.

—Lo sé, pero ella lo quiere así.

—Eso dice porque sabe que estoy perdiendo a mi familia...

—¡Me rompe el corazón verte llorar! ¡Por favor, ven con nosotros!

—No, ya está decidido y sabes por qué.

—Pero Crucita...

—¿No te das cuenta de que la lealtad de esa buena mujer la hace actuar así? Ella se va a morir si no está con Josieto. Lo ama como a un nieto, es todo para ella.

—Tienes razón, ¡soy un idiota!

—No, solo eres un hombre entre la espada y la pared. Pero todo saldrá bien. El sonido incesante del teléfono la volvió al hoy; ya sabía quién estaba del otro lado de la línea, todo el día había esperado por eso.

—¡Hola, corazón!

—¡Tíaaaa! ¿Cómo sabías que era yo?

—El timbre del teléfono suena distinto cuando tú me llamas.

—¿En verdad?

—Sí. —La mirada de Regina resplandecía de solo escuchar la voz infantil tan amada.

—¿Y cómo es eso? Cuéntame.

—Como campanas en Navidad —le susurró con una tonalidad musical.

—¿Me extrañas como yo a ti?

—Sí, pero estoy feliz porque pronto vas a tener una mamá que te amará tanto como mamá Rosalía y yo.

—¡Pero yo quería que tu fueras mi mamá!

Se le cimbraba el corazón al escuchar su dolor—. Pero eso no es posible porque papá y yo somos como hermanos, ¿recuerdas?

—Sí... y entre hermanos no se casan —repitió como una clase bien aprendida.

—¡Exacto! ¿Sabes una cosa? Anoche soñé a tu mamita ¿Qué crees que me dijo? —Hablarle de ella siempre lo consolaba, sabía que era su ángel personal allá en el cielo.

—¿Que me ama mucho?

—Sí y que te quiere ver feliz, por eso mandó a Amelia a sus vidas.

—¿En verdad?

—No tengo la menor duda, cariño.

—¿Tú crees que ella quiera darme un hermanito?

—¿Por qué no se lo preguntas?

Conocía el anhelo del pequeño de tener un hermano, al igual que Amelia y José Pedro de tener más familia, pero ellos no querían precipitarse hasta que la relación entre los tres estuviera consolidada.

Por otros cinco minutos, sobrino y tía hablaron de la nueva escuela, los vecinos y la familia de Amelia, hasta que el pequeño empezó a bostezar.

—Cielo, es mejor que te vayas a descansar porque mañana será tu primer día de clases.

—¿Cuántos primeros días hay, tía?

—Muchos, amor y todos los que vienen serán fabulosos.

—¿Qué le dijiste que se fue directo a su habitación a dormir?

—Se lo tendrás que preguntar mañana —respondió Regina al curioso papá que resopló en la línea al no recibir la explicación esperada.

—Mmmm... ¡Hola!

—Hola.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, muy ocupado ¿y el tuyo?

—Igual. José Manuel te extraña mucho.

—¿Solo él?

—No, todos. ¿Por qué no vienes a pasarte unos días con nosotros?

—Sabes que ahora es imposible, además, no creo que sea buena idea. El niño retrocederá lo ganado y no quiero que sufra más.

—Tienes razón, como siempre.

—José Pedro...

—Dime...

—Quiero vender la casa. —Era ahora o nunca, le había costado mucho decidirse a hablar.

—¿En verdad?, ¿por qué?

—Es demasiado grande para mí. —«Para qué mortificarlo con detalles», pensó.

—¿Y tiene muchos recuerdos con qué lidiar, verdad?

—Sí...—Ni para qué negarlo, la sensibilidad del hombre era incalculable.

—Véndela y cómprate algo que te ilusione y te haga feliz.

—Gracias, primo. Empezaré a buscar mañana mismo.

A la semana siguiente, en tanto sus compinches ayudaban a Regina a instalarse en su nuevo hogar...

—¡Vaya con el carismático empresario! Ahora en su faceta de peleonero —dijo Rogelio con una gran sonrisa de satisfacción.

Esperaba que, con ese vergonzoso comportamiento, el hombre ideal perdiera algunos puntos ante su muñeca de rubios cabellos.

—¿De quién hablas? —Regina preguntó con el ceño fruncido, por completo despistada.

—De tu amigo y proveedor —¿Era idea suya o la belleza palideció ante su respuesta?

—¿Gabriel? —Sin poder evitarlo, sus pies volaron junto a él.

—El mismo que viste y calza. Echa un ojo al periódico. —Era un hecho: la rubia estaba más que interesada en la noticia.

En efecto, en primera plana estaba una fotografía de Gabriel y su tremenda izquierda sobre el rostro de ¿Andrés de Toledo? El reportaje no explicaba el motivo del altercado, pero sí que uno de ellos había terminado en el hospital y el otro en la cárcel.

—¡Santo Dios! Necesito saber cómo está Gabriel. —Consternada, se dirigió al teléfono al instante—: ¿Tío, Tavo?

—Hola, hija ¿y ese milagro que me llamas aquí?

—Tío, ¿sabes algo de Gabriel? —Se fue directo al grano. Aunque quisiera, no podía aplacar la angustia que atenazaba su corazón.

—Ya te enteraste de la riña por el diario, supongo —Su tranquila afirmación llevaba una nota clara de inconformidad.

—Sí ¿Cómo está él? —Esos momentos le trajeron tristes recuerdos del pasado.

—Está bien, sin un rasguño, pero se pasó la noche detenido en la comisaria hasta que el abogado consiguió liberarlo.

—¿Y Andrés?

—En el hospital. Ahí se quedará por un buen rato. Tiene dos costillas rotas y la mandíbula destrozada. —Se lamentó.

—¡Vaya! —Hubiera querido ser tan noble como su tío y que le pudiera lo que le pasaba a De Toledo, pero no era así.

—¿No te imaginas por qué fue el pleito?

—No... —La extraña pregunta dejó traslucir su sorpresa en dos letras.

—Por ti.

—¿Qué quieres decir con eso, tío?

—Que Gabriel ya sabe todo, incluido lo de la trampa que le tendió De Toledo para vengarse de él. ¿No dices nada?

—Sí. Me alegro de que esté bien. Gracias tío. Todo mi cariño para ti y tía Celene.

Después de cortar, Regina se retiró a su habitación. Se encontraba demasiado turbada para seguir con la tarea de desempacar, como si su corazón y sus entrañas se hubieran removido por las heridas abiertas. Lloró hasta que la noche cubrió todo a su alrededor, hasta que no le quedaron lágrimas para llorar al hijo perdido y a su inútil amor malgastado.

Al día siguiente, en el primer día oficial en su nueva casa, Regina se sentó en

la sala para tomar un respiro y admirar con mucha satisfacción el resultado final de la decoradora en espera de la llamada de Joseito, que quería ser el primero en estrenar la nueva dirección.

Cinco minutos después, el timbre del teléfono la rescató con brusquedad de los brazos de Morfeo, en los que había caído por causa del agotamiento físico y mental.

—Hola, corazón, ¿qué tal tu día? —habló con derroche de miel al imaginarse los sonrientes ojitos de cielo de su sobrino.

—¡Magnífico!, pero la noche se está poniendo aún mejor.

—¿Gabriel? —Su tono no dejó duda de la molesta sorpresa que resultó ser su llamada.

—Para servirte.

En cambio, al hombre se lo escuchaba muy satisfecho con el nuevo logro en su propósito de perseguirla.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? ¿Qué quieres? —No tuvo problema en hacerle saber el fastidio que le significaba su atrevimiento.

—Tu número lo conseguí con mis fuentes, y te quiero a ti —explicó sin empacho.

Esta vez imprimió en su voz una connotación de descarada sensualidad que recorrió todas las terminales nerviosas de Regina, hasta instalarse en su vientre bajo.

—¡No digas bobadas! —De forma involuntaria, se llevó una mano al cuello para sosegar los latidos de su corazón.

—No son bobadas, Regina.

La voz de barítono era tan elocuente que dejó saber su disgusto ante la agresiva respuesta.

—No tengo nada que hablar contigo. —«Sigue siendo el “niño” insufrible que cree que todos deben de marchar al son que él marca», pensó molesta.

—Yo no diría eso. —A propósito, hizo una pequeña pausa—. Me parece que es preferible que te informe ahora del pequeño inconveniente con el próximo

embarque.

—¿Qué? ¡Tú me aseguraste que tenías todo controlado! —Su tremenda reacción por poco le revienta el tímpano a su interlocutor.

—Lo sé, pero salió un imprevisto y es urgente que lo hablemos.

—Te escucho —suspiró con profundidad para tomar el control de sus respuestas.

—Por teléfono no se tratan estos asuntos.

—De acuerdo. A primera hora salgo para Medellín.

—No será necesario, estoy en Bogotá. En cinco minutos llego a tu casa.

—Hola... ¿Gabriel? ¡El muy cretino, me colgó! ¡Dios! No puedo estar a solas con él. —Una idea la asaltó—. ¿Sabrá que mi equipo de trabajo está fuera de la ciudad? El muy... —Todavía no terminaba de vociferar cuando el timbre de la puerta retumbó en su cabeza para anunciar la llegada de la indeseable visita.

—¿Qué sucede con el embarque? —disparó ansiosa en cuanto abrió la puerta al fresco individuo que para nada parecía preocupado.

—Buenas noches para ti también —«¿Qué es eso que viste? ¿Acaso es un pantalón?», se preguntó gratamente sorprendido al recorrerla de pies a cabeza.

—¡No le veo nada de buenas, Gabriel! ¡Por favor, habla ya! —Indiferente ante la mirada analítica del descarado, lo instó de mal humor.

—¿Me invitas primero a pasar? Vengo algo cansado. —Le parecía una criatura deliciosa, vistiera lo que vistiera, sonriente o enfadada.

—Sí. Disculpa. Pasa y siéntate, por favor, ¿gustas algo de tomar? —Dadas las circunstancias, le costaba comportarse propia y educada.

—Sí. Un whisky doble, por favor. —Lo necesitaba. Ahora que la tenía enfrente, no sabía por dónde seguir, aunque seguramente ella le indicaría el camino.

—¿Tan mal están las cosas? —Casi derrama la bebida al volverse con brusquedad para mirarlo, pues su atractivo rostro estaba demasiado cerca para su paz mental.

Gabriel continuaba de pie, parecía nervioso; Regina lo imitó, verlo así la ponía más inquieta como para permanecer atada al sillón.

—¿No me acompañas? —«Ayudaría mucho que la preciosa niña soltara un poco el cuerpo», se dijo con practicidad.

—No tomo. Lo dijiste tú, ¿recuerdas? —No pudo evitar el sarcasmo, se estaba haciendo adicta a él—. ¡De una buena vez, dime lo que sea, Gabriel! — explotó. Le estaba costando mucho trabajo ignorar lo guapo que se veía con ese traje oscuro que le quedaba como guante; no dejaba nada a la imaginación.

—De acuerdo —inspiró profundo—. La verdad es que te engañé. No hay ningún problema con los embarques. —Siendo honesto consigo mismo, la fuerte presencia de la rubia lo intimidaba, jamás le había pasado antes con persona alguna, menos con una chica.

—¿Qué? ¡Qué ruin eres! ¿Cómo te atreves a mentir de esa forma? —Le reclamó al tiempo que se dejaba caer sin gracia en el sillón; estaba demasiado enojada con el manipulador hombre y a la vez, aliviada.

—No me dejas de otra, preciosa. Ya me cansé de tus negativas cada vez que te busco o te llamo. —Se aflojo el botón de su chaqueta y se sentó junto a ella, lo más cerca que permitían las buenas costumbres.

—Muy bien. Ya estás aquí. ¿Qué es lo que quieres? —Haciéndose la valiente enfrentó la intensa mirada verde sin parpadear.

—Yo... Estoy enterado de todo y...

—Ya lo sé —interrumpió para abreviar el encuentro.

—¿Ya lo sabes? —preguntó con rostro confundido.

—Tío Octavio, ¿recuerdas? —Levantó la barbilla con orgullo.

—Sí. Tío Octavio... —repitió con elocuente expresión.

Después de muchos años de vivir aberrante, por fin era poseedor de la verdad de la propia boca de Octavio. Por él se enteró de los lazos de amistad que lo unía a los Sampiers, más fuertes aún que los lazos de sangre.

—¿Por qué no me aclaraste las cosas, Regina? —Se deslizó en el asiento para tomarla de la barbilla.

—Muchas veces lo intenté. —Se defendió. De inmediato se puso de pie, no soportaba su tacto.

—Si pudiera, volvería el tiempo atrás —Gabriel confesó acongojado—. ¡Por favor, perdóname! —Erguido tras ella; sus manos presionaban con suavidad los hombros desnudos.

—No tengo nada que perdonarte, Gabriel. Ya todo quedó en el olvido. —Para imprimir veracidad a sus palabras se giró sobre sus talones y lo miró con fijeza.

—Cásate conmigo, Regina.

—¿Cómo? —Su rostro era una mueca de verdadero desconcierto.

—Es mi deber moral. Lo que corresponde hacer —aclaró, con el orgullo digno de un caballero del siglo dieciocho.

—Eso pasó hace muchos años, Gabriel. Entonces solo era tu sirvienta. —Un poco del rencor de aquellos días de sufrimiento se coló entre sus palabras.

—Yo te robé tu inocencia y es justo que repare el daño —comentó con actitud quijotesca.

—Ahora estoy con alguien. Tengo una relación —habló su orgullo herido—. Él me quiere con todo y mi pasado.

Gabriel no esperaba escuchar eso, caminó hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada en el rostro.

—¿Quién demonios es ese? —Con rapidez se recuperó para exigir una explicación.

—Octavio Badillo —respondió Regina para salir del paso. Esperaba no arrepentirse después.

—¿El hermanito mujeriego de Octavio? —Su rostro crispado anunció peligro.

—Tú no eres precisamente una blanca paloma... —De inmediato se lamentó por su comentario. Primero debió morderse la lengua antes de dejar salir el veneno.

Gabriel hizo caso omiso de la crítica, había algo mucho más importante que

ocupaba su mente y debía resolverlo cuanto antes.

—¡No acepto que estés con ese tipo! —reclamó sin tapujos en su cara.

—Tú no tienes que aceptar nada. No eres ni mi padre ni mi hermano ni mi...

—Fui el primer hombre en tu vida; por eso mismo debes casarte conmigo. —

La interrumpió con la mirada fulgurante de ira contenida. Las cosas no estaban saliendo como lo planeó y eso lo estaba sacando de sus casillas.

—Nadie te está pidiendo cuentas de ello. Yo te absuelvo de esa responsabilidad. —Regina se apresuró a aclarar con ayuda de su recién adquirido sarcasmo.

—No es tan simple como que...

—Ya no guardo ningún sentimiento hacia ti, Gabriel ¿No lo entiendes? —Lo interrumpió con grosería. Que no se creyera que se moría de amor por él.

—¡Mientes! Entre tú y yo sigue viva la llama de la pasión —declaró perturbado. Luego, la envolvió en sus brazos, ansioso por demostrarlo.

—¡Estás equivocado, Gabriel! —dijo sofocada por el forcejeo desesperado.

Sordo a su sentir, Gabriel la sometió a una descarga de caricias que amenazaban con derrumbar los muros erigidos para mantenerse a salvo.

—Tú me deseas tanto como yo te deseo a ti —sentenció convencido; agitado por el deseo irrefrenable que invadió su cuerpo adormecido.

Capítulo IX

Gabriel se consideraba un hombre de ley y honor, por eso había tomado la seria decisión de corregir sus terribles faltas del pasado. No existía en el mundo nada ni nadie que pudiera impedirselo... Excepto la misma Regina. Eso lo supo la noche anterior en que pensó que podría conseguir la victoria por su noble acción de restaurar el honor de la chica. Sus recuerdos lo volvieron a su fallida pretensión.

—¡Basta! ¡Suéltame! ¿Acaso no entiendes un NO por respuesta? —Regina gritó con evidente hastío—. Si necesitas expiar tus culpas vas a tener que buscar a otra víctima. Seguro encontrarás a alguna por ahí —declaró con crueldad—. Ahora, ¡por favor, vete!, no quiero que me ocasiones un problema con Rogelio.

—¿Qué piensas hacer, hijo? —La voz de Gregoria lo regresó a su no menos atractivo presente.

—Aún no lo sé, nana, estoy demasiado confundido para decidirlo ahora.

—¿Eso quiere decir que dejarás las cosas como están? —insistió. No soportaba verlo sumido en ese mar de lamentaciones.

—Tal vez —respondió con la mirada perdida en la espectacular puesta de sol de Guatapé—. Regina tiene una nueva vida, una gran vida. Lejos de ser una chica marcada y derrotada por su triste pasado, parece haberse fortalecido en él —argumentó con admiración—. Ahora es una triunfadora. No necesita mis

acciones desesperadas de redención para seguir adelante con su vida. —Eso le había quedado claro—. Ya no me ama, nana —agregó.

¿Por qué le dolía tanto? Después de todo, en el pasado, él mismo le restregó en la cara que no le importaba su amor.

—¡Cuánto lo siento, mi niño! —acarició el adolorido rostro con infinita ternura. Ella era la principal responsable de su fracaso—. Los errores como los aciertos tienen consecuencias y hay que hacerles frente, aprender de ellos, mantener el control o simplemente sobrellevarlos. —Ella estaba justo en el proceso de averiguar qué opción tomar. Pero la ocasión no muy lejana le daría la respuesta.

Gabriel no pudo dejar a Regina en paz. Era algo más fuerte que él. Siempre que había alguna oportunidad se aparecía en los lugares donde ella se presentaba en compañía de sus amigos y del inseparable enamorado, como había sucedido dos semanas atrás, cuando se «encontraron» en el salón Colonial:

—Buenas noches tengan todos ustedes —saludó con mucha formalidad al presentarse a la mesa de las parejas formadas por Regina y Rogelio, y Sergio y Lidia, que empezaban a salir en otro plan.

—¡Qué rara coincidencia! Nuestro apreciado proveedor de Telas Gaharo —dijo Rogelio con odioso sarcasmo.

Casi al instante inició el tradicional juego de luces en el gran salón y la concurrencia guardó silencio a la expectativa de lo que acontecía en el lugar.

De entre las sombras apareció un hombre bien vestido que, con voz grave y modulada, presentó a la famosa orquesta de Colombia, que de inmediato abrió el baile con el precioso vals *Mis delirios*[11].

De pronto, la pista se llenó a reventar. Sergio, el primero de la mesa, se puso de pie y con quijotesca caballerosidad invitó a Lidia a bailar. Frente a los ojos de Gabriel cruzó su amigo Roberto, que hacía lo propio con su prometida.

—Si me lo permites, necesito cruzar dos palabras con «tu novia» y este vals

es un excelente pretexto para que hablemos. —En respuesta a su infausto comentario, Gabriel se dirigió a Rogelio en un tono de voz que no dejó espacio para la negociación, menos para pelear a la chica. Sin si quiera mirarlo, tomó a Regina de la mano y casi la levantó en el vuelo para asombro de los presentes, incluida ella.

Con el conducir de un hombre acostumbrado a hacer su santa voluntad, Gabriel sujetó a la chica por la cintura para perderse entre los danzantes.

—¿Cómo te atreves? —Regina habló con los dientes apretados y la mirada airada.

De pronto recordó dónde se encontraban. Nerviosa volteó en todas direcciones para cuidarse de no dar un espectáculo. Cuando volvió su rostro belicoso a Gabriel, sus rodillas se doblaron al descubrir su sonrisa encantadora y sus pequeñas arruguitas que adornaban el canto de sus ojos y le daban ese aspecto de hombre maduro que sabe lo que quiere y va por él.

—No veo que tenga algo de malo lo que acabo de hacer —refutó con gesto de «niño Dios». Para sí se guardó lo que su cabeza tramaba, complacido con sus sentidos que se llenaban de su presencia—. Solo estrechamos los lazos de negocios, como buenos empresarios que somos.

—Yo no quiero bailar contigo. —Se escuchó decir como niña enfurruñada.

—Yo sí —respondió como si dijera: «Es lo único que importa».

—¡Ah! Entonces lo que quiera el señorito Gabriel... —La expresión de su cara era una declaración formal de guerra.

—¡Excelente! Ya estás entendiendo la idea —«¡Qué ganas de agarrar a besos esa trompita abultada por el enfado!», le dijo a la bestia que llevaba dentro.

—¡No te hagas el gracioso que no te queda! —Al segundo su garganta exhaló un grito ahogado por la osadía de Gabriel, que la había restregado su cadera de forma soez.

—En cambio tú, lo que te pongas te queda de locura. ¿Sabes que estás divina con ese vestidito verde que te cargas? —Con gozo sin precedente, sintió a Regina dar un brinco cuando le habló al oído y rozó con sensualidad su oreja.

Lo malo, que no era el único que disfrutaba la vista, notó Gabriel con creciente enfado; en el salón, había cerca de cincuenta pares de ojos masculinos que se comían a su pareja de baile y, para colmo, su hombría empezaba a alebrestarse.

—No me interesa tu opinión. —Un delicioso calor invadió su interior y le subió hasta el rostro para teñirlo de carmín y dar al traste con su pose de mujer ofendida.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con voz enronquecida por el deseo que se había apoderado de su entrepierna. No estaba en él, necesitaba sentir su cuerpo de diosa pegado al suyo, aunque se quemara en las llamas del Averno por el deseo insatisfecho.

—¡Suéltame, Gabriel! Nos está viendo tu novia —posó las manos sobre el pecho de acero para poner distancia, sin éxito. ¡Qué ganas tenía de mandar todo al diablo y meterse en la cama con Gabriel! Lo deseaba con locura. Su vida se había convertido en un infierno desde que lo había vuelto a ver. Regina agonizaba, su cuerpo ardía en las llamas de la frustración.

—Y tu novio... —agregó con animosidad.

—Seguro que lo de hablar conmigo es solo otra treta tuya —interrumpió con los ojos de miel fulgurantes por el enojo.

—Sí —declaró asintiendo con una sonrisa de triunfo—. ¡Au! ¡Eso duele, Regina!

Gabriel recibió tremendo puntapié en la espinilla, pero eso no fue suficiente para que soltara a su adorable presa.

—Si pudiera, te patearía...

—¡No, por favor! ¡Ahí no! —interrumpió con dramatismo. Por fin logró sacar una sonrisa de los labios de coral.

—¡Eres un fresco! ¡Un descarado! ¡Un...!

—¡Y tú te ves preciosa con ese sonrojo!

—¡Quiero volver a la mesa! —dijo Regina con rostro descompuesto después de que el muy indino[12] le acomodó en los labios un beso fugaz, tan ligero,

como el aleteo de una mariposa. En verdad estaba a punto de darle gusto al cuerpo y... y...

—No será necesario, ya viene tu caballero andante al rescate —«Qué ganas de salir de aquí con mi rubia sobre el hombro, meterla a mi cama y no dejarla ir hasta que recuerde que una vez me amó con todo su corazón», se dijo con nostalgia. Sus brazos cayeron a los lados con la misma actitud de derrota de sus ojos al tener que dejar ir a la cautiva.

—¿Hacemos cambio de pareja? Me gustaría bailar *con mi novia* —«Tómame esta», dijo Rogelio con la mirada y su sonrisa se amplió al escuchar el rechinado de dientes del soquete de Ponce de León.

—Adelante. —La respuesta la acompañó con un pase magistral al estilo del torero cuando se gana la ovación de *ole*. Era eso o usar su puño izquierdo para enterrarlo en la sonrisa del imbécil.

La victoria, por decir la última palabra, que retorció las entrañas a su rival, le supo a nada a Gabriel pues fue Badillo quien se quedó con la chica. Luego, con una máscara de descontento, se vio obligado a bailar con Estrella, ella era la pareja del intercambio y también la acompañante que había llevado Roberto para él. De haber sabido antes que era la mejor amiga de Lora, su prometida, jamás hubiera aceptado la invitación al baile.

—Déjate de berrinches conmigo que no soy tu padre —dijo Rogelio ofuscado, al tiempo que lanzaba una mirada asesina a Gabriel. Media hora fue lo que duró su gozo de tener a la belleza rubia en sus brazos, cuando bailaban, luego fueron interrumpidos por su exigente sobrina que quería que la llevara de vuelta a casa. Gracias a eso, ahora todos estaban de nuevo sentados a sus mesas.

—Por favor, Rogelio, llévala —rogó por lo bajo Regina que no aguantaba un segundo más la presión de la cara de limón agrio de la chica—. Por mí no te preocupes, me puedo regresar con Sergio y Lidia.

—Está bien. Te veo luego, hermosa —aceptó reacio en tanto se levantaba y

le daba un beso de despedida en la frente —«¡Aaaah! ¡Qué ganas de mandar a su sobrina a la... porra!», se lamentó en silencio para desfogar su amarga desilusión.

Desde su sitio, Regina no pudo evitar mandar un mensaje de desaprebo a su vecino de mesa; este, como siempre, le devolvió esa mirada penetrante y su media sonrisa burlona.

El ambiente de pronto se tornó bullicioso en el salón; el cambio de los tranquilos valeses a la algarabía de la música de jazz instó a casi toda la concurrencia a bailar al ritmo de swing.

Regina, dominaba la vista de todo el lugar y en especial de la pista de baile desde otra perspectiva como observador; divertido, pero mucho menos que estar danzando sin preocupación. En varias ocasiones, se dejaron ver las parejas formadas por Roberto y su novia, y Sergio y Lidia, que daban buenas cuentas de en qué ocupaban su tiempo libre; estos eran unos maestros en el arte del nuevo género que llegó para quedarse.

—¿Te diviertes? —Con sigilo, Gabriel se había movido para sentarse en la silla libre junto a la solitaria rubia. Esta quedó atrapada entre él y el ocupante de la mesa de al lado.

—¡Grandísimo bribón!, me has dado un susto de muerte. —Su rostro desencajado reflejó la desagradable sorpresa que le significó salir con brusquedad de su estado de confort, por causa del hombre que por ahora no era de su mayor agrado.

—Señal de que no estás nada bien con tu conciencia... —agregó socarrón.

—¡Mira quién habla! El que acaba de mandar a su novia a casa con el tío sin importarle el qué dirán. ¿Conoces la palabra vergüenza? —Su enojo guardado afloró al instante.

—Es lo contrario de sinvergüenza; esa me la dicen muy seguido —se mofó—. Pero para tu conocimiento, Estrella no es mi novia y yo no la traje al baile. —Su sonrisa se amplió con genuino regocijo al ver la confusión en el hermoso rostro.

Gabriel era experto en matar dos pájaros de una misma pedrada, siempre encontraba la manera de dejar a Regina sin respuesta; situación muy conveniente en esta ocasión en que la invadía un placer impropio por la noticia.

Por otra media hora, aguantó estoica en el mismo lugar, con sus sentidos enervados por la tentadora cercanía, hasta que el cansancio superó sus emociones y le fue imposible contener un bostezo.

—Vamos, te llevaré a casa, te estás cayendo de sueño. —Gabriel se puso en pie y tiró del brazo femenino con suavidad.

—Por supuesto que no, llegué con... con...

—Badillo que, por cierto, ya no está —la interrumpió en tono más que divertido.

—Gracias a ti —manifestó molesta, cuando se ponía en pie y se liberaba de un tirón.

—Ya te dije que no soy responsable de...

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien —lo interrumpió con ganas de molestarlo.

Cuando se preparaba para reiterar su negativa de irse con Gabriel, aparecieron sus amigos al rescate y a este no le quedó más remedio que extender su ofrecimiento a ellos también, en vista de que se habían quedado sin transporte. Pero el zorro astuto se dio maña de llevar a Regina hasta el final.

—Gracias y buenas noches —se apresuró a decir cuando se encontraban afuera de su domicilio.

—¿No me invitas a pasar? —Como todo un caballero, la acompañó hasta la puerta y aguardó paciente mientras ella buscaba la llave para abrir.

Con un rotundo «no» le respondió cuando giraba la perilla. Ni si quiera se atrevió a mirarlo a los ojos por temor a claudicar al verlo con su carita de niño bueno en medio de la oscura noche.

—¿Por qué? —la detuvo del brazo para cuestionarla, antes de que se esfumara de su presencia.

—Sabes muy bien la razón. —Esta vez no le quedó de otra que hablarle de frente.

—¿Badillo? Si él en verdad fuera tu pareja, no te habría dejado a solas conmigo.

—Él me tiene confianza. No todos son unos canallas como tú —reviró con la dignidad de una princesa.

—*¡Touché!* —Por su cabeza no había pasado esa posibilidad.

—Estoy cansada, Gabriel. —«Sobre todo de luchar contra la tentación de dejarme ir», le hubiera gustado agregar.

—¿Por qué no nos das una oportunidad? Estoy seguro de que la pasaremos muy bien.

«¡Dios! También yo, hasta que mi alma quiera más de ti», rumió en su cabeza —. Ya te dije que todo está en el olvido. Deberías de sentirte liberado con eso.

—Así sería si fuera real, pero entre tú y yo existe algo tan fuerte que ni las vicisitudes de la vida ni el tiempo han podido destruir —las palabras fueron dichas con fervor. Sus manos la sujetaban con firmeza por la espalda, decidido a conseguir la respuesta anhelada.

—No te equivoques, Gabriel, lo que pasó aquel día en que nos volvimos a ver solo fue debido a la sorpresa del encuentro. Ahora, con franqueza, ya no me provocas ni eso. —Se imaginó que trataba un negocio para imprimir la frialdad necesaria a sus palabras; eso lo había aprendido muy bien de él.

—¡Mientes, Regina! y te lo puedo demostrar...

—¿Otra vez con eso? —Su angustia la disfrazó con gesto de hastío por el miedo a ser sometida a otra de sus difíciles pruebas. Se desprendió del amarre para evitar quedar anulada entre la tibieza de sus brazos y el aroma embriagador de su cuerpo—. La otra noche ya hiciste la prueba y no pasó nada, ¿recuerdas?

—Por qué te niegas a mí, lo sé, lo siento —argumentó exaltado. Sus ojos se habían convertido en dos antorchas de verde desesperación.

Regina suspiró con profundidad para darse tiempo de encontrar la respuesta que lo alejara de ella de forma definitiva, antes de que fuera demasiado tarde.

—Si en verdad estás arrepentido del daño que me hiciste en el pasado, te pido que me dejes en paz. —Hasta un necio podría creer en sus palabras; estas fueron dichas con vehemencia. Su mirada transparente solo reflejaba sinceridad—. Ahora tengo una vida maravillosa y un hombre bueno a mi lado. No necesito más. ¡Por favor, entiéndelo!

Gabriel caminó dos pasos hacia atrás, como si lo hubieran abofeteado; al momento se recompuso y dibujó la cínica sonrisa que usaba como máscara.

—Tal vez te haga caso cuando nuestro contrato se cumpla. Buenas noches, Regina. —Se dio la media vuelta y se alejó sin decir más. De nuevo lo habían reducido a cero.

Por un buen rato, Regina se quedó en la puerta hasta que vio el auto de Gabriel perderse en la calle. En su pecho habitaba una honda desolación que se propagó por todo su cuerpo como una plaga.

Solo faltaban dos meses para que el contrato expirara, lo podría resistir. Si al cabo de ese tiempo Gabriel no cumplía con su palabra, le haría caso a José Pedro y se iría a vivir a Caracas, cerca de su protección, o aceptaría la propuesta de matrimonio de Rogelio.

Capítulo X

La atareada vida para Regina y todos los participantes en y con, Casa de modas Regia, caminó a las mil maravillas por las siguientes semanas.

Los primeros modelos producidos en serie aparecieron en los aparadores de las principales tiendas de ropa para dama de Colombia, otros países de América del Sur, Estados Unidos, Inglaterra y Francia; estos superaron el pronóstico de ventas esperado en un doscientos por ciento.

Todo estaba resultando conforme a lo planeado, con sus debidas complicaciones de disputas laborales, equipos averiados, errores en los patrones, atrasos en el traslado del producto terminado, etcétera, etcétera.

En definitiva, cada día era una odisea. Aunque en semejante empresa estaban involucradas personas y negocios con amplia experiencia en el ramo textil, de la industria de confección, del comercio, del transporte, de la administración de negocios y demás, el producto no dejaba de ser una innovación, un *prêt à porter* en toda la extensión de la palabra y, por lo mismo, cada acierto o error, cada avance o retroceso eran una tremenda prueba y enseñanza.

—Hola, títa. Por fin me respondes... —La vocecita infantil, con marcado tono de recriminación, sacó a Regina de su concentrada tarea para atender la llamada telefónica de media tarde.

—¡Amor, qué sorpresa! no esperaba tu timbre hasta el fin de semana.

—Ya sé, pero necesitaba saber si es verdad todo lo que dicen de ti en los

periódicos.

—¿A qué te refieres, cariño? —Su voz denotó preocupación al escuchar la nota de alarma en el pequeño. ¿Qué era eso que decían que perturbaba su paz de esa manera?

Había estado tan metida en los procesos de sus diseños que no se había dado tiempo ni fuerzas para bajarle un poco a la pila de periódicos que tenía sobre su escritorio.

—Emmm... Déjame recordar... ¡Oh sí! Que tienes a todos los jóvenes casaderos de Colombia detrás de ti ¿Por qué te siguen, tía? ¿Te quieren lastimar?

—Claro que no, corazón. ¿Recuerdas aquello de que es una manera de hablar? —respondió con paciencia infinita.

—¡Ah! Se trata de eso...

—José Manuel, ¿sabe papá que me has llamado?

—No, el salió a comer con Amelia. La abuela Crucita me dio permiso de hablarte. —Se hizo un pequeño silencio—. Tía, Reg, ¿no me has olvidado, verdad? Apenas si te vi ahora que viniste.

—¡Nunca, corazón! eres mi niño amado.

—¿Aunque siempre estés tan ocupada y algún día te cases y tengas tus propios hijos?

—Sí. Siempre serás mi niño consentido. —Era más fácil decirle eso a que nunca tendría hijos, porque luego habría que explicarle el porqué.

Por cerca de diez minutos más, hablaron y hablaron de anécdotas graciosas que habían compartido en el pasado, hasta que las carcajadas de Joseíto le produjeron hipo, fue entonces que llegó el momento de despedirse, con la consigna de que, en cuanto tuviera un respiro, iría a verlo de nuevo, aunque fuera de entrada por salida como la vez anterior.

El llamado a la puerta le recordó que Sergio estaba por ella para llevarla a un evento muy importante con la prensa nacional y extranjera. En común acuerdo, los medios le pidieron que hablara al mundo de su trabajo, aunque ya

estaba advertida de que seguro saldría a colación alguna pregunta de su vida personal. Como le hubiera gustado que José Pedro estuviera ahí, con ella, aunque el apoyo de sus amigos y colaboradores, que no se le separaban, era invaluable.

—¿Cómo están esos nervios, preciosa? —preguntó Rogelio en cuanto la recibió en el lugar. Él se había adelantado para asegurarse que todo fuera según lo acordado.

—Destrozados. Ya sabes que esto no es lo mío. Yo funciono mejor tras bambalinas —«¿Quién había dicho que todo éxito tenía un precio? Seguro el mío es quedar al desnudo ante el mundo», pensó sobrecogida de miedo.

—Quisiera poder asegurarte que serán condescendientes contigo, pero sabemos que no es así. Ahora eres noticia y todos los ojos están puestos sobre ti y tu historia.

—Y yo quisiera volver a ser invisible... —dijo mirando sin ver su rostro, que tenía un gesto de interrogación.

—¿Y perderte de la gloria, niña? De ninguna manera es la actitud de la chica luchadora, valiente y tenaz que conozco y amo.

—¿José Pedro? ¿Cómo es que estás aquí? Te hacía muy lejos con Amelia. — Sin importarle en realidad la forma en que obró ese milagro, se arrojó a sus brazos protectores agradecida con Dios por su regalo.

—La avioneta ¿recuerdas? —sonrió con picardía.

—Sí. ¡Dios! es grandioso que estés aquí.

—Jamás te hubiera dejado sola en estos momentos. —Con infinita ternura secó con sus dedos, dos lágrimas furtivas que resbalaron por el rostro de terciopelo.

—¿Qué lazo la une a José Pedro Sanclemente?

Ya adentrados en la entrevista, un periodista al fondo inició con la primera pregunta personal.

—Somos familia. Él es como mi hermano. —En ese momento volvió su

rostro al rincón desde donde la observaba y una lluvia de flashes cayó sobre él. El aludido no tuvo otra alternativa que asomarse para saludar a la concurrencia.

—Señorita, Sampiers, ¿es cierto que antes de ser una exitosa diseñadora de modas fue el ama de llaves de don Gabriel Ponce de León?

—Sí —respondió sin dudar—. Cuando se perdió la fortuna familiar, tuve que abandonar el colegio para emplearme en el servicio doméstico. Tenía una casa y una madre enferma que sostener.

—Podemos volver al tema de la moda, por favor. —La voz de Sergio se escuchó imperante. Él permanecía al lado de Regina para mantener el orden en el lugar.

—¿Qué se siente tener a su expatrón como su proveedor de telas?

—Veo que están muy bien enterados de todo. Él y yo tenemos una buena relación de negocios.

—Pero en el pasado fueron algo más. ¿Es cierto?

—Señores, ese tema...

Regina paró en seco la intervención de Sergio:

—De mi pasado conocen lo que deben saber. Ahora, si ya no tienen más preguntas de mi trabajo, me gustaría despedirme de ustedes. Mañana salgo de viaje a primera hora para Medellín. —Con una guerra de sentimientos por dentro se bajó del templete con la ayuda de José Pedro que la esperaba al pie.

—¿Va por asuntos de trabajo o asistirá a la fiesta anual de Telares Gaharo?

—Se dejó oír la misma voz al fondo.

—Viajo por asuntos personales. Buenas noches y gracias —respondió amable, pero en su mirada resuelta dio por concluida la entrevista y abandonó la sala.

—Buen trabajo, niña. Estuviste genial. —José Pedro la envolvió en uno de sus protectores abrazos de camino a la salida posterior del lugar.

De trayecto, Regina saludó a algunas seguidoras que se colaron al evento para conocerla y felicitarla. No todo era bueno o malo, blanco o negro...

En la acera, ya los esperaba el auto de Rogelio listo para avanzar, por si algún periodista obstinado los seguía. Por fortuna no se presentó ningún contratiempo y en cosa de treinta minutos llegaron al departamento de la modista.

—¡Vaya! ¡Sí que es bonito tu lugar! —comentó José Pedro en cuanto cruzó la puerta. Era su primera visita a él.

—¿En verdad te agrada? —Su opinión era muy importante para ella.

—Sí. Es espacioso, moderno, sencillo pero elegante.

—Sí, eso mismo era lo que quería. La decoradora entendió muy bien mi idea y la supo reproducir a la

perfección —comentó, siguiendo la mirada de su primo—. Déjame mostrarte tu habitación. También hay una dispuesta para Joseíto y Cruz, para cuando decidan visitarme —agregó cuando se colgaba de su brazo para guiarlo.

A pesar de lo avanzado de la hora, Regina invitó a José Pedro a conversar a la estancia, que no era otra cosa que una reproducción de la que tenían en la casa anterior y que ella solicitó para no extrañar tanto a la familia.

—¡Mi niña...! —exclamó José Pedro conmovido en cuanto la vio.

El nudo en su garganta no le permitió decir más, solo atinó a sentarse en el cómodo sillón, con la frágil figura a su lado para envolverla en un gratificante abrazo. Así permanecieron mucho tiempo, hasta que el cansancio demandó la cama y cada quien se retiró a su habitación.

Después de un sustancioso desayuno, Regina y José Pedro se despidieron a la mañana siguiente. Ambos salían con rumbos diferentes, pero esta vez sin tristezas, pues ella prometió que en cosa de pocas semanas se reuniría con la familia.

Capítulo XI

—**P**atrón, la señorita Sampiers por fin apareció en el hotel, acaba de hospedarse, pero solo por esta noche. Mañana a primera hora se marcha.

La voz del chofer, que acababa de llegar a la oficina a rendir cuentas de sus hallazgos, paró en seco el ir y venir de sus pasos desesperados. Para variar, los ineptos detectives la perdieron de vista durante tres largos días, en los que apareció nada menos que en Medellín. Era un misterio para Gabriel dónde había permanecido las últimas setenta y dos horas, pero lo en verdad importante era que ya sabía de ella, mas sin embargo, estaba tan furioso con la empresa que contrató para seguirle los pasos que en ese mismo momento tomó el teléfono para despedirlos. Eduardo, su simple y casi analfabeto chofer, era más confiable y eficiente que cualquier «profesional» en el ramo.

Como era de esperarse en el mes de octubre en Medellín, el cielo afuera se caía a pedazos cuando Gabriel se dispuso a salir para ir en busca de su niña de rubios cabellos. El plazo que los mantenía unidos estaba por expirar y sus argumentos y tretas también.

Aunque era temprano, Regina se encontraba bañada y vestida para irse a la cama; deseaba leer un libro antes de dormir, para relajarse. Se sentía muy cansada y adolorida después de pasar las últimas horas cuidando al querido padre Saúl. Gracias a Dios ya estaba mejor, la terrible neumonía no pudo con

él.

La vida sí que da vueltas... Seis años atrás, el padre había hecho lo mismo por Regina y más. Luego de vencer la gravedad de la enfermedad que adquirió aquella terrible noche, en que perdió a su hijo, la ayudó a superar la pérdida y sobrellevar los interminables días. Le dio asilo en su iglesia hasta que la sanó del alma.

Tenía que haber ocurrido lo del padre para que por fin accediera a conocer la Casa hogar Reginalda Cano, que había fundado hacía tres años con su ayuda. Esa había sido la forma que encontró para devolver todo el bien de ese hombre de gran corazón, que estaba a cargo del futuro de tantos niños desamparados.

El llamado a la puerta la sacó de sus pensamientos sin haber abierto el libro. Extrañada, se levantó, aseguró el cinto de su bonito salto de cama y abrió, no sin antes echar la cadena.

—¡Gabriel! —Por la hendidura descubrió a la única persona que no podía lidiar en ese momento que se encontraba tan sensible.

—¡Hola, preciosa! —Atormentado, igual que el clima que hacía afuera, se imaginó lo que Regina guardaba celosa bajo su bonita bata de seda azul.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste? —«¿Para qué se esforzaba en preguntar? Era seguro que alguien la seguía por órdenes de él», se respondió al instante con creciente enojo.

—Ya sabes... —Sonrió con picardía, sin atreverse a mentirle.

—¿Me tienes vigilada? ¡Eres el colmo! ¡Horroroso! ¡Detestable! —le gritó.

—No lo puedo negar. En mi defensa cito que: «En la guerra y en el amor todo se vale» —aclaró sin gota de pena, apoyado sobre sus antebrazos en el marco de la puerta, con la mirada puesta en los finos zapatos de piel negra arruinados por la lluvia.

Nada lo amilanaba, estaba decidido a hacer lo que fuera con tal de no sufrir su ausencia de nuevo. Ya la había vivido y no había podido pasar la prueba.

—¿Por qué estamos en guerra tú y yo? —Vengativa, Regina descartó el amor

de inmediato. Ya no era la niña inocente que confiaba ciegamente en la raza humana.

—Si me abres te cuento. —Se tomó a broma su respuesta, era mejor que pelear.

—¡No! —respondió exaltada, reforzando el nudo de su bata. En ese momento sintió lo que «caperucita roja» cuando el «lobo feroz» se cruzó en su camino.

—Tienes miedo...—afirmó perceptivo.

—Tengo una reputación que cuidar, aunque a ti no te valga. —«Insufrible, arrogante», le hubiera gustado agregar.

—¡Porque me vale es que estoy aquí! —«Qué chica más retorcida», pensó, molesto.

—Ya hablamos de eso. Creí que te había quedado claro —argumentó con rostro cansado.

De pronto, la puerta del otro lado del pasillo se abrió y una joven mujer asomó la cabeza para mirarlos con cara enfurruñada.

—Cariño, si no dejas pasar a ese bombón a tu cuarto lo haré yo —declaró sin pega. A Regina no le quedó de otra que tumbar el seguro para permitirle el paso.

—Gracias —dijo con sonrisa apenada, pero luego su rostro se tornó hambriento al mirar su sexi figura envuelta en seda.

—No me las des a mí sino a tu amiguita de enfrente —dijo malhumorada, apretando otro tanto el nudo de su cinto.

—Está bien. Lo haré cuando me vaya —respondió feliz. «Eso tienen que ser celos», se dijo optimista.

—¡Descarado! —No sabía qué la enfadaba más, si su arrebatadora presencia o que fuera irresistible para las féminas.

—¡Preciosa! —declaró saboreándola con la mirada al tiempo que caminaba a su alrededor.

—¡Basta! Dime de una vez a qué has venido —ordenó. No podía con él, era

enervante.

—A llevarte a mi fiesta de aniversario —dijo con su encantadora sonrisa.

—Debo descansar. Me marcho mañana temprano.

—Tómalo como una despedida entre los dos —sugirió en plan amistoso—. Pronto terminará nuestra relación de negocios y ya no tendrás que tratar conmigo. —Era su mejor propuesta, aunque no la pensara cumplir.

—No sé... No confío en ti —dijo con mirada recelosa.

—*Touché*. —Rechazado por milésima vez.

Un gran trueno acompañó su nueva derrota. El cielo parecía reírse de él. El rostro de facciones perfectas se endureció de forma siniestra. O eso le decían los nervios de Regina; de pronto, se le antojó que la habitación era demasiado pequeña para tenerle ahí.

—Bien. A fuerzas, ni los zapatos entran —acompañó la frase con un encogimiento de hombros. Por más que se desmembraba, no conseguía llegar a ella—. Te veo luego —dijo antes de partir.

—¡Que me encierren en el loquero! ¿No es Regina Sampiers la que se acerca del brazo de Ham? —Roberto susurró al oído de Gabriel, frenado en plena pista de baile donde ambos danzaban, muy amartelados, con las «amigas» italianas de la facultad recién llegadas de Londres.

En cuanto el aludido ubicó a la chica en cuestión, de pie junto a su socio, sus miradas se enlazaron; la de él de genuina sorpresa; la de ella, de indiscutible desengaño.

—Por favor, atiende a Angelina, ahora vuelvo. —Sin dudarle un segundo, abandonó a su pareja para enfrentar al tormento de sus sueños que ahora también lo perseguía despierto.

—¿Viniste? —preguntó, sintiéndose como un tonto por la obviedad.

—Eso parece —dijo Regina con una elevación de su delgada ceja.

Estaba furiosa por dentro. Tuvo suficiente tiempo para observar lo «triste» que se veía Gabriel por su rechazo; no cabía ni un alfiler entre su cuerpo y el de la chica con la que bailaba momentos antes. Parecían engomados de los pies a la cabeza. «¡Falso! ¡Hipócrita!», hubiera querido gritarle.

—¡Bienvenida! —saludó con una tímida sonrisa. Un sentimiento que no conocía hasta ahora.

—Gracias, pero Hann se te adelantó. —No tendría piedad para él.

—¿Te apetece tomar algo? —Las manos le sudaban. Se sentía como un adolescente en su primera cita de amor.

—Hann ya se está haciendo cargo, gracias. —«¡Pásate esta, cretino!», le dijo con la mirada—. ¿Por qué mejor no regresas con tu amiguita? Fue poco caballeroso de tu parte dejarla en medio de la...

—Hann, ¿me permites un momento a solas con la señorita? —la interrumpió en cuanto llegó su amigo con las bebidas. Ya era hora de tomar el control de la situación.

—¡De ninguna manera! Hann y yo tenemos un baile pendiente. Si nos disculpas... —Tomó las copas de manos del callado hombre y se las dio a Gabriel que no atinó a cerrar la boca mientras tanto.

Con el porte de una reina, Regina caminó del brazo masculino balanceando con cadencia sus caderas envueltas en un ajustado vestido rojo que provocaba que todas las miradas se volvieran hacia ella.

—¡Calma, *il mio amore!* Hay muchas maneras de pelear esta batalla, pero la que te voy a indicar te volverá a la rubia directo a tus brazos. Regresemos a la pista. Solo sígueme —Angelina apareció a su lado cuando lo vio apretar los puños con furia, señal de que estaba calentando el arma mortífera para asestar el tremendo gancho izquierdo sin importarle que sería a su gran amigo y socio a quien castigaría.

—No creo que sea correcto —comentó, pues sabía de los sentimientos que albergaba hacia él.

—Si es por mí, no te preocupes —argumentó con una suave sonrisa. Ella

sabía perder—. Ahora vayamos a darle un motivo a tu chica para que se la piense bien si esta con el hombre correcto.

—Ella no es mi chica —aclaró cuando se dejaba llevar de la mano.

—No es eso lo que me pareció ver en su mirada. —Le bastó unos segundos para etiquetarla.

—¿De qué hablas, Angi? —«Los psicoanalistas son todos iguales», pensó sin querer ilusionarse.

—De celos. Ese primitivo sentimiento tan añejo como el amor. —Gabriel escuchó a la perfección, pero en ese momento no asimiló el doble mensaje; fue hasta los días, cuando alguien a quien le confiaría la vida, se lo explicó con manzanas, entonces su mente se iluminó y todo cayó por su propio peso.

Ahí estaban, en medio de la pista, Regina y Hann, Angelina y Gabriel, rodeados de decenas de personas ajenas al drama que vivían los viejos enamorados. Todos se divertían a lo grande, incluso Roberto y Laura, su aventura italiana.

—¿Puedes quitar esa cara y fingir que estás feliz en mi compañía? Hace rato no lo estabas haciendo nada mal —propuso Angelina con coquetería.

—¡Lo siento! Me estoy comportando como un verdadero idiota. Merezco que me dejes parado aquí en medio de la pista.

—Nada de eso, eres mi amigo y los amigos nos ayudamos unos a otros, así que en pos de ese entendido, cíñeme a tu cuerpo y háblame al oído con sensualidad. —Obediente, Gabriel siguió sus instrucciones de forma mecanizada—. Anda, puedes hacerlo mejor —le dijo Angelina casi rozando sus labios.

Con la libertad de la que hacía alarde, desabrochó los botones del smoking y metió sus manos por debajo para acariciar a sus anchas el delicioso y firme cuerpo, que en otro momento ya no tocaría más. Que el cielo la perdonara por aprovecharse un poco de las circunstancias.

«¡Qué pronto se ha consolado mi hostigador número uno!», pensó Regina furiosa. El muy sinvergüenza se pavoneaba en público sin censura, dejándole

claro que si no era ella sería alguien más. Siempre lo supo, pero no por eso era menos doloroso.

«Por esta noche, ¡basta! Por estos últimos cuatro meses, ¡basta! Por los pasados seis años, ¡BASTA!», se dijo hastiada de la suerte. Ya no toleraría más golpes de la vida.

—Me voy —declaró de pronto, desprendiéndose de los brazos del francés.

Luego, ya no fueron solo ideas y palabras, sino hechos. Cruzó con paso ligero por todo el salón de baile, sin mirar otra cosa que no fuera la puerta a su liberación.

Como la Cenicienta del cuento, Regina perdió su zapatilla de rojo carmesí en la gran escalinata rumbo al auto que la esperaba. Volvió la cabeza con la intención de recuperarla pero, al ver a Gabriel que la seguía, desistió de inmediato. En cosa de segundos, la lluvia se desató y ella se encontró acomodada en el asiento trasero del vehículo, remojada de los pies a la cabeza, pero a salvo. Afuera el cielo se caía a pedazos, igual que su pobre corazón partido.

—¡Regina, detente! —La voz de Gabriel se escuchó sofocada por la tormenta—. ¡Por favor, Regina, tenemos que hablar!

—Avance y no se detenga por nada —indicó cuando vio la mirada interrogante del chofer a través del retrovisor.

Cuando se atrevió a mirar por el parabrisas trasero, pudo descubrir a Gabriel en el centro de la calle, en medio de la tempestad, con su rostro vuelto hacia ella, en una especie de réplica invertida de aquella ocasión en que él la abandonó a su suerte aquel día, hacía más de seis años.

Por supuesto que al hotel Regina no podía ir, Gabriel la encontraría. Sin fuerzas para nada más, pidió al chofer que la llevara a la casa hogar con el padre Saúl. Él le daría la paz que tanto necesitaba ahora para recuperar las riendas de su vida.

Ver partir a Regina, también a Gabriel le recordó aquella terrible escena de

antaño. De nuevo a su ser acudieron los sentimientos de rabia, impotencia, confusión y abandono en tropel para torturarlo.

Pero esta vez no dejaría las cosas pasar, ahora mismo saldría en su busca y le rogaría que lo escuchara. ¿Qué le iba a decir?, aún no lo sabía, pero descargaría todos esos sentimientos que llevaba acumulados desde que la había visto por primera vez, el día aquel que terminó de bruces justo a sus pies, la noche en el jardín de la casa del Peñol.

Las horas pasaron inclementes y Regina nunca regresó al hotel. El astro sol, que brillaba en todo su esplendor, le dio de lleno a Gabriel en la cara y lo sacó de su modorra. Se enderezó en el asiento, había pasado la noche en una banca del jardín frontal, en la larga espera del arribo que nunca llegó, bebiendo de su botella de whisky como desesperado.

Aunque sufría como condenado, no pretendía dañarse el hígado de por vida, solo deseaba olvidar por un rato que era el ser más estúpido sobre el planeta. Tuvo a Regina, y la perdió...

Localizar a Gabriel no fue difícil para Roberto, lo malo fue no hacerlo antes de que terminara la noche. Ahora se encontraba en el hospital, seriamente enfermo, delirante por la intensa fiebre y tanto alcohol ingerido.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Hann en cuanto se enteró.

—Bastante mal. Tiene neumonía, delirium tremens y no sé qué tantas cosas más —dijo de camino al cuarto, para que lo viera a través del cristal, en tanto que recitaba el terrible diagnóstico con los ojos afligidos por la preocupación.

—No deja de llamar a Regina. Es como una obsesión para él —añadió Angelina. Se sentía responsable por lo sucedido. Su plan no había resultado como lo esperaba.

—¿Ya le avisaste a doña Gregoria? —preguntó Hann a Roberto, arrastrando las erres y los pies por la trasnochada.

—Sí. Ya viene en camino —respondió con alivio.

—Tú crees que...—Laura preguntó horas después, con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¡Claro que no, zonza! mi hermano es fuerte como un roble y más terco que una mula. No descansará hasta que Regina le haga caso; su alto sentido de la honorabilidad no lo dejará ir a ningún lado —declaró Roberto con firmeza.

—Yo más bien creo que es su inmenso amor lo que lo tiene algo perturbado y atado —declaró Angelina, con la vista perdida al fondo del corredor. Si alguna esperanza guardaba de que Gabriel se interesara de nuevo en ella como mujer, después de los sucesos de la noche anterior, se había desvanecido por completo.

—¿Amor? —preguntó Roberto, confundido.

—¡Claro, zonzo! Ustedes los hombres son más ciegos que un tolpo —declaró con desconsuelo.

—¿Tolpo? —ahora entendía menos.

—¿Cómo se dice, talpa? —Angelina se dirigió a Laura, que estaba más perdida que Roberto.

—¡Ah, topo, querrás decir...! ¡Ay! ¡Estos italianos tan media-lengua! —expresó Roberto, burletero.

—¿Media lengua? —ahora la que no entendía era Angelina.

—Luego te explico. Ahí viene el médico.

Roberto y Hann decidieron guardar total hermetismo en relación a la salud de Gabriel, no querían que se especulara nada sobre el tema para no propiciar desorden entre los accionistas y socios de las diferentes empresas diversificadas en América y Europa.

De los cuatro amigos que se encontraban el en hospital, el personal médico y la nana, no saldría nada sobre Ponce de León hasta nuevo aviso.

Como era de esperarse, para mediados de semana, Gabriel ya estaba fuera de peligro, aunque bastante maltrecho. Casi todo el tiempo lo tenían sedado

porque, en cuanto despertaba, trataba de arrancarse cuanta conexión lo ataba a la cama, con el pretexto de que tenía que hacer su recorrido de temporada por las cafetaleras.

—¡Por favor, doctor Montaña, ya no quiero dormir más! Prometo que me mantendré tranquilo. —rogó Gabriel en un momento de conciencia. Ya había entendido que por el camino de la rebeldía no lograría nada.

—De acuerdo. Te daré de alta, pero debes prometer que guardarás reposo absoluto; en verdad, estuviste al borde de la muerte.

—Lo sé —respondió con rostro solemne—. Lo prometo.

—¿Para qué quieres a Eduardo? Yo te traeré todos los papeles que desees. —Roberto argumentó, con tono impaciente, cuando ayudaba a Gabriel a recostarse en su cama después de salir del hospital. A veces, su amigo podía ser una espina clavada en el trasero.

—No. Tú tienes que ocuparte de Lora, ¿o crees que no me he dado cuenta de que sigue enfadada contigo por la llegada de Laura? —contraatacó decidido a sacudírselo.

—De acuerdo, pero prométeme que no harás tonterías —usó su tono amenazador. No le tenía ni una gota de confianza. Él podía ser un rumbero y un mujeriego, pero Gabriel era un apasionado que se tomaba la vida muy en serio.

—Lo prometo. —Levantó su mano con la palma abierta para darle formalidad.

Gabriel había hecho más promesas en la última semana que en toda su vida junta, pero como solía decir: «En la guerra y en el amor todo se vale». Ahora estaba enfrentando una guerra contra el tiempo. Presentía que, de perderla, Regina se escaparía de su vida y esta vez sería para siempre.

—¡Nana!, ¿estás segura de que Eduardo no ha regresado? —preguntó Gabriel por enésima vez, después de tres horas de desesperante espera.

—No debe tardar. ¿Por qué estás tan enfadado, hijo? —La convalecencia lo

tenía de un humor muy negro o tal vez se tratara de algo más—. Deberías contarme qué pasó el sábado en la noche, eso te puede ayudar a tranquilizarte —le propuso en tanto arrastraba una silla al lado de la cama.

—Ya lo sabes —negó con la cabeza y los ojos apretados. Estaba a punto de explotar por la impaciencia.

—De tus labios quiero escuchar la verdadera historia. ¿O ya no me tienes confianza? —insistió presionando su antebrazo.

—Claro que sí, nana, es solo que... —No tenía cómo explicar la maraña de sentimientos que tenía su mundo de cabeza—. Está bien, acércate más —palmeó el colchón invitándola—. Te contaré lo que ha pasado con Regina desde la vez que tú y yo hablamos en Guatapé.

Gabriel relató a su fiel nana los últimos acontecimientos; no se guardó nada, ni sus más íntimos sentimientos, los del cuerpo y los del alma.

Tiempo después, al quedarse a solas en su habitación, por fin pudo encontrar la paz de la que le había hablado Gregoria. Sus sabias palabras le llenaron de luz el entendimiento. Por fin estaba seguro de por qué actuaba como actuaba y sentía como sentía.

Como un arrullo, fragmentos de la conversación pasada llegaron a su mente...

—¿Porque te has quedado tan callada, nana? Soy terrible ¿verdad?

—No hijo, solo eres un cabeza dura, o simplemente un joven al que le hizo mucha falta su padre para que le hablara de las cosas del corazón ¿Qué no sabes que los celos nunca se dan sin amor de por medio? ¿Hasta cuándo te vas a dar cuenta de que estás enamorado de Regina con locura?

Envuelto en una cálida luz que le abrigó el corazón, Gabriel se quedó profundamente dormido, como cuando su nana lo abrazaba de niño siempre que tenía miedo.

Capítulo XII

—¿Qué pasa? ¿Por qué se han quedado callados? —Era la segunda vez, en cosa de una hora, que Regina sorprendía a José Pedro murmurando primero con Amelia y luego con Crucita.

Después del final desastroso de su estancia en Medellín, se encontraba en Caracas para la boda de su primo. Sus nervios, a flor de piel, la hacían percibir hasta el sonido de las motas de polvo que caían sobre los muebles.

—No es nada, niña. —José Pedro se apresuró a responder con una mueca de sonrisa.

—¿Qué escondes en tu espalda? ¡Por favor, José Pedro, algo malo está pasando y no me lo quieres decir; lo sé, lo siento en mi corazón! —Cruzó las manos sobre su pecho. Su mirada era un pozo de viva angustia.

—Está bien, te lo diré, pero prométeme que lo vas a tomar con clama. —A pesar de su afirmación, guardó silencio, indeciso de si hacía lo correcto. Apenas unas horas atrás, Regina les había confiado su decisión de aceptar la propuesta de matrimonio de Rogelio en cuanto estuviera de vuelta en Bogotá.

—Ahora si me estás asustando ¡Habla de una vez! —exigió con tono desesperado.

José Pedro no encontró una mejor forma de enterarla que mostrarle el diario de Caracas, al tiempo que pasaba el brazo por sus hombros en espera de lo peor.

El magnate cafetalero colombiano, Gabriel Ponce de León, pierde la vida

en trágico accidente de auto en la madrugada de hoy. Se presume que iba de viaje...

Regina no pudo terminar de leer la nota, de pronto, su vista se nubló y las piernas dejaron de sostenerla, luego, todo fue oscuridad.

—¿Qué me pasó? —preguntó aturdida cuándo volvió en sí.

—Te desmayaste —respondió José Pedro sentado junto a ella en el sofá de la estancia.

Con ayuda de su primo, Regina se incorporó en el asiento, bajo la atenta mirada de Crucita y de Amelia.

Sus ojos extraviados se toparon con el periódico sobre la mesita central y todo se le vino a la cabeza de golpe.

—¡GABRIEL! —dijo en un grito desgarrador—. ¡Por favor, dime que no es cierto! —suplicó prendida a la chaqueta de José Pedro, con la esperanza de escuchar que todo era una equivocación.

—¡Qué más quisiera, niña! —El dolor de Regina era su dolor, el mismo que vivió en el pasado.

—¡Nooo! ¡Esto no lo puedo soportar, Dios! ¿Por qué? ¿Por qué? —dejó caer la cabeza, que le pesaba como plomo, en el amplio pecho—. ¿Acaso voy a perder siempre todo lo que amo? ¡Ya no me quedan fuerzas para luchar!

Por más de una hora, la familia tuvo que soportar ver a la atormentada criatura deshacerse en un llanto, tan doloroso, que parecía que la terminaría por ahogar en un mar de desesperación. El regreso del pasado estaba acabando con sus planes, con sus sueños, con su vida.

A punto de llamar a un médico, José Pedro vio con sorpresa cómo Regina se ponía en pie, se secaba las lágrimas y se dirigía a cada uno de los presentes.

—Me voy ahora mismo a Colombia —declaró con voz resuelta y tranquila, como si fuera otra mujer la que hablaba.

—Por supuesto. Yo te acompaño —dijo José Pedro de forma automática, con el auricular empuñado en el aire.

—Te acompañamos —dijeron Amelia y Cruz a coro.

—No. Ustedes tienen una boda a la que asistir. Yo estaré bien —afirmó con el rostro sin expresión alguna.

—Por supuesto que no te dejaremos sola en estos momentos. —José Pedro se impuso con vehemencia.

—Ustedes sigan con los planes. Yo me voy con la niña —propuso Crucita. Pensó que sería la mejor solución.

—No. Tienes que entregar al novio, ¿recuerdas? —Regina habló de camino a su habitación.

—¡O voy yo o vamos todos! —declaró Cruz con voz de mando. Tenía muchos años haciéndola de madre y, como tal, haría respetar su decisión.

—Está bien. Debemos darnos prisa. —Regina convino aceptando su derrota.

—¿Te atreverías a hacer el viaje en avioneta? —preguntó José Pedro que le seguía los pasos.

—¡Claro! —respondió de inmediato, pero recordó a su acompañante—. No sé si...

—Por supuesto que yo también —dijo Crucita presurosa. Ella no se perdería esa experiencia por nada del mundo.

—No se diga más. —José Pedro se fue directo al teléfono—. Ahora mismo haré los arreglos para que se vayan cuanto antes en la aeronave de la empresa.

—Gracias, primo, te debo una. —Regina se regresó sobre sus pasos para abrazar con fuerza al hombre que un día decidió adoptarla como su hermana, para cuidarla con esmero y cariño sincero.

—Tómalo como un abono, niña. —Le respondió agradecido de por vida por su entrega incondicional para con él y su hijo.

Tiempo después, la avioneta aterrizó en la pequeña pista del aeropuerto de la ciudad de Medellín. En cuanto las mujeres bajaron, un hombre se acercó a ellas para interrumpir la acción de Crucita de tirarse de rodillas a besar tierra firme. El uniformado era el chofer de La linterna, recientemente adquirida por La voz de Caracas en donde ahora era socio José Pedro Sanclemente, y por

mérito propio.

—Buenas tardes, señoras. Tengo instrucciones de llevarlas ahora mismo al Hotel Magdalena.

—¡No! —corrigió Regina *ipso facto*—. Por favor, llévenos directo al sepelio ¿Sabe dónde es?

—Ahora mismo se está oficiando la misa de cuerpo presente en la Iglesia de la Candelaria —dijo el hombre bien informado del motivo de las viajeras.

Regina sintió que se desvanecía; de inmediato Crucita sujetó su brazo, no sin antes dirigirle una mirada de amonestación al impropio.

Cuando llegaron al templo, la misa había concluido, pero los dolientes permanecían en sus asientos como encadenados, ninguno se atrevía a interrumpir el doloroso cuadro del hombre aferrado al ataúd.

—Ya casi, mi niña. Solo un poco más y podrás despedirte de tu gran amor.

Contrario al latido de su corazón, que parecía querer reventarle el pecho, Regina sentía cómo las fuerzas la abandonaban conforme se acercaba a su meta al final del pasillo, pero ahí estaba Crucita, fiel a la promesa de cuidarla.

En eso, una mujer vestida de negro, arropada hasta la cabeza, se puso de pie y se acercó al féretro, al tiempo de que el sacerdote la secundaba por el otro flanco; ambos tomaron al hombre de los brazos para instarlo a liberar al difunto y poder concluir con el triste ritual.

—¡NO! ¡Déjenme aquí, junto a mi hermano! —vociferó con voz desgarradora.

—¿Gabriel! —gritó Regina en franca carrera hacia su objetivo.

En un abrir y cerrar de ojos transcurrió toda la escena, como en un cortometraje de Charles Chaplin, tan rápido y confuso, que solo Crucita podía dar certera fe de lo que ahí había sucedido. Ella conocía la historia de los protagonistas de primera mano y se encontraba situada en un punto donde se dominaba a la perfección el escenario. Con onda pena y al mismo tiempo felicidad, pudo observar a Gabriel levantar el pálido rostro al oír el llamado de su niña, antes de desvanecerse sin sentido.

—¡Gabriel, hijo! —el grito de alarma de Gregoria se escuchó entre el vocerío. Esta luchaba por sostener su cuerpo inerte.

—¡Un médico, por favor! —El padre, junto al desfallecido, también hacía su parte, en tanto profería en todas direcciones en busca de ayuda.

—Querida, ya están las habitaciones dispuestas para cuando gusten ir a descansar. —Gregoria anunció en voz baja, desde el umbral de la habitación de Gabriel.

—Ve tu Crucita, yo me quedaré aquí, si a Greg no le importa —respondió, Regina, sin apartar su mirada del rostro pálido en la cama.

Tenía miedo de que, si se retiraba de la inofensiva presencia del enfermo, terminara despertando del maravilloso sueño para encontrarse con la cruel realidad de que, al que habían sepultado esa tarde, sí era su precioso Gabriel.

—Claro que no, niña. —Con algo de incertidumbre, Gregoria se acercó para acariciar su hombro con timidez—. Sé que no es el momento de decirte esto, pero tú y yo necesitamos hablar largo y tendido.

—Lo sé, Greg —dijo levantando con brevedad sus ojos hacia ella—. Te prometo que en cuanto Gabriel esté mejor conversaremos frente a un tinto bien cargado —respondió con voz suave y su mano sobre la de ella; la mirada perdida en el rostro tranquilo, después de horas de delirio a causa de la elevada temperatura provocada por la inminente recaída de la reciente neumonía.

—Me iré a descansar con la condición de que primero vayas a la cocina a comer algo y, si te apetece, también te puedes dar un baño, eso te va a reconfortar. —la callada Crucita intervino entonces con una propuesta tentadora.

Cuando Regina regresó a la habitación de Gabriel, este seguía dormido, pero inquieto. Cruz le dijo que la fiebre había empezado a subirle de nuevo. Si no

se ponía con las compresas de agua fresca de inmediato, en poco tiempo empezaría a delirar. Era desgarrador verlo sufrir así. Una y otra vez llamaba a Roberto y en otras ocasiones peleaba con él. Algo muy malo debía de haber pasado antes del accidente de auto en el que su amigo perdiera la vida.

—¡Hermano! ¡Perroooo[14]! ¡Es mi culpa...! —gritó Gabriel, minutos después, cuando luchaba por liberarse.

Por decisión del médico, tenía las muñecas atadas a los lados de la cama, para que no se arrancara la conexión intravenosa con el medicamento que pronto lo aliviaría.

—Sh, Sh, tranquilo, no te angusties más, Roberto ahora está bien.

—¡Roberto! ¡No! ¡Nooo! ¡Déjame ir, perro!

—Tranquilo, mi precioso, Gabriel... Amor mío —con un susurro de voz, logró calmarlo al fin, pero en su rostro se quedó impreso el dolor de la pérdida.

Más tarde, cerca de las diez de la noche, se presentó en la habitación el doctor Montaña para revisar la evolución del enfermo.

—¿Está seguro de que no deberíamos llevarlo al hospital? —Regina preguntó temerosa de no estar haciendo bien su trabajo.

—¡Seguro! —confirmó el galeno con sonrisa amable—. En cosa de dos días Gabriel estará sano de su cuerpo, pero su alma va a necesitar un fuerte tratamiento para superar la pena.

El médico le pareció a Regina un hombre amable y sabio, no en balde era una eminencia con la que tenían suerte de contar todos los colombianos, ricos y pobres.

—Tengo sed.

—Ahora mismo te doy agua. Tranquilo —Se estaba quedando dormida cuando, alrededor de las dos de la mañana, la despabiló la voz enronquecida

de Gabriel.

—Gracias —respondió con agitación.

—¡Estas hirviendo en fiebre! —Al sostener su cabeza, para que bebiera del vaso, sintió que la mano se le incendiaba—. Ayúdame a sacarte la camisa de dormir. —Sin dilación, desabotonó la prenda con la intención de refrescar su pecho.

—¿Regina? —Su mirada turbia estaba enrojecida por la alta temperatura cuando la enfocó en los ojos de miel.

—Sí, soy yo. Ayúdame, por favor, eres demasiado pesado, para mí. —Con mucho esfuerzo logró que se incorporara un poco para desvestirlo. En cuanto quedó su torso al descubierto, empezó a humedecer su ardiente piel con paños húmedos que lo hacían estremecer, a tal punto que los dientes le castañeaban sin parar.

—Gabriel, esto no está resultando, debo meterte a la bañera cuanto antes ¿Crees que puedes ayudarme a llevarte hacia ella? Solo son cuatro pasos. — Pensó que primero lo intentaría sola para no despertar a Moisés; si no resultaba, tendría que ir en su busca para que le ayudara.

—Creo que sí. —Su boca reseca respondió, pero sus piernas no cooperaron. Decirlo era una cosa, lograrlo fue obra de titanes, pero al fin lo consiguieron a fuerza de tesón y mucha motivación.

—¡Esta muy fríííí!

—No, tú estás muy caliente. —«¡Que ternura de hombre!», le recordó a Joseito cuando enfermaba—. Recuéstate en el borde, yo te cuidaré por si te entra el sueño. —Temblando de pies a cabeza, hizo lo que le indicaban—. ¡Bien! Ahora trata de relajarte.

Entre palabras tiernas y suaves caricias, poco a poco el cuerpo de Gabriel dejó de temblar, incluso, llegó un momento en que sus parpados se cerraron y su respiración se volvió acompasada.

—No debes quedarte dormido dentro del agua, te puede hacer daño —le advirtió con cuidado de no espantarlo—. Volvamos a la cama, ya se te bajó la

temperatura —lo apuró una vez que estuvo bien despierto.

Cuando Gabriel abrió sus ojos de jade, un poco abotagados, la miró con profundidad, como si fuera la primera vez que lo hiciera.

—¡Hermosa, Regina! ¿En verdad estás aquí o eres uno de mis sueños? —
Con notable esfuerzo levantó la fría mano y acarició su mejilla.

—Estoy aquí. —Su helada caricia la hizo estremecer, pero no de frío, sino de anhelo puro y desgarrador.

Con esa sonrisa que enamora, Gabriel se puso de pie más entero, Regina lo sintió de inmediato pues casi no recargó su peso sobre ella al caminar.

—Yo... Necesito tumbarme el pantalón de dormir —declaró cuando miró el camino de humedad que había dejado hasta su cama. Al ver el rostro sonrojado de ella, sonrió con picardía, se notaba que disfrutaba de su incomodidad.

—De acuerdo, hazlo. —Regina volvió la cabeza de lado con toda propiedad.

—Tendrás que ayudarme porque me mareo si agacho la cabeza. —Para su buena suerte no mentía.

—¡Bien! —declaró después de inhalar y exhalar una bocanada de aire de forma ruidosa—. Voltéate a la pared y sujétate del respaldo —indicó fingiendo indiferencia.

Con dedos temblorosos agarró el resorte del pantalón y lo llevó hacia abajo al mismo tiempo que se colocaba en cuclillas. Nunca imaginó que, al echar una furtiva mirada hacia arriba, se iba a encontrar con el trasero al desnudo más formidable y perfecto del planeta; sorprendida ante lo inesperado, se preguntó dónde estaba su ropa interior, pero su mente aturdida no le dio respuesta, lo único que pudo concluir era que la realidad superaba en mucho cualquier fantasía que se hubiera inventado en sus largas noches de ardiente insomnio.

Contrariada hasta la médula, Regina sacó las mangas y se puso en pie con la tela escurriendo agua entre sus manos sin saber qué hacer. Con valentía

levantó los ojos hasta toparse frente a frente con la oscurecida mirada, de una seriedad que le paralizó el corazón.

Con el orgullo de un dios griego, Gabriel se giró hacia ella. Su cuerpo era una muestra de que estaba hecho de acero inquebrantable y su hombría daba muestras indiscutibles de ello; a pesar de la debilidad a causa de la enfermedad, se blandía firme y erecta en toda su magnitud.

Había demasiados sentimientos compartidos entre ellos, en el pasado y en el presente, para poder ignorar esa sensualidad que brotaba como fuente inagotable cada vez que se encontraban. Las circunstancias de absoluta intimidad con las que ahora lidiaban, de una u otra manera se iban a presentar entre ellos, porque Gabriel no estaba dispuesto a perder a Regina sin intentar lo que fuera necesario para recuperarla. Solo la muerte se lo podría impedir y, por algún motivo, que bien podía ser este, se había vuelto a escapar de sus garras.

—Regina...

—Gabriel...

Alguien de los dos dio el paso que los separaba, tal vez ella, tal vez él. Lo que si fue más que cierto es que Gabriel abrazó a Regina con todas las fuerzas de que era capaz y se deslizó hacia la cama con la preciada figura debajo de él, de donde nunca debió dejarla ir.

Segundos después, las bocas se comían a besos, besos hambrientos del sabor del otro, de su aliento, de su tibia humedad, de esa lengua veleidosa que succiona sin tregua, sin descanso, porque si cede terreno, los dientes y los labios se adueñan de la gloria.

«Qué diferencia abismal es hacerle el amor con absoluta conciencia a la mujer que amas; es como pisar el mismísimo cielo». Ese era el sentir de Gabriel mientras se adentraba en el ardiente interior que lo recibió con total entrega.

Pensar que en todos estos años la había añorado hasta la locura sin entender por qué, pero ahora que se habían abierto los ojos de su corazón, ya sabía la

respuesta y, aunque ansiaba gritarla a los cuatro vientos, le temía una enormidad al rechazo.

El sentimiento de vergüenza por su cobardía, por poco y enfría a Gabriel, pero la apasionada respuesta de Regina lo arrastró sin remedio al feroz abismo del éxtasis que lo dejó más hambriento que antes, pues, se había destapado el pozo de los deseos frustrados.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, ninguno de los dos dijo nada, se amaron una y otra vez hasta que el primer rayo de luz del día hizo contacto con la suave lluvia que repiqueteaba en la ventana y acompañó los lánguidos gemidos y jadeos apasionados durante toda la noche.

El arcoíris se formó y entró a través del cristal cual manto que cubrió de vivos colores los cuerpos desnudos que, saciados de tanto amarse, se quedaron por fin quietos enredados entre sí.

Capítulo XIII

—Iré a ver qué pasa con Regina que aún no baja —dijo Crucita cuando el reloj de pared anunció con sus cantarinas campanadas la doce del mediodía.

—¡No se te ocurra, Cruz Callejas! —Gregoria se levantó de su asiento, como si mil abejas le hubieran picado el trasero.

—¿Por qué? —El rostro de la buena mujer permanecía perplejo.

—Eres más inocente de lo que pensé. —Se lamentó con amabilidad.

—¡Oh, vaya! —exclamó al entender el mensaje.

—Se merecen ese tiempo para arreglar sus diferencias, ¿no crees? —preguntó Gregoria esperanzada.

—Supongo que sí, aunque no quisiera ver sufrir más a mi niña. —Amaba a esa chica entrañablemente, su nueva familia era su razón de vivir.

—Ni yo, pero después de todo lo que ha pasado, no me atrevo ni si quiera a razonar por qué las cosas se dieron así —habló con un sentimiento profundo de aflicción.

—¿De qué hablas, Gregoria?, no te entiendo.

—La muerte de Roberto no fue un accidente. —En cuanto vio la cara de espanto de Crucita se apresuró a aclarar—. Sí fue un accidente de auto, pero fue provocado por Andrés de Toledo.

—¡Qué horror! ¿Pero, qué razón tenía el hombre para hacer algo tan infame en contra de ese buen chico?

—Ninguna. Todo indica que la agresión iba en contra Gabriel. Era su auto el

que Roberto conducía y en la oscuridad de la noche parece que lo confundió con él.

—¡Santo Dios! Entonces a quien quería asesinar era a Gabrielito... — Crucita se llevó las manos entrelazadas al pecho, sobrecogida por la impresión.

En otro lado de la casa, dos seres enfrentaban otra lucha contra la adversidad. El destino y algunas personas intervenían para que ganaran la batalla, pero a veces parecían más fuertes las discrepancias que los acuerdos.

—¿Te vas sin despedirte?

—¡Gabriel! —sumida en sus cavilaciones, Regina dio un brinco involuntario al escuchar la grave voz desde la puerta de la que había sido su antigua habitación, donde se había entregado a él por vez primera.

—¿Por qué? ¿Porque después de todo lo que compartimos anoche? —En dos zancadas se puso a su lado para atraparla con la profunda mirada, sin tocarla.

—¿Y qué es eso según tú? —«¡Habla, amor mío, dime algo que me detenga!», rogó en silencio.

—¿Es en serio? ¿No significó nada para ti? —No pudo con la tentación de tocarla y la sujetó de los hombros con suavidad.

—Sí. Más de lo que te imaginas. —De pronto, la mirada miel dejó ver lo que su pecho había tenido guardado por años—. En el pasado te di mi corazón y lo pisoteaste, lo levanté, lo reconstruí y proseguí mi camino. Ahora, el destino quiso ponerme en el lugar donde pudiera cerrar el triste capítulo de mi amor desperdiciado. A partir de hoy, puedo continuar sin fantasmas mi nuevo proyecto de vida con alguien que espera paciente por mí.

—¡Merezco que me hayas olvidado! —dijo Gabriel. Sus ojos verdes hablaban de tormento, de ese que te parte el corazón en dos mitades.

En su vida, había pronunciado palabras tan ciertas y tan devastadoras. Dejó caer los brazos con un sentimiento de derrota absoluta, su cuerpo se movió dos pasos hacia atrás, impulsado por puños de dolor que golpearon su pecho. Gabriel se quedó ahí, de pie, con las palabras atoradas en su garganta sin

dejar de mirar cómo su único y verdadero amor salía de su vida definitivamente.

—¡No te vayas, Regina! —suplicó cuando encontró su voz de nuevo.

—No tengo nada que hacer aquí. —«Nadie que me ame para quedarme», declaro para sí con profunda tristeza—. Por favor, te ruego que no me busques más.

Media hora después, Gabriel seguía en la vacía habitación de su ahora más desolada mansión de Medellín, de pie junto a la ventana por la que tantas veces había observado a la niña de rubia cabellera llegar y partir. Ahora se marchaba para nunca regresar. Regina, había entrado a su vida y salido de ella por tercera ocasión, para dejarlo esta vez herido de muerte. Sentía en carne propia lo que seguro sintió ella cuando le volvió la espalda mientras llevaba a su hijo en el vientre.

—¿Por qué te vas, amor? ¿Cómo hago para olvidarte si ya formas parte de mí? —pronunció con la frente apoyada en el frío cristal. La humedad sobre su rostro lo sorprendió, nunca había llorado por una mujer. Por horas permaneció en el sitio, en lastimoso silencio; su mirada, en la lluvia sobre el cristal, como una réplica de sus lágrimas de amor tardío.

El viaje en tren, de regreso a Bogotá, le sirvió a Regina para ordenar sus pensamientos y sus sentimientos y organizar su futuro; en él estaba Rogelio, a quien llamó apenas llegar. El plan era continuar su camino en compañía de un hombre que la amaba por sobre todas las cosas. Crucita, siguió el viaje de frente hasta Caracas, para cuidar de Joseíto en tanto los novios regresaban de su viaje de luna de miel. Después tenía pensado volver con Regina; debía cumplir el encargo de Gregoria de permanecer junto a la niña hasta estar seguras de que su encuentro íntimo con Gabriel no había tenido consecuencias.

—Te he hecho venir para comunicarte que acepto tu propuesta de matrimonio —declaró Regina de forma atropellada, no estaba segura de haberse dado a entender, pero tenía miedo de sabotearse a ella misma. En cambio, Rogelio, acudió a la cita seguro de que la rubia lo convocaba para terminar por mandarlo a volar de forma definitiva.

Tanta fue su sorpresa que se atragantó de forma aparatosa con su whisky. Su rostro se puso del color de un tomate maduro y por sus ojos oscuros, abiertos de par en par, escapó un grito pidiendo auxilio. Temerosa de estar provocando la muerte de su pretendiente, Regina se acercó para golpear su espalda con fuerza.

—¿Estas bien? —preguntó sobrecogida cuando su rostro regresó a su color natural.

—Sí. Gracias —respondió con voz extraña. Carraspeó varias veces antes de continuar—. ¿Escuché bien? ¿Me acabas de decir que aceptas casarte conmigo? —Tomó una de sus manos y la haló hacia él para que se sentara a su lado. Quería ver en los ojos de miel la confirmación de su pregunta.

—Sí —dijo sin pestañear, haciendo su mejor esfuerzo por parecer juiciosa—. Mira. Tú sabes que no te amo... pero te admiro —se apresuró a agregar—, y te valoro en gran medida y también me pareces un hombre muy atractivo —concluyó nerviosa.

—Pues... Gracias por tu sinceridad. No era ne...

—Aún no termino —levantó su mano para pedir más tiempo—. A lo que quiero llegar es que, si estás dispuesto a aceptarme, a sabiendas de eso, prometo esforzarme día a día para llegar a amarte como te mereces.

—Entonces, acepto —respondió de inmediato y sin más dilación selló el feliz acontecimiento con un suave beso.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así, hijo? Han pasado treinta días desde que

Roberto se fue y tú sigues apagado. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que te vi sonreír.

La vida de Gabriel se había convertido en una rutina de trabajo intenso y demencial, que él mismo se había impuesto con la intención de quedar exhausto al final de cada día. Lo ayudaba a no extrañar tanto a Roberto y a no pensar en Regina y en lo que leía con frecuencia en las páginas de sociales del periódico. «Lo que son las cosas, ahora ella es la exitosa empresaria que ama la prensa», pensó con tristeza.

Gregoria se acercó para abrazarlo, ahí, donde se encontraba de pie, perdido en la escena detrás de la ventana antes de que las sombras de la noche se la ocultaran. Se había vuelto su rincón preferido.

—No te preocupes más por mí, nana. Estaré bien —giró el rostro para mirarla de frente—. ¿Por qué no te regresas a la casa del Peñol? Tu nieto te necesita.

—No te desharás de mí tan fácil —le advirtió con mirada triste—. Aquí seguiré hasta que te vea de mejor ánimo —declaró haciéndose la fuerte. Su hija ya no la necesitaba. Ella estaba felizmente casada con un buen hombre que la había ayudado a que olvidara su desafortunado pasado y a que dejara atrás la amargura que eso le ocasionó.

—Mañana saldré para Bogotá. Ahí voy a permanecer dos días y luego partiré a Inglaterra. Estaré fuera un mes o más; tal vez ahora sí quieras regresar a Guatapé —le dijo con una sonrisa sin vida.

—Lo pensaré, mi niño. Ahora déjame consentirte con unas deliciosas arepas de chorizo para la cena. —Como si se tratara del pequeño Gabriel, pellizcó sus mejillas con infinita ternura.

—Gracias, nana, me parece excelente idea —dijo sin matiz en la voz. Gabriel volvió los ojos a la calle, pero la oscuridad le había arrebatado la claridad de la vista, ya no pudo distinguir las formas. ¿Qué esperaba encontrar ahí? ¿A *perro* haciéndole señas desde afuera para que lo acompañara a agarrar la rumba o a la hermosa Regina con los brazos repletos de bolsas del

mercado?

A un mes de estar comprometida en matrimonio, Regina llegó a casa sintiéndose como una pulga mareada, con una gran piedra de compromiso en su dedo que pesaba tanto como sus recuerdos.

—¿Estás segura de que no fue el pescado que te hizo comer el hombre ese? —preguntó Crucita con cara agria.

—El hombre se llama Rogelio. —Estaba convencida, nunca lo iba a aceptar. Ni aunque le bajara el cielo y las estrellas o le entregara el anillo de compromiso en una barca flotante en medio de la Laguna de Guatavita, y un lanchero pescara y preparara la comida de celebración, como fue el caso—. ¡El pobre animal! —continuó, pero calló de forma abrupta al escuchar a Cruz reír a pierna suelta de forma burlesca y ofensiva—. Estoy hablando del pescado, Cruz Callejas. Bueno, el caso es que ni si quiera lo pude probar, el olor del guiso no me lo permitió —aclaró agotada de tanto volver el estómago, con el rostro más verde que un brócoli.

Después de una estancia de sesenta minutos con Regina y una exhaustiva revisión, el doctor Montaña se marchó y dejó a Crucita con la pregunta de su diagnóstico en los labios. El médico, que ahora se encontraba en Bogotá, atendiendo a su consulta, había acudido al llamado al Hospital San Juan de Dios donde prestaba sus servicios una vez por semana. Qué alivio para ella fue que ese médico atendiera a la niña, pero como todos los de su especie, el genio de la salud orbitaba en otro planeta. No le quedaría más remedio que investigar por su cuenta.

Cuando Cruz llegó a la habitación, nunca se imaginó encontrar a Regina tirada en la cama hecha un mar de llanto. Alarmada, se acercó a la espera de que le diera la noticia de que padecía algo muy grave.

—¿Qué pasa? Me estás asustando, niña. —Se sentó a su lado y la obligó a que la mirara.

—¡Estoy embarazada, Crucita! —Se incorporó en la cama y se abrazó a ella con desesperación.

—No es tan mala noticia, Reg. En poco tiempo serás una mujer casada. —dijo con alivio y algo de indiferencia para obligarla a que le diera el informe completo.

—Rogelio no es el padre del niño. —Su llanto subió de tono.

—¿Entonces quién es, niña? —Si tuviera edad, saltaría de gusto.

—Es de Gabriel... ¡Dios! ¿Qué voy a hacer ahora? —La historia se repetía, casi igual.

—Por supuesto que decírselo —remarcó Cruz, a sabiendas de la reacción que tendría la chica.

—¡No! No me casaré con él por ningún motivo que no sea el amor mutuo. —Se alejó de la mujer como si ella fuera el enemigo.

—¿Y por qué te estás casando con Rogelio? —Buscó la respuesta en su osca mirada.

—No importa el motivo, ya no habrá boda —«Pobre Rogelio, no se merece esto», se lamentó para sí con profunda pena.

—Entonces, cástate con el padre de tu hijo. El niño tiene ese derecho. —Podía ser una espina en el trasero cuando la ocasión lo ameritaba.

—No entiendes, Cruz. Él no me ama. No puedo atarlo a mí. Algún día conocerá a la mujer de sus sueños y será libre para casarse con ella y formar una hermosa familia, esa que nunca pudo tener.

—Yo creo que te complicas mucho la vida ¿Qué te hace pensar que no te ama? —No estaba en libertad de revelar lo que sabía, pero sí podía echar una mano a la causa.

—Él se encargó de decirme lo que sentía por mí hace mucho tiempo, y créeme, no era ni remotamente amor. Eso no ha cambiado. —Recordó con dolor su fría y calculada propuesta de matrimonio para devolverle la honra.

—Eres una chica muy buena, bonita y talentosa, yo creo que el joven Gabriel aprenderá a quererte pronto.

—Necesito que venga Rogelio. Él debe saber lo que pasa. —Regina se puso en pie como una guerrera y se sacudió las lamentaciones para poner orden en su vida.

—Primero deberías decírselo a Gabriel —insistió Crucita por última vez.

—Mi lealtad está con mi prometido, primero que nada —agregó tajante de camino al teléfono.

—¡Hijo! ¡Por fin te reportas! —El tono de Gregoria era de indiscutible reproche, después de dos días de búsqueda infructuosa. «Cuando un hombre no quiere ser localizado, ni con una manada de perros sabuesos lo encuentras», se dijo contrariada, pues su considerado niño no era la excepción.

—¿Qué pasa, nana? ¿Cuál es la urgencia? —Se escuchó la voz impaciente del otro lado de la línea.

—Tienes que ir de inmediato a Bogotá —dijo sin demora. Ya lo tenía muy platicado con Dios para que la ayudara a hacer lo correcto esta vez.

—¿Por qué? ¿Qué está sucediendo, nana? Dímelo ya —exigió.

—Está bien, te lo diré, pero quiero que me prometas que, antes que hagas nada, hablarás conmigo—. Regina está embarazada —habló como si se deshiciera de una granada sin el seguro, solo le faltó tirarse a tierra con los ojos apretados y las manos en los oídos. «Lo hecho, hecho está», pensó con el corazón en un puño.

—¡Maldito desgraciado! Se salió con la suya —explotó Gabriel, igual que un volcán en erupción; se sentía consumido por las llamas de la frustración.

—El hijo que espera es tuyo —aclaró la nana de inmediato, no quería que su niño enfermara de rabia.

—¿Qué?

—Lo que has oído, mi niño. Regina está esperando un hijo tuyo. —aclaró con indiscutible gozo.

—¿Cómo puedes estar tan segura, nana? ¿Quién te lo dijo?

—¿Acaso interesa eso ahora? Lo único importante es que es tan cierto como que yo me llamo Gregoria Montero —replicó con rotunda seguridad. El primer paso estaba dado—. ¿Cuándo llegas? —esperó a recibir la respuesta para proseguir—. Nos vemos aquí mañana y nada de trucos —añadió determinante. Luego cortó la comunicación. Con lo terco que era Gabriel, iba a insistir con el tema por teléfono.

Aún era temprano cuando Regina daba los últimos retoques a su maquillaje para la celebración tardía de su compromiso con Rogelio. El sonido del timbre de la puerta la sacó de su concentrada tarea. Con una sonrisa divertida por su impaciente prometido, acudió a abrirle, en vista de que Crucita había salido a la botica de la vuelta.

—¡Gabriel! ¿Qué haces aquí? —Por respuesta el hombre cruzó como torbellino frente a ella sin esperar invitación.

Recordando la promesa hecha a su nana, inspiró con profundidad antes de hablar—: Vengo a que hablemos del hijo que esperas.

Regina se obligó a salir de su bloqueo mental para hacer frente al momento, como toda una profesional del autocontrol.

—¿Cómo te enteraste? —interrogó al tiempo que lo miraba ir y venir, de un lado a otro de la sala, igual que un alma en pena en espera de ver la luz.

—Como alguien me dijo, ¿acaso eso importa? Lo importante es que esperas un hijo mío. ¿Cuándo pensabas decírmelo? —detuvo su deambular y la encaró a solo un paso de distancia.

—Más adelante —admitió con aplomo.

—¿Cuándo estuvieras casada con Badillo, a kilómetros de distancia de mí?
—Verla conducirse con tanta indiferencia lo sacaba de quicio.

—No lo sé, aún no he asimilado la noticia del todo. —«¿Acaso podía ver el interior de su cabeza?», se preguntó fastidiada.

—No tienes mucho para dónde hacerte, Regina. Debes casarte conmigo para que juntos criemos a nuestro hijo. —Al tiempo que hablaba, avanzó el paso que los separaba, la sujetó por los brazos con firmeza y la miró con profundidad.

—El niño que espero no ha cambiado en nada mis planes de matrimonio con Rogelio Badillo —estableció sin inmutarse.

—¿Él lo sabe o piensas endilgarle el hijo de otro? —preguntó con tono ofensivo.

La reacción de Regina fue instantánea, se soltó del amarre para asestar una bofetada en el rostro del majadero sin importar le las consecuencias.

—¡Yo no endilgo hijos, ni engaño! —aclaró con la furia reflejada en su rostro crispado—. Rogelio lo sabe y nos quiere a los dos a su lado —remarcó temblorosa de indignación.

—Eso será si yo lo permito —sentenció Gabriel, con ojos llameantes por la ira contenida. El rostro le ardía, como mil demonios... Tenía ganas de agarrar a la rubia venenosa y meterla en su cama hasta quitarle lo manifloja. Por lo pronto, se conformó con apresarla de nuevo entre sus brazos.

—¿Cómo lo vas a impedir, Gabriel? ¿Acaso existe una ley que me prohíba hacer uso de mi albedrío? Soy dueña de mi vida, de mi persona, y me casaré con el hombre que yo elija. —«¡Habíase visto semejante desfachatez!», pensó. Se sentía fuerte y segura del paso que iba a dar y así se lo hizo saber en tanto se liberaba del fuerte apretón.

—¿Por qué haces esto, Regina? ¿Para castigarme? ¿Te estás vengando por todo lo que te hice sufrir en el pasado? —preguntó con los brazos abiertos y las palmas hacía arriba; su rostro reflejaba desesperación pura.

—Ya te dije que está olvidado, pero no significa que quiera compartir mi

vida contigo. —Se mantenía al pie de acantilado con firmeza.

—¿Badillo te hace sentir como yo en la cama? ¿Te hace gemir y jadear de deseo como yo lo hago? —De nuevo la sujetó por los hombros en busca de la verdad absoluta en su mirada de miel.

—¿Esperas que te responda eso? —preguntó Regina inmovible. Su orgullo de macho era lo único que le importaba a Gabriel y eso la desquiciaba.

—Sí —dijo con un rugido fiero. Ahora sus manos se encontraban estrechando la breve cintura para unir sus cuerpos íntimamente.

—Hay cosas más importantes que te llevan a compartir el resto de tu vida —respondió agitada por el esfuerzo de liberarse.

—Entonces, lo amas. —Al no recibir de inmediato la confirmación que podría conseguir alejarlo de ella, continuó el ataque con mayor brío—. Debe ser muy malo casarse con alguien cuando desees a otra persona. —Le dijo con sonrisa de triunfo, convencido de su teoría.

Ante el cese de la ofensiva, Gabriel se dio el gusto de explorar el níveo cuello para aspirar su delicioso aroma a jazmines que tanto lo trastocaba. Era su primera movida en busca de la victoria.

—¡Tú no sabes lo que siento por Rogelio! —reaccionó violenta al tentador contacto, con el rostro de indignación vuelto hacia otro lado. Sin proponérselo, había saboteado el intento de seducción del libertino.

—¿Entonces afirmas que se puede sentir la misma pasión abrazadora por dos personas a la vez? —preguntó a riesgo de escuchar algo que no le gustara.

—¡Yo no he dicho eso! —respondió sin analizar. En el precioso rostro del bandido de ojos de jade apareció de inmediato esa sonrisa de suficiencia que tanto la irritaba—. ¡Suéltame, Gabriel! No tarda en llegar Rogelio...

—Que llegue y vea lo que tú y yo compartimos. Que se convenza de una vez por todas que me perteneces; que nunca te tendrá como te tengo yo —susurró con sensualidad sobre la boca de coral, sin tocarla.

Regina cerró los ojos, abandonada a la espera de la deliciosa caricia que

prometía compartir un poco de

su dulce maná. Deseaba con todo su corazón que Gabriel la besara, que la acariciara, que la poseyera para terminar con esa tortura que la consumía por dentro. Pero el beso nunca llegó, abrió los párpados y lo único que pudo ver fue su gesto jactancioso, ufano de sí por tenerla abandonada a la espera de sus favores.

—¡Basta! ¡Déjame en paz! —gritó tratando de rescatar un poco de su dignidad—. Entre tú y yo solo ha habido errores —dijo para desquitarse, pero al segundo se arrepintió.

—¿Entonces el hijo que esperas es eso? —Una fugaz mueca de dolor cruzó por su rostro moreno.

—No tergiverses mis palabras, Gabriel —dijo con un estremecimiento de vacío cuando los fuertes brazos la liberaron.

—Mi hijo no tendrá más padre que yo, así que piénsate muy bien lo que vas a hacer. ¡Estas advertida! —rugió con el rostro como una máscara sin sentimientos, pero el brillo de sus ojos lo delataba.

Decepcionado de sí mismo, de su nuevo fracaso, Gabriel se dio la media vuelta y abandonó el lugar, pero no así la batalla. La próxima vez tomaría lo que le ofrecían porque, aunque Regina lo negara, su cuerpo era un poema de entrega y rendición en sus brazos.

Capítulo XIV

— ¡Cruz Callejas! ¿Por qué hasta ahora me dices que la boda es en dos días? —A través de la línea se escuchó la voz de Gregoria muy alterada con tan intempestiva noticia.

—Porque tenía la esperanza de que Regina cambiara de idea de mantenerla en secreto y la revelara públicamente —explicó con voz apesadumbra.

—Tienes remordimientos de conciencia, ¿verdad? —preguntó intuitiva.

—Pues sí. No me gusta mentirle a la niña —admitió con tono de reproche. No dejaba de sentirse una persona desleal.

—Piensa que lo haces por una buena causa.

—¿Y si estamos equivocadas, Greg? —«A veces de tanto sufrir, deja uno de querer al hombre amado», pensó recordando al canalla que la abandonó cuando supo que esperaba un hijo de él.

—No lo estamos. Si fuera así, Dios no pondría a nuestro alcance los medios para cambiar el destino de esas dos mulas.

—Todas las noches rezo porque así sea —susurró Cruz, con una mano en el corazón.

Contra toda expectativa, el día de la boda de Regina y Rogelio llegó. De alguna manera, pero por distintas razones, todos querían que el trámite llegara

a su fin.

Apenas unas horas antes, se había dado el anuncio de que la celebración religiosa se llevaría a cabo en la iglesia del padre Martín, en La María. Regina explicó que de esa manera sentía que su madre y su querida prima Rosalía estarían presentes, en espíritu, aunque tenía otra razón de mucho peso que por supuesto no comentó: que Gabriel no se enterara ni en el último instante.

Con el entusiasmo de un condenado a muerte, cuando le llega la hora, Regina se daba los últimos toques frente al espejo de la que había sido su antigua habitación que compartía con Rosalía. Este le regresó su elegante reflejo, de su propia inspiración, envuelto en raso color marfil, encajes y perlas, que igual no la animaban en el proceso de dar el paso definitivo de «Hasta que la muerte nos separe».

Ahora, aquella que había sido la humilde casita en renta, de la familia Sampiers – Cano, era de su propiedad, o más bien de Crucita. Cuando la buena mujer cumplió los cincuenta, un año atrás, se la regaló para que tuviera dónde llegar cuando fuera de visita a su pueblo natal o, incluso, por si algún día deseaba regresar a vivir en él.

Se acomodó por décima vez el escote que dejaba ver más piel de la que tenía contemplado enseñar; nunca consideró que sus senos crecerían tanto en el último mes. Por su cadera ni se preocupaba, aunque también estaba más redonda; el vuelo de la falda lo disimulaba muy bien.

Una sonrisa se asomó a su rostro cuando se miró la suave curva de su vientre. Con cariño cruzó sus manos sobre él; deseaba como nunca que su madre y su prima pudieran compartir con ella la dicha del hijo de Gabriel que crecía en su interior.

El reloj sobre la cómoda marcó la hora de partir. En la iglesia aguardaban el novio, la familia y los amigos; solo Crucita se encontraba ahí para ayudarla con los últimos detalles y para acompañarla en el recorrido a la iglesia en una bella carreta jalada por equinos dorados, como su corta cabellera. La idea

había salido del romántico empedernido del tío Octavio.

—Cruz, ¿me ayudas a colocarme el velo?... ¡Cruz! —insistió. «Qué extraño, no hace ni cinco minutos que la vi cruzar detrás de mí», pensó segura e insistió en llamarla con la idea de que estaba en el jardín.

—Te echaría una mano, pero realmente no vine a eso. —Fue inevitable que Regina pegara un salto al oír la inconfundible y grave voz en la misma habitación que ella.

—¡Gabriel! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Cruz? ¿Cómo pudiste encontrarme? —Mil preguntas acudían a su cabeza con ojos desorbitados sobre el rostro del bribón a través del espejo.

—Todavía estamos a tiempo de hacer las cosas bien. Te ruego que canceles la boda, Regina —Despacio caminó hacia ella para no ahuyentarla.

—¡Lo que pretendes es una locura, Gabriel! Ya tomé una decisión y me casaré con Rogelio. Ni tu ni nadie podrá impedirlo —«¿Qué espera?, ¿que deje al novio plantado ante el altar?», se cuestionó ocultando su alarma.

—¿Es tu última palabra? —La actitud de Gabriel era bastante tranquila, la de un hombre que sabe lo que quiere y va por ello sin dudar.

—Sí —respondió tajante. Se giró en redondo para mirarlo directo a los ojos. En ellos había algo que la estremeció de pies a cabeza—. ¡Cruz! —gritó con todas sus fuerzas.

—No insistas, ella no vendrá. —Poco a poco se asomó a sus labios una sonrisa maliciosa y reveladora. Estaba listo para mostrar su juego.

—¿Cómo que no...? ¡Ella es tu informante! —acusó perpleja, sin podérselo creer.

—No, directamente —admitió con cinismo—. Mi informante, como tú la llamas, es Gregoria. Ella y Cruz son aliadas. —«¡Qué linda se ve la novia enojada!», pensó cuando la acariciaba con la mirada de arriba abajo, con un fuerte suspiro de creciente deseo. «Pero ahora no es momento de que te dejes llevar por la carne», se amonestó.

—¡Oh, par de traidoras! —Avanzó unos pasos hacia la puerta con la

intención de huir, pero Gabriel la sometió con fuerza por la espalda.

—No hay falta cuando se es fiel a la causa correcta —declaró sobre la coronilla de su cabeza, aspirando su aroma dulce a jazmines.

—¡Suéltame, Gabriel! Se me hace tarde para mi boda —Forcejeó cada vez más enojada.

—Estoy de acuerdo contigo. —Sin más, la cargó sobre su hombro y salió con ella a cuestas hasta la calle donde lo esperaba el automóvil con su chofer.

—¿Qué vas a hacer, Gabriel? ¿A dónde me llevas? —Regina gritó con la intención de que alguien la oyera; olvidaba que todo el pueblo estaba reunido en la iglesia.

—¡Tranquila! No quiero que te vayas a lastimar —le advirtió cuando aumentó la fuerza de la sujeción sobre sus corvas para impedir que uno de sus pies golpeará su ingle de por sí sensible por el excitante momento.

—¡Entonces, déjame ir! —gritó desesperada, blandiendo sus puños contra la amplia espalda.

En cosa de segundos, Regina perdió cualquier esperanza de que alguien acudiera en su ayuda, pues fue arrojada al asiento trasero de un auto y envuelta de forma sofocante por el abrazo de Gabriel.

—Te advertí que pensaras bien las cosas y lejos de hacerlo te empeñaste en casarte con otro hombre que no es el padre de tu hijo. No me has dejado opción, Regina —explicó agitado por el esfuerzo de contener a la peleonera chica.

—¿Con raptarme conseguirás tu propósito? ¡Eso es un delito, Gabriel! —argumentó apelando a su buen juicio.

—Te retendré hasta que aceptes casarte conmigo. —Con fiereza la tomó por el rostro para obligarla a que mirara su gesto determinado.

—¡No lo haré nunca! —declaró furiosa y acalorada por el jaloneo.

—Bien. Entonces permanecerás por siempre a mi lado —sentenció. Su vibrante voz ahora se escuchó opaca por la infructuosa lucha.

En ese momento, Regina no le inspiraba ni amor ni pasión, solo sentía una

necesidad casi dolorosa de someterla hasta que sus deseos fueran órdenes para ella, como habría hecho el viejo Gabriel.

—Eso no va a suceder. —Su mirada miel eran dos antorchas encendidas—. José Pedro y Rogelio me encontrarán y te darán tu merecido. —De pronto se sintió sin fuerzas, sin ánimos para pelear más.

—Que así sea entonces —respondió Gabriel, con los dientes apretados.

El cansancio fue anulando los esfuerzos de Regina por mantenerse distante y despierta, poco a poco su temple cedió y se quedó dormida, irremediablemente abrazada a su captor, a su amor imposible, a su precioso Gabriel.

La luz del día entró de lleno por los ventanales e iluminó el rostro apacible de Regina que aún dormía. Con lentitud, su cuerpo satisfecho del descanso se empezó a activar, se estiró, abrió los ojos y miró en todas direcciones, extrañada de no reconocer la habitación donde se encontraba.

Un pesado brazo sobre su cintura le hizo girar la mirada en esa dirección, entonces observó ceñuda su traje de novia y en cosa de segundos los últimos acontecimientos se amotinaron en su cabeza: su boda, el rapto, Gabriel... El mismo que ahora dormía con placidez junto a ella, como si no hubiera cometido una fechoría monumental la tarde anterior.

Su precioso Gabriel, el mismo que le había robado el corazón en cuanto lo vio por primera vez. Así, dormido, parecía un niño indefenso.

Cediendo a la tentación, Regina estiró su mano. Solo quería sentir la textura de la barba naciente. Sucumbió a su antojo y pasó los dedos ligeros, como aleteo de mariposa, sobre la aspereza. Era demasiado hermoso para ser real, con esos ojos que hasta cerrados lucían perfectos bajo el arco de las cejas espesas y bien delineadas y las largas pestañas que acariciaban los párpados al moverse; la nariz recta, con la pequeña prominencia al inicio del tabique, le daba a su rostro ese toque de fuerza y masculinidad que derrochaba a raudales y sus labios de tentación, tersos, gruesos, rojos como la manzana madura que

invita al pecado.

«¡Basta!», se regañó obligándose a recordar por qué se encontraba ahí, en la cama de Gabriel, y no en la de Rogelio, el hombre que a la fecha debería ser su esposo y que seguro la buscaba como un desesperado.

—¿Te vas sin quitarte las ganas? —preguntó Gabriel con enronquecida voz.

—¡Estabas despierto! —reclamó sin extrañarse cuando salía de debajo de su brazo para dirigirse a la puerta, dispuesta a pedir ayuda o huir.

—No, pero tus caricias me despertaron. —En actitud indolente cruzó las manos por debajo de su cabeza y dibujó una sonrisa, pero su mirada desmentía su estado de alerta en su máxima expresión.

—No te acariciaba, más bien estaba buscando la manera de estrangularte sin dejar huella —aclaró con furia. «¡Descarado!, ¡hermoso!, ¡canalla! Como él no hay dos», declaró para sí.

—*¡Touché!* —rio con picardía con una mano alrededor de su garganta.

—Voy abajo a buscar que comer —anunció con la esperanza de que ocurriera un milagro y Gabriel permaneciera en la cama.

—Perfecto, te acompaño. —Con vitalidad saltó de la cama—. También tengo hambre. Eso de raptar

mujeres hermosas te abre el apetito. —En dos pasos se puso a su lado, dispuesto a empezar la lucha por ese día.

—¡Muy gracioso! —dijo con amargura. En segundos quedó frustrado su primer intento de escape.

Regina decidió ignorar al fresco de Gabriel de camino a la cocina, pero en cuanto entró y la vio desolada, cambió de opinión.

—¿Rufina y Rita dónde están? —preguntó, clavándole la mirada como cuchillo afilado.

—Le di unos días de descanso —respondió con un gesto de inocencia que no engañaba a nadie.

Sospechándose lo peor, Regina abrió la puerta que daba al área de servicio, y miró el campo en todas direcciones; en él no se veía ni una sola alma, hasta

los pájaros estaban ausentes.

—Tampoco verás a los Díaz —susurró a su espalda, muy cerca de su cuello.

—¿También los mandaste de vacaciones? —Se apartó de él como si picara, con verdaderas ganas de estrangularlo.

—No. Solo les prohibí venir a la casa en los próximos días.

—De nada te servirán todas tus artimañas —Su rostro crispado era una muestra de su frustración—, tío Octavio también me debe estar buscando y más temprano que tarde darán con nosotros. —El tono de su voz era una indiscutible declaración de guerra.

—Lo sé. Aunque te advierto que eso no sucederá antes de dos días. Les dejé unas pocas de pistas falsas para que se entretengan. —Sonrió sin pizca de remordimientos.

—Eres un... —«Qué ganas de borrar a bofetadas ese gesto jactancioso y desenfadado»—. ¡Arrogante!

—¡Calma, gatita!, te prometo que lo pasarás bien mientras tanto. —Alerta a los ataques de sus manos, sujetó sus muñecas, antes de que castigara su rostro con su certero golpe derecho.

—Estás perdiendo tu tiempo, Gabriel. No cambiaré de parecer. —Se desprendió del amarre con brusquedad, lastimándose la piel en el proceso. No soportaba el contacto de su tibia piel.

—Bien. Entonces no tienes nada que perder. Tomate estos días como unas...

—¿Vacaciones? Serán una pesadilla junto a ti —lo interrumpió con mirada de hielo.

—Entendido y anotado ¿Supongo que por lo menos aceptarás que te alimente? ¿Por el niño? —agregó para que accediera.

—¿Tú cocinarás? Hasta donde recuerdo, no sabes...

—Tú no sabes muchas cosas de mí. Siéntate y mira —invitó con sonrisa traviesa. Por supuesto que se guardó para sí el dato de que Angelina le había enseñado de cocina y de otras muchas cosas.

Aún con la camisa y los pantalones del día de anterior, arrugados por haber

dormido con ellos, Gabriel se veía magnífico moviéndose por la cocina como todo un experto. Sus movimientos eran elegantes y precisos, demostraban un vasto conocimiento del arte de cocinar y de la cocina en sí; sabía dónde encontrar todo y cómo manejarlo; en definitiva, Gabriel era una sorpresa tras otra.

En poco tiempo llenó la mesa con huevos revueltos, tiras de jamón y tocino bien cocinados, tostadas con mantequilla y una jarra con jugo de frutas y otra con café.

—¿Y bien? —preguntó a su cautiva al degustar el platillo.

—Asombroso —dijo, muy a su pesar. La comida tenía justo la cantidad de sal y dulce que a ella le gustaba «¿Qué tanta información le habrán pasado el par de desleales mujeres? ¿Llegarían a ese grado de infamia?», se preguntó con los labios apretados.

—¿Qué pasa? ¿Algo no es de tu agrado? —le preguntó al verla fruncir el entrecejo.

—Todo está muy sabroso, gracias. —Regina decidió dejar su actitud belicosa y su orgullo pisoteado de lado, para comer con ahínco el desayuno, su hijo se lo exigía.

—¿Algo más que desee la dama? —preguntó Gabriel al ver el plato limpio.

—Sí. Quiero que te pudras en la cárcel —respondió con acidez. En ese momento había dado por terminada la tregua.

—Todo indica que te daré el gusto —respondió Gabriel, mortalmente serio. Poniéndose de pie, se retiró a su trinchera para lavar la losa.

—Quisiera darme un baño y ponerme otra cosa. —Regina dijo con mesura a la amplia espalda, arrepentida de su trato.

—Dúchate en el cuarto de baño de nuestra habitación —invitó contento por la oportunidad de hacerla sentir cómoda en su cautiverio.

—De *tu* habitación —remarcó. Aunque se escuchara divino, a las cosas había que llamarlas por su nombre, resolvió con la guardia arriba.

—De acuerdo, mi habitación —concedió armándose de paciencia—. Sobre

la cama te pondré todo lo necesario. —agregó. Aprovecharía ese momento para también darse una ducha bien fría. Era lo único a la mano para mantener su temperatura corporal baja.

Cuando Regina salió de bañarse, recibió una gran sorpresa al encontrarse frente a sus ojos un surtido amplio de vestidos, conjuntos sastre de falda y chaqueta, ropa interior, zapatos y todo lo necesario para un tocador de dama, por supuesto, nuevo y de la mejor calidad de casas de diseño famosas de Europa. «¿Qué significa todo esto? ¿Tiene tiempo planeando el rapto o la finca ahora es su harem personal?», se preguntó muerta de celos.

Obligándose a no pensar demasiado en el asunto, seleccionó un precioso vestido de suave tela en tonos pastel, talle largo y falda plisada hasta media pierna. De calzado escogió un par de sandalias de bajo tacón en color hueso, que se cerraba al frente con un coqueto listón de seda naranja.

Un llamado a la puerta la sacó de su entretenido arreglo para atender a su raptor:

—Pasa —invitó desde su posición frente al espejo.

—¡Qué linda te ves! —dijo Gabriel con voz cargada de emoción. Vistiera lo que vistiera, con ropa o desnuda, Regina era la más hermosa entre todas las mujeres.

—Gracias. —Se tuvo que morder la lengua para no preguntarle por la procedencia de las cosas. No quería que se hiciera ideas.

—Hace una mañana muy bonita. ¿Me quieres acompañar a caminar un rato?
—Quería cambiar de escenario para ver si lograba que se ablandara un poco. Las horas corrían inclementes y aún no conseguía avanzar nada en su propósito.

—¿Tengo alguna opción? —Con su tono altanero lo miró a través del espejo.

Regina no quería mostrarse blanda ante la imponente presencia con el pelo platinado por el brillo de humedad del reciente baño. Ahora vestía informal, con una fresca camisa manga larga sin fajar, amarillo paja y un pantalón de lino blanco; ambas prendas entalladas a la perfección como si hubieran unido

las piezas sobre su cuerpo.

—Sí. No ir —respondió aspirando primero una gran bocanada de tolerancia, que hizo a Regina recordar cuanto tiempo permanecería ahí.

—De acuerdo. Me hará bien caminar —cedió porque tenía la esperanza de que alguien la descubriera y diera la voz de alerta. Para su sorpresa, Gabriel la guio con rumbo contrario a la salida al pueblo, que era el camino que ella recordaba un poco de los paseos con Alejo.

El primer tramo del recorrido fue a través de suaves pastizales con aroma a verde, gracias al rocío de la mañana. Conforme avanzaban, la vegetación cambió para volverse más espesa, con sus frondosos robles pegaditos unos con otros y las crecidas hierbas que subían por sus troncos. Los árboles ofrecían una sombra perene para quien quisiera descansar o solo disfrutar del vasto verdor. «Qué fácil sería acostumbrarme a vivir en estas maravillosas tierras cafetaleras», se dijo Regina con cuidado de no dejar traslucir su gozo.

—Detrás están los campos de café. Los trabajadores ahora están cosechando —compartió Gabriel con orgullo, con su brazo extendido para abarcar el amplio horizonte frente a sus ojos.

—¿En este mes? —preguntó Regina extrañada, al tiempo que a sus oídos llegaba el cántico alegre de los campesinos. No era una experta en el tema pero, por el rumbo donde había vivido de niña, recordaba otras fechas para la cosecha.

—Y casi todo el año —afirmó Gabriel—. Así es en esta zona del país ¿Quieres ver? —propuso con una gran sonrisa de niño que invita a hacer travesuras.

—Si, por favor —aceptó contagiada del entusiasmo de él.

En efecto, detrás de la cortina de árboles se encontraba otro mundo, uno lleno de actividad, algarabía y personas que trabajaban al son de sus alegres cantos. Gente curtida por el sol, de manos callosas y sonrisas sinceras. Esos campesinos destilaban salud y felicidad porque eran un sector privilegiado de la población; gente querida, valorada y cuidada por su patrón. Eso lo sabía de

buena fuente, el tío Tavo.

Algunas cabezas se volvieron para mirarlos y saludar, fue en ese momento que pensó en pedir auxilio, tal vez después ya no hubiera otra oportunidad.

—¡Por favor, no lo hagas, Regina! Ellos no te pueden ayudar. —Gabriel adivinó sus intenciones, cuando su mirada la delató.

—Eso dices porque no quieres que sepan la verdadera clase de hombre que eres. —Solo deseaba molestarlo por ser tan perspicaz.

Sin importarle su encargo, se precipitó hacia ellos en una carrera que duró apenas unos segundos, de inmediato fue detenida por una gran garra de acero.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —gritó enfadada. Era su segundo intento fallido.

—Y tú me estás clavando una daga en el pecho con tu terquedad y tu indiferencia. —Su rostro reflejaba toda su frustración y enojo.

—No puedes obligar a la gente a que te quiera —le gritó en la cara. Aunque podría haber agregado: «Porque no es necesario. Solos caemos en tu encantadora red».

—Y yo digo que finges para castigarme. —La envolvió en sus brazos para demostrar su teoría y robarle ese beso que tenía horas añorando.

Como entre brumas, Regina escuchó silbidos y aplausos. Los campesinos festejaban al garañón de su patrón con palabras soeces. Eso era justo lo que necesitaba, un chapuzón de realidad para desprenderse del sofocante amarre.

—¡Déjame en paz, Gabriel Ponce de León! —gritó a toda garganta. Luego se dio a la fuga rumbo a la casona, dispuesta a encerrarse a piedra y lodo en la habitación a esperar que llegara la hora de ser rescatada.

—¡Regina, espera! ¡Detente! Tenemos que hablar...

Gabriel salió detrás de ella y no se detuvo hasta que se emparejó a su lado. Por lo menos la cuidaría bien, para que regresara sana y salva a los brazos de su prometido.

El camino de vuelta a casa lo hicieron en un hermético silencio. Regina buscó refugio en la alcoba, apenas entrar, y Gabriel, en las caballerizas;

necesitaba trabajo duro para calmar su desánimo.

—José Pedro, ha llegado este cable. Viene dirigido a ti. —Amanecía del día lunes cuando Amelia aprovechó que su marido se había apartado del grupo, reunido en la cocina, para abordarlo con discreción. Presentía que era algo relacionado con Regina, pero se abstuvo de comentarlo para no dar falsas expectativas.

—¡Qué raro! ¿Cómo saben que me encuentro aquí? además, no me viene a la cabeza de quién pueda ser —dijo de lo más extrañado, cuando releía la región de Caldas en los datos de envío.

—Ábrelo y pronto saldremos de dudas —sugirió su esposa con practicidad: Paradero, señorita Regina. Comunicarse ocho horas siguiente número.

A continuación, se indicaba la numeración telefónica y la firma con un escueto «AD».

—¿Qué hora es? —José Pedro quiso saber, después de mirar en todas direcciones.

—Las cinco y media —respondió Amelia sin hacer preguntas.

—Cuando sean las ocho, debo llamar a este número. —Le mostró la nota para que la leyera—. Quiera Dios que esto no sea una broma de mal gusto.

Cinco minutos después de las ocho de la mañana, el interior de la mansión Ponce de León se había convertido en un alboroto desenfrenado. Aunque lo hubiera preferido, José Pedro no pudo mantener al margen de su descubrimiento a los Badillo y a la policía.

Al cabo de una hora, todos marchaban rumbo a Caldas para rescatar a Regina y mantenerla a salvo en tanto la ley se encargaba de poner tras las rejas a su captor.

En Medellín se quedaron las mujeres y Joseito; fue la única manera en que

podieron convencer a doña Gregoria de que no los acompañara; querían evitarle la pena de presenciar el drama que seguro habría de desarrollarse entonces. Una vez que todo terminara y se pudiera empezar con la defensa de Gabriel, entrarían al ataque el grupo de abogados más afamados del país contratados por don Octavio, previstos para la delicada tarea de justificar la causa del infractor y conseguir su pronta liberación. Porque era seguro que Gabriel iría a parar tras las rejas, fuera como fuera el final de semejante locura.

Doña Gregoria y Crucita quedarían exentas de toda culpa por el delito de complicidad, una vez que se presentara la carta escrita por puño y letra de Gabriel, que llegaría por entrega especial con un mensajero de correos esa misma tarde.

Capítulo XV

Horas antes, en La morenita...

Atardecía del día domingo cuando Regina se animó a salir de su autoencierro para dar una vuelta por la casa. Ahora lucía un hermoso vestido de seda pura, en tonos naranja; este conservaba su línea recta desde el cuello hasta la cadera e insinuaba con coquetería los pechos erguidos y el vientre redondeado. La falda tableada pasaba un poco de la rodilla, mostraba las torneadas piernas y los zapatos color marrón de tacón bajo.

Con paso sigiloso avanzó por todo el corredor de la planta alta, en espera de encontrarse con Gabriel e iniciar una nueva contienda. Así llegó hasta la cocina, pero su secuestrador no apareció por ningún lado. Aunque el lugar se encontraba vacío, la reciente presencia de Gabriel se manifestó de inmediato por la suave luz de las velas que dejó encendidas por doquier y que daban un cálido efecto a la mesa repleta de coloridos alimentos. En ella había dos platonos de frutas variadas cortadas en rebanadas de distintos tamaños, tazones con queso crema y queso añejo, hogazas de pan aliñado, pan de yuca y una jarra de agua panela con limón y otra con aromático café.

El silencio de la gran casa abrumó a Regina, tanto que su apetito salió perjudicado. Con preocupación se preguntó si Gabriel estaría tan molesto para atreverse a dejarla sola y desamparada en el sitio o si solo se trataba de una velada invitación para que huyera.

Pronto oscurecería y sin conocer bien no podía aventurarse a salir en pos de

ayuda; eso sería poner en peligro la vida de su hijo. Con la idea de que se trataba de la segunda opción, se decidió a salir a dar un paseo por los alrededores, sin atreverse a admitir ni para sí misma que iba en busca de Gabriel.

Salió por la puerta de servicio, la que había usado en tantas ocasiones en su primera visita a La morenita. Lo primero que pudo apreciar fue el cielo encapotado de gris, que prometía la preciada lluvia para los agricultores. El camino la llevó rumbo a un patio lateral; nunca había estado ahí. El jardín era bellissimo, por donde mirara había masetas con plantas en flor y arbustos bien recortados, pero lo más espectacular eran los cuatro urapanes que formaban un gran redondel que al centro resguardaba un pequeño quiosco. Su estructura a base de madera labrada y techo circular de teja de barro era una obra de arte. También tenía una banca perimetral de fierro fundido y por piso lucía un tapete de verde pasto.

De pronto, a lo lejos, creyó escuchar la voz de Gabriel que hablaba con mucha dulzura. Algo más que la curiosidad la motivó a seguir su rastro.

Sus pasos silenciosos la llevaron hasta los establos y allí encontró a Gabriel cepillando el lomo de una yegua albina, con su maravilloso torso esculpido al desnudo brillante por el sudor.

—Sh... ¡Tranquila, Princesa! Ya falta poco para que tu precioso retoño esté contigo. —Con especial cuidado pasaba el cepillo desde la crin hasta el vientre preñado del animal, una y otra vez—. Dichosa tú que podrás gozar de ese privilegio.

Regina se quedó como hipnotizada por unos minutos. Veía la comunión entre Gabriel y la yegua que, con total abandono y confianza, se dejaba consentir por su amo. Casi sintió celos de ella.

Un gran relámpago anunció la llegada de la tormenta, su estruendo retumbó en el cielo y rompió la calma del lugar. Los animales de inmediato se inquietaron y el vallo en respuesta relinchó salvaje junto a Regina; esta pegó un grito involuntario y se precipitó al exterior, apenada de haber sido

descubierta.

—¡Regina! —Gabriel salió detrás de ella; alcanzó a ver cómo se guarecía en el quiosco cuando la lluvia se soltó con fuerza. Con paso lento, pero firme, se acercó sin importarle que su cuerpo se destemplara con la fría agua que le caía del cielo.

A pesar de la tempestad, que golpeaba su pecho y espalda, los sentimientos de Gabriel se encontraban a flor de piel y ver a Regina ahí, tan hermosa, al alcance de su mano, no le ayudaba a resistir la tentación.

Poseído por la potencia de la naturaleza llegó junto a ella; solo un paso los separaba. Estiró su brazo con cuidado, hasta alcanzar con la punta de los dedos el mechón dorado pegado a su rostro de ángel.

Sus grandes ojos de miel decían tantas cosas que, si hablaran, ya estaría perdido en un mar de duda y confusión. Pedían «Avanza» y a la vez «Detente», le gritaban «Ámame» y al mismo tiempo «Déjame». De suerte que él no pretendía ser otra cosa que un simple hombre que la necesitaba como al mismo aire que respiraba para seguir subsistiendo.

Decidido a pagar una condena hasta la muerte por hacer caso a su corazón y a nada más, avanzó el paso que lo separaba de su princesa de porcelana y sol, de su niña dorada, y tomó sus labios para beber de ellos hasta saciarse, aunque después sus días terminaran en medio del desierto.

Regina se miró en los ojos de jade antes de perderse en la vorágine de emociones que despertaron en su carne los labios de pecado. ¿Cómo podía resistirse a la tentación, si lo que más anhelaba en este mundo era estar en los brazos de su precioso Gabriel?

Las manos empuñadas sobre su pecho, preparadas para rechazarlo, cedieron hasta abrirse en un abanico de caricias prometedoras al rodear su nuca y correr por su espalda. Los labios que permanecían herméticos se separaron como pétalos de flor al recibir el rocío de la mañana. Gabriel gimió de puritito anhelo al sentir la caricia de la dulce lengua que esparció su sabia para enloquecerlo de deseo.

—¡Preciosa Regina! ¡Cuánto te necesito! —clamó sobre su boca.

Gabriel envolvió en sus brazos a la temblorosa figura sin soltar sus labios y poco a poco la guio a la cama de verde pasto, dispuesto a dar rienda suelta a su tímido amor de niño, mientras el hombre se dedicaba a arrasarse con su fuego incontenible y consumidor.

Casi con pesar abandonó los dulces labios para devorar su cuello, su garganta y seguir el camino a la gloria de sus pechos erguidos. Era ahora o nunca. Gabriel ansiaba degustar todo a su paso, antes de que el arcoíris requiriera de la luz de su sol para dar comienzo a un nuevo día.

Con suma delicadeza apartó la barrera de la tela para admirar los turgentes senos que esperaban anhelantes por sus caricias, así como él codiciaba su sabor y su textura dentro de su boca. Aunque para sus oídos también había gozo incomparable: gemidos igual que música celestial; jadeos sensuales, réplica viviente de sus sueños con la poseedora de tan deslumbrante belleza.

Regina era otra en los brazos de Gabriel, era fuego, era una antorcha encendida. Entre frases incompletas clamaba por más caricias, por la posesión absoluta de su cuerpo; porque solo así su calor abrasador, que la consumía por dentro, le garantizaba alivio.

Sin voluntad, sin reparos, transformada en arrojo y sensualidad, elevó sus caderas hasta hacer contacto con la vibrante dureza, con sus manos asidas con desesperación al firme trasero para aumentar el contacto y darse un adelanto del gozo por venir.

Gabriel no necesitó de más señales. Con modos desesperados se tumbó el pantalón, luego despojó a su sol, a su ángel, a su niña de rubia cabellera de la poca tela que aún la ocultaba de él.

Cuando sus ojos recorrieron la perfecta desnudez de Regina, su mirada se detuvo en la preciosa curva de su vientre y con devoción absoluta bajó su rostro y lo llenó de besos; en tiernos susurros le habló al ser que habitaba en su interior.

Exultante de felicidad, Gabriel se irguió sobre sus rodillas y en un acto final

de confirmación buscó la mirada de miel; al ver su mudo consentimiento se acomodó entre sus piernas y se adentró en sus profundidades, con cuidado, con dominio total de su ímpetu y su ardiente deseo para no lastimar, para dar placer absoluto antes de recibir.

Regina jamás se imaginó vivir un momento así, ni en sus fantasías más alocadas pensó hacer el amor con Gabriel en el paraíso.

Después de una noche completa de prodigarse amor sin palabras, caricias sin fin, entrega sin dimensión y sin reglas, Gabriel se decidió a declararse, pero lo haría con todas las de la ley; con velas, música y *champagne* y todos sus argumentos, poemas, planes y esperanzas puestos sobre la mesa para que Regina resolviera qué hacer con eso y con todo el amor que tenía para ella.

—Buenas tardes, preciosa —saludó enamorado un poco después de mediodía.

En cuanto Regina lo vio a través de la luna del tocador, todas las dudas se reflejaron en su rostro; Gabriel las captó de inmediato y, aunque se había preparado para la ocasión, su corazón sufrió un vuelco doloroso.

—¡Por favor, no digas nada! Desayuna tranquila y cuando estés dispuesta a darme una oportunidad de hablar, baja al comedor. Te esperaré el tiempo que sea necesario.

Sin decir nada más, dejó la charola servida con sustancioso alimento y se retiró de la alcoba, ocultando con habilidad su timidez y nerviosismo.

Más tarde, cuando revisaba por última vez todo lo dispuesto para el momento de la verdad, Gabriel sintió la presencia de Regina al pie de la escalera y con rapidez acudió a su encuentro.

Hermosa, como una diosa, vestida con los colores de su padre sol, Regina bajó con lentitud los escalones que los separaban, sin apartar la mirada del hombre de belleza perfecta y sonrisa devastadora que esperaba solo por ella.

Su estómago era una revuelta de mariposas y su cabeza una maraña de ideas que enfrentaba un duelo de sensatez con su loco corazón. Este último impuso

su derecho a ser el primero en opinar, por eso decidió darle a Gabriel el tiempo que le había solicitado.

De pronto, el estruendo de la puerta principal, al abrirse con violencia, rompió con el encanto, y los obligó a volver los ojos a la entrada; ahí se amotinaba el grupo de salvamento, que sabían que llegaría más tarde que temprano.

—¡Gabriel Ponce de León, date por preso en el nombre de la ley colombiana por el delito de secuestro en la persona de la señorita Regina Sampiers Cano! —declaró de forma atronadora el comisario de más alto rango de la brigada.

Hombre mal encachado que, aunque no despejaba más de metro sesenta del suelo, se hacía obedecer gracias a los galones que colgaban de su pecho y a esa voz que parecía nacerle desde las entrañas.

Segundos después, los hombres de la ley apresaron a Gabriel y de inmediato le sujetaron las muñecas por la espalda. Rogelio corrió al lado de Regina, que desde la mitad de la escalera observaba paralizada la terrible escena.

Cuando el detenido vio que Badillo se acercaba a arrebatarse lo que era suyo, intentó darle alcance, pero fue sometido con brutalidad, terminó tumbado de rodillas contra el piso con las muñecas esposadas como un criminal.

—¡Reginaaaa! —fue su grito desesperado—. ¡Escúchame, por favor! ¡Te amo!

—Cariño, ya estás a salvo. Me sentí enloquecer cuando este canalla te arrancó de mi lado ¿Estás bien? ¿No te lastimó? —Rogelio la tomó de los brazos y la movió como una marioneta para revisarla por todos sus flancos; hablaba sin cesar para apagar con su voz y cargados modos la declaración del poderoso rival.

—¡Regina! Estoy decidido a aceptar lo que sea, ¡por favor!, no me apartes de tu vida y de la de mi hijo ¡Te lo ruego! —Gabriel suplicó aún de rodillas. Sentía que el tiempo se le agotaba sin haber recuperado a su amada.

—¡Ignóralo! —La petición de Rogelio sonó como una orden—. No se puede confiar en un hombre que actúa a capricho, sin importarle los sentimientos de

los demás. —agregó cuando la guiaba escalón por escalón al primer piso; la meta era cruzar la puerta y que dejara su pasado atrás.

—¡Escúchame, amor! Sin ti no soy nadie. Tú me das motivos para vivir. Eres mi razón y mi todo. —«Cómo decirle en segundos lo que me tomó siete años comprender», se preguntó Gabriel desesperado.

—¡Suficiente! ¿Qué están esperando que no se lo llevan de una vez? —El exabrupto de Badillo sorprendió a todos, en especial a Regina que se volvió a verlo.

—¡Rogelio, basta ya! —ordenó don Octavio exaltado. No importaba lo afectado que estuviera su hermano, no le iba a permitir que se portara como un canalla.

Cuando Regina llegó abajo, José Pedro se adelantó y la arrancó del brazo de su prometido; de pronto, no confiaba en el desquiciado hombre.

Segundos después, la voz tronante del comisario dio la orden a sus hombres y casi en peso llevaron a Gabriel rumbo a la salida.

—¡Octavio, por favor, toma mi maleta! —gritó Gabriel al verse perdido.

—Sí. Vas a necesitar de algunas mudas de ropa en la cárcel, porque me cercioraré de que pases ahí un largo tiempo —gritó Rogelio en respuesta, al tiempo que le lanzaba con furia la valija por el piso.

Regina terminó de salir de su letargo con la violenta actitud de su prometido; lo miró con indignación y enojo. En eso, un oficial se acercó a recoger la abollada caja de lámina para entregarla a su dueño, pero esta se abrió de par en par y derramó todo su contenido.

En ella no había ropa como todos se lo imaginaron, solo papeles escritos a mano, plumines, depósitos de

tinta y una zapatilla de mujer. «¿Una zapatilla de mujer? Y no es cualquier zapato», se dijo Regina al reconocerlo. Era el par que había perdido el día de la fiesta de aniversario de Gaharo, cuando salió huyendo del salón.

—¡Mi sandalia! Tú la rescataste... ¿Porque la llevas contigo? —La pregunta parecía de cuento si no conocías la historia de esa noche.

—¡Un momento, señores! —dijo don Gustavo a los presentes con voz de mando y un ruego al cielo por que la situación diera un giro de ciento ochenta grados a favor de Gabriel.

Entendiendo el decisivo momento, José Pedro acercó la maleta a Regina, luego él siguió de frente hacia la puerta de salida y atravesó su humanidad para impedir que alguien entrara o saliera de ahí.

—¡Es lo único que tengo de ti, amor! —Para Gabriel fue doloroso confesar su realidad. Su rostro era un reflejo de su corazón en agonía.

Regina lo miró a la distancia, trataba de ver más allá de sus ojos de jade. Se agachó a recoger el zapato, pero uno de los escritos consiguió su atención y lo levantó sin importarle husmear en correspondencia privada. Este estaba escrito con una caligrafía de trazos fuertes, firmada al calce de la hoja por Gabriel Ponce de León, aunque lo que llamó más su curiosidad fue que estaba dirigido para «Mi preciosa Regina», así como solía llamarla él.

Lo leyó para sí, mientras todos aguardaban en silencio, incluso Rogelio, pero no por decisión propia, sino porque don Octavio lo contuvo para que no interrumpiera.

Tú has ganado, mi ángel dorado. Aquí me tienes, rendido, desesperado.

Necesito tu cuerpo caliente.

Mi vacío es inmenso si tú no estás a mi lado.

Con el corazón acelerado dentro de su pecho y las manos temblorosas, Regina se agachó de nuevo para tomar otro manuscrito.

Mi ave de paso regresó, pero me niega su canto.

La historia entre los dos para ella quedó en el pasado.

Si tan solo hubieras escuchado mi débil clamor...

Otra sería la historia entre mis dedos;

No la tibieza de tus manos, que persiste, aun cuando hace tanto que te

fuiste.
Me faltas tú para ser feliz,
Hasta para llorar te necesito.
Algo de mí murió cuando partiste.

Y otro...

Quiero todos tus anocheceres,
Quiero que te sientas mujer solo conmigo.
Amo cuando tu sombra y la mía se vuelven una...
Ángel mío, te tengo metida debajo de la piel, hasta en la sangre.
Tarde entendí que, cuando la dulzura de unos ojos te envenena, existe un solo antídoto para sobrevivir: amarlos.
Por eso te querré por siempre, en esta vida y la que sigue.

Y otro y otro y otro...

Cuando Regina terminó de leer los poemas de Gabriel, su rostro estaba bañado en las lágrimas que sus ojos derramaron sin que ella se diera cuenta.

—Regina, cariño, nuestra boda espera. —Se oyó la voz animosa de Rogelio.

Pero ella no escuchaba, ni tampoco recordaba nada que no fuera la noche anterior y las palabras escritas de puño y letra de su amado que hablaban de ese amor hermoso, intenso y verdadero con el que tanto había soñado.

—¡Gabriel! —corrió a su lado y se prendió a su cuerpo con desesperación —. ¡Yo también te amo con todo mi corazón! —Regina por fin liberó a su boca para gritar su gran amor a los cuatro vientos.

A Gabriel le faltaron las fuerzas y lentamente cayó al piso y Regina cayó con él sin dejar de besar su rostro precioso. En un fuerte abrazo, ambos lloraban inconsolables. Los oficiales enternecidos con la escena se

apartaron para darles un poco de privacidad; Rogelio intentó separarlos, pero una mano poderosa se lo impidió.

—¿En verdad crees que puedes competir con eso, Roy? —don Octavio preguntó con dolor de hermano, pero agradecido porque muy a tiempo se pudo

evitar el error que hubiera hecho desgraciados a los tres y al niño que viene en camino.

—Señores, el tiempo se acabó. Dejen actuar a la justicia que aquí se ha cometido un delito —declaró en tono determinante el comandante en jefe. Debía finiquitar el caso que ya se había alargado mucho más de lo necesario.

—¿Qué quiere decir con eso? —Regina se irguió y miró en todas direcciones en busca del apoyo de la familia—. ¡No, por favor! ¡No se lo lleven! —Se sujetó a la cintura de su amado con fuerza, decidida a impedir que lo alejaran de ella.

—No te preocupes, amor. Todo se va a resolver. —Gabriel la consoló con temple. No quería que ella o su hijo salieran lastimados en el ajetreo—. Sanclemente, por favor, cuídala.

—¡Tío Octavio! ¡José Pedro! —Regina acudió a ellos, deshecha en un doloroso llanto. La historia de su vida se repetía; perder a las personas que amaba era su suerte—. Yo soy la agraviada y lo libero de todo cargo —insistió con desesperación, con la mirada puesta en el comandante, sin acceder a soltar al detenido.

—Lo siento mucho, señorita, pero eso se tendrá que aclarar en la comisaria. —Inconmovible, el oficial a cargo respondió, antes de dar la señal de avance a la brigada.

—No te preocupes, niña, todo va a estar bien. Deja que se lo lleven, nosotros iremos tras ellos para declarar. Dijo José Pedro, al tiempo que la envolvía en su abrazo consolador.

—Acabo de mandar al capataz a la ciudad para que traiga a los abogados, hija. Ten confianza —agregó don Octavio de lo más tranquilo, cuando jalaba de la boquilla de su cachimba de cerezo. Las cosas resultaron como esperaba, lo demás era lo de menos. Ahí no había delito que perseguir.

Por el mismo Rafael Díaz, Gustavo se enteró que Jano, su hijo mayor, fue el autor intelectual del telegrama que había denunciado el delito del patrón.

Independientemente del hecho que motivó al chico para actuar en contra de

Gabriel, Gustavo decidió que el perjudicado resolviera qué hacer con él, aunque casi le daba las gracias por eso. De no ser por su intervención, la búsqueda se hubiera alargado por varios días, en vista del astuto plan que los tenía desorientados a todos.

Capítulo XVI

Dos semanas después...

Regina y Gabriel se encontraban en París, en su viaje de luna de miel, después de una boda relámpago porque ninguno de los dos quiso esperar un día más para estar juntos.

Amanecía del día sábado, en la exclusiva suite del matrimonio Ponce de León, del famoso Hotel Ritz de Place Vendome[15], donde los enamorados seguían amándose mucho, comiendo poco y aclarando tantos malentendidos causantes de sus eternos desencuentros.

—Desde el principio debiste darte cuenta de que me interesaba tu bienestar. Como ejemplo, te pongo la ocasión aquella en que Antonia te mandó a buscar el día de mi fiesta de bienvenida. —Gabriel hizo una pausa para besar a su esposa con elocuente amor. A pesar de tantas horas en la cama, aún no se podía creer que era suya para siempre—. Recuerda que no permití que te encontraran conmigo y me aseguré de que entraras a la mansión sin que nadie te viera.

—Yo siempre pensé que lo hiciste por ti, para que no te descubrieran con la sirvienta —se sinceró Regina. No dejaría nada sin decir, nada sin aclarar.

—Pues te equivocaste, mi hermoso ángel —sonrió encantador.

—Pero luego, esa misma noche, me dijiste que yo era poca cosa para ti. —Sus ojos de miel se opacaron por esa herida que aún dolía porque seguía abierta.

—¿Eso dije cuando te fui a buscar a tu habitación? —Sus ojos parpadearon de forma repetida por la evidente confusión.

—Más o menos sí —respondió.

—¡Jamás declararé tal cosa! Eso lo dedujiste tú. Lo que yo no quería era aprovecharme de tu inocencia —confesó con la seguridad de quien habla con la verdad.

Los enamorados tenían tantas anécdotas de desavenencias, que podrían escribir un libro sobre ellas.

—¿Recuerdas cuando estuvimos por primera vez en La morenita? —preguntó Gabriel. Sus traviosos dedos jugaban con sus senos desnudos.

—Sí. Como olvidarlo... —Se estremeció por la sensual caricia a pesar de la triste evocación.

—El día que te reclamé tú presunto desliz con Gustavo, te iba a despedir, pero al ganarme tú la tirada al decirme que te marchabas, algo en tu firme actitud removió todo mi interior y de pronto no pude soportar la idea de no verte más. —La verde mirada reflejó el tormento de solo pensarlo—. Claro que en ese momento no lo vi así, ni me lo hubiera admitido a mí mismo, pero ahora sé que fue porque ya te amaba.

Conmovida hasta lo más profundo de su ser, Regina premió al dueño de su corazón con un despliegue de caricias aprendidas del maestro. Después de eso, exhaustos, guardaron silencio por un buen rato.

Cuando por fin se decidieron a alimentar sus cuerpos con algo más que caricias, se dieron una ducha refrescante, y luego regresaron a la cama para continuar con sus confesiones. Ninguno de los dos quería guardarse nada para luego, ya habían sufrido suficiente por no hablar a tiempo.

—¿Recuerdas mi último mes en Medellín, antes de regresar a Europa? Me comporté de forma terrible —admitió avergonzado—. Entre la rumba constante, mujeres y copas, perseguía empañar tu imagen y todo lo que me despertabas en la piel. Vivía en una lucha constante entre lo que me decía mi cabeza, mi corazón y mi carne.

Gabriel hizo una pausa para perderse en los ojos de miel. Para él era muy importante que Regina entendiera su sentir de entonces y sus consecuentes acciones del pasado. Tal vez con eso, algún día, pudiera perdonar su ceguera y estupidez.

—La primera noche que pasamos juntos se quedó grabado como un sueño en mi memoria; al despertar, no sabía si había sido verdad o producto de mi subconsciente. A la mañana siguiente que nos despedimos, no hubo manera de salir de dudas.

—Siento haber sido tan cobarde, tenía miedo de tu rechazo y de perder mi trabajo también. —Regina declaró con el rostro escurrido por el dolor. Había atesorado por tanto tiempo su secreto que necesitaría muchos besos y caricias de su amado para atenuarlo.

—Cuando llegué a Europa —prosiguió, Gabriel— me enfoqué solo en mis prioridades, que eran terminar mi último año de estudios e iniciar los proyectos de negocios con empresarios europeos. Aunque...

—¿Pero supongo que por las noches también te mantenías ocupado? —interrumpió Regina celosa, con el rostro sonriente de su amiga italiana, demasiado vivo en su memoria, para conseguir perturbarla.

—Sí. Todas las noches tenía una cita con mi amante —confesó con mirada de añoranza y toda la intención de que sus palabras fueran malinterpretadas para ver el brillo de los celos en los lindos ojos de su esposa.

Regina se apartó del musculoso pecho de forma automática. Imaginarse a Gabriel haciendo el amor con otras era insoportable para su aún inseguro corazón.

—¿No te interesa saber con quién pasé todas esas noches de pasión? —insistió.

Verla así era un pequeño triunfo después de todo lo que sufrió cuando los celos le carcomían las entrañas. Reconocía que mucho fue por su estupidez, pero la niña rostro de ángel bien que ayudó con Badillo.

Suspirando con profundidad, Regina volvió sus ojos y miró con adoración a

su hombre amado—. No. Lo que hayas hecho en el pasado no será motivo de disputa entre nosotros dos. —Había aprendido la lección y no tentaré más a su suerte.

—Además de bella e inteligente, eres una mujer de gran corazón, por eso te adoro y te reitero mi eterna fidelidad ¿Si solo contando con un apasionado sueño, te fui fiel por todo un largo año de soledad, qué no pueda lograr contigo a mi lado?

—¿De qué hablas, mi precioso Gabriel? —Regina regresó a sus brazos, temblorosa por la tremenda confesión.

—Que en ese tiempo no estuve con otra mujer que no fuera la chica de mis sueños. Hasta tuve que acudir a un loquero, pero este me dio consejos que no quise seguir. De haberlo hecho, nos habiéramos evitado toda esta dolorosa procesión.

—Sin embargo, cuando hicimos el amor por segunda vez, fuiste muy duro conmigo. Tu mirada de repugnancia me dolió hasta el alma —evocó con una nota de amargura.

—Cierto. —Lo aceptó con inmensa pena—. Nunca voy a vivir lo suficiente para arrepentirme de todos mis errores, preciosa Regina. Pero, si te sirve de consuelo, amada mía, esa repugnancia que sentía era hacia mí mismo por desearte como un loco a pesar de creer que venías de revolcarte con otro hombre.

Regina llenó de besos tiernos el afligido rostro. Besó con devoción los parpados que guardaban las valiosas piedras de jade que ahora brillaban por las lágrimas sin derramar. Lágrimas que hablaban de viejas dolencias y sincero arrepentimiento.

Después de otra dotación de caricias que alejaron los fantasmas del pasado, Regina sacó a colación un tema de suma importancia que aún no habían tocado.

—Ahora que recuerdo— entonó como madre regañona—, quiero saber de

dónde sacaste la ropa y demás cosas que aparecieron sobre la cama de La morenita ¿Para quién compraste todo eso?

—Desde hace tiempo, le pedí a mi amiga Gabrielle que me enviara una dotación para ti —le respondió *ipso facto*, a pesar de sentirse sobremanera halagado por su reacción, pero ya no quería ver su rostro triste y apesadumbrado.

—¿Gabrielle Chanel? ¿Coco Chanel, quieres decir? —Pegó un brinco de sorpresa en el colchón, olvidada de pronto de su embarazo.

—Sí. Ella misma. ¿Si Quieres podemos aprovechar que estamos en París para presentártela? Coco tiene mucho interés en conocer al genio de la moda americana y a la reina de mi corazón.

—¿Y dejar la habitación? —preguntó con picardía.

—¡Eres toda una pilluela! —Rodó sobre su cuerpo para atraparla bajo él—. Es posible que ahora esté a unas cuantas habitaciones de aquí... —insistió con malicia.

—En verdad la admiro muchísimo, ella ha sido mi inspiración, pero a ti te he esperado por largo tiempo —declaró en tanto hundía su rostro en la curva del fuerte cuello para aspirar su aroma a hombre que tanto la enloquecía—. Creo que Coco Chanel puede esperar a nuestra vuelta —agregó con voz sensual al tiempo que acomodaba sus piernas para recibirlo.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Gabriel con voz enronquecida de apasionada anticipación.

—Cuando cumplamos dos años de casados. Para entonces, Clara ya caminará.

—¿Clara? —Se perdió en el hilo de la conversación, pues su mente estaba donde estaba su hombría.

—Nuestra hija, amor. —le recordó entre jadeos. Entonces, sobrecogida por el deseo, impulsó con energía sus caderas hacia adelante.

—¡Dioos! —gimió Gabriel—. Clara Ponce de León Sampiers—. ¡Mmm! ¡Me gusta! —jadeo con placer. Su cuerpo danzaba con firmeza en su erótico

vaivén.

—¡Síííí! ¡A mí también! —Regina se perdió en el poderoso éxtasis que la transportó al cielo, amarrada con fuerza a su hombre. A ningún sitio volvería a ir sin él.

—¿Amor, no habrá un Gabrielito?

Tiempo después, el insaciable hombre volvió al ataque con el tema de la descendencia. Esperaba por lo menos cinco hijos: Clara, Gabriel, Regina, Roberto y Rosita y así se lo hizo saber a su mujer.

—Estoy segura de que sí —sonrió satisfecha. «Nada me gustaría más que perfeccionar la técnica de reproducción», pensó golosa.

—Cariño, aún no me has dicho por qué cambiaste de parecer cuando descubriste tu zapatilla entre mis cosas.

—Solo un loco enamorado conserva eso junto a él y lo usa de inspiración para escribir versos de amor —respondió convencida.

—¿En verdad, te gustaron? —Gabriel la miró con gozo, gratamente conmovido.

—Son mi mayor tesoro...

—Ahora que te tengo a mi lado para inspirarme, nunca te faltarán mis versos de amor —prometió con pasión.

—Y yo no me cansaré de guarecerlos en mi corazón y en el baúl de mis más preciados recuerdos, amado mío.

FIN

Siempre a Dios.

A mi familia, por motivarme a seguir adelante.

A mis amigos, los que creen en mí y los que comparten mi pasión.

A mi editorial, que ha apostado por mí.

Y a mis lectores; ellos son la razón que me impulsa a superarme.

Si tienes un sueño, vívelo.

Si te ha gustado

Resurgiendo de las cenizas

te recomendamos comenzar a leer

Recuerda, mi amor

de *Nekane González*



Capítulo 1

Golpes de ultratumba

Abrí los ojos lentamente pestañeando varias veces y sentí cómo el peso de mi cuerpo se triplicaba; tenía la boca seca como el esparto y, entre la pesadez de la cabeza, se abrían paso los amargos recuerdos que prefería olvidar. Traté de estirar todo mi cuerpo con fuerza, llegando a cada esquina de la cama con todas las extremidades cual gato perezoso; realmente no tenía ningunas ganas de levantarme. El fatídico día había llegado de nuevo, precedido de una tempestad inesperada que no hacía sino incrementar la angustia de la negra fecha.

Después de remolonear durante media hora y sopesar si merecía la pena levantarse, me arrastré desde la cama hasta la ducha, tratando de evadir los recuerdos que se iban agolpando y pedían a gritos un orden en el tremendo caos que me invadía la cabeza. Recuerdo que salí a cenar con Iván y que, durante la que yo creí que iba a ser una cena romántica, me dijo que necesitaba tiempo y espacio, me dejó hecha un mar de dudas y con el corazón roto en mil pedazos sobre la mesa. Lo cierto es que ya tenía más espacio del que cabe en una relación de pareja, así que no entendí *a priori* lo que de verdad me estaba queriendo decir.

Se ofreció a llevarme de vuelta a casa y le contesté de mala gana que prefería volver en taxi. Pagó la cuenta en efectivo y salió sin remordimientos del restaurante, en el que me quedé sentada durante quince minutos sin reaccionar. Pedí una copa de crema de orujo y rompí a llorar, conforme el calor del alcohol pasaba por mi garganta y trataba de hacerse sitio entre el nudo que taponaba mi estómago. Noté que el camarero me miraba con lástima, pero no me importó lo más mínimo.

Me sentí como una imbécil pues, después de tres años de relación, ni tan siquiera me olí la jugada. Así que, para sacarme el sentimiento de estupidez de encima, llamé a mi compañera Cris y nos fuimos a un conocido local de moda a descargar adrenalina en la pista, aunque lo que conseguí fue pillarme una borrachera monumental de la que ahora estoy pagando las consecuencias. Salgo de la ducha envuelta en la toalla, que no es que haya hecho mucho efecto, pero por lo menos me hace sentir un poco mejor, y voy directa a la cocina a preparar un café, mientras me tomo dos pastillas para el tremendo dolor de cabeza, que ya está amenazando con acompañarme durante el resto de la jornada.

Hoy es 20 de febrero; para cualquier otra persona es un día como otro cualquiera, incluso para mí era un día normal hasta hace dos años. Ahora ya no, ahora me veo en la obligación moral de ir a pasar el día con mi amiga Verónica, en el sitio donde la enterraron un día como hoy, después de tener un funesto accidente de coche con su novio y quedar los dos estampados contra un muro en las afueras de la ciudad, cuando volvían de pasar un fin de semana en la playa. Me resulta cómico que el consuelo de todo esto sea que murió en el acto y no sufrió. Según el informe policial, Josu, su novio, tuvo que dar un volantazo para esquivar a un camionero que había coqueteado demasiado con las drogas y eso fue lo que le hizo dar contra el nefasto muro que acabó con la vida de los dos.

El camionero sobrevivió, para su desgracia, y entre lágrimas explicó que tenía que trabajar demasiadas horas para poder mantener a su familia y que nunca pensó que aquello pudiera suceder. Supongo que bastante trauma le ha quedado para el resto de sus días y dudo mucho que pueda volver a conducir, o a conciliar el sueño.

No puedo evitar pensar en la poca sensibilidad que ha tenido el cabrón de Iván al dejarme en una fecha como esta. Él sabe lo que significa para mí y, aun así, no le tembló el pulso para mandarme a paseo, aunque fuera con un discurso de lo más elaborado.

Sinceramente hace tiempo que ya no estábamos bien, habíamos caído en eso que se llama rutina y que termina con la mayoría de las parejas por aburrimiento. Verdaderamente no teníamos muchas aficiones en común y, en el último año, parecía más interesado en su trabajo y en sus compañeros, que en mí. Hacía por lo menos dos meses que no nos acostábamos y ya sé que eso debería haberme hecho saltar las alarmas, pero soy demasiado despistada o conformista, ¡quién sabe!

Al final acabé por olvidarme del sexo, tal y como Iván se fue olvidando de mí.

Soy incapaz de decantarme por nada de lo que tengo en el armario, aunque dadas las circunstancias y mi lamentable estado de ánimo, creo que unos pantalones negros a juego con una camiseta del mismo color servirán para demostrarle al mundo que hoy no estoy de humor y que, si lo paran un momentito, prefiero bajarme a seguir sufriendo abandonos voluntarios o involuntarios, como en el caso de Verónica.

Ella era mi mejor amiga desde la infancia. Siempre fuimos juntas al mismo colegio, al mismo instituto y a todos lados, la verdad, porque tratábamos de mantener esa cercanía y esa relación de hermanas que nos caracterizaba desde niñas. Yo siempre fui bastante introvertida, me pasaba el día leyendo y metida en los mágicos mundos que el papel me ofrecía, así que no era muy buena haciendo amistades. Pero Verónica y yo teníamos una química especial y siempre nos lo contábamos todo; ella era la única que me comprendía. Es por ello que cuando se fue, me sentí vacía y sola como si me hubieran amputado algún miembro sin el que no se puede vivir.

Iván pasaba demasiado tiempo trabajando en la consultoría jurídica, y yo tuve que pedir la baja por depresión porque no conseguía asimilar la partida de la que consideraba mi hermana. A los dos meses me despidieron de la mierda de trabajo temporal que tenía como encuadernadora en una imprenta y la realidad es que casi lo agradecí; no soportaba pasar ni una hora más en aquel almacén lleno de ruidosas máquinas que me producían tremendas

jaquecas y que me obligaban a trabajar a un ritmo frenético. No había ventanas, ni la luz del sol se veía por ningún lado, excepto cuando algún camión venía a cargar palés y unos tímidos rayos se colaban por la puerta y dejaban entrever que afuera existía otro mundo. Uno al que yo no estoy muy segura de querer pertenecer.

El caso es que mi médico me recomendó buscarme entretenimientos que me hicieran sentir mejor y, con toda mi buena voluntad, le propuse a Iván un sinfín de actividades que siempre terminó rechazando, bien por falta de tiempo o de ganas, y yo me apunté a un curso de piano, al que me presenté con un pequeño teclado que mis padres me habían regalado muchos años atrás. Allí conocí a Cris, una chica de treinta y tres años, alta, rubia, entradita en carnes y con un trabajo de periodista, cuyo estrés había hecho que acabara en aquellas clases al igual que yo. Hicimos muy buenas migas gracias a la sociabilidad que ella desplegó conmigo desde el primer día, en el que ya intercambiamos teléfonos y alguna que otra anécdota. Su angelical rostro y los reconfortantes abrazos que daba me hicieron confiar en ella casi desde el primer momento y eso fue dando paso a una amistad que poco a poco se fue estrechando, mientras intentaba recomponer los pedazos de mi vida.

Por aquel entonces yo aún vivía con mis padres a pesar de mi treintena, si bien, la muerte de Verónica y la lejanía de Iván me hicieron decidirme a vivir con Cris cuando ella me lo pidió, un día que tomábamos café después de clase. Supongo que me vio demasiado triste y que le venía bien tener una compañera de piso, por aquello de compartir los gastos. No tuve que pensarlo demasiado y, ciertamente, aquella proposición se me antojó como el beneficioso cambio de aires que el médico me había recomendado meses atrás.

Salgo de casa bailando las llaves del coche alrededor del dedo índice, en un gesto que empieza a ser convulsivo en mí cuando estoy nerviosa. No me acostumbro a tener que visitar a Verónica frente a una pared de yeso, o qué sé yo de qué están hechas esas paredes. Parece mentira, pero nunca sé qué

decirle y me hace sentir bastante tonta el hecho de tener que hablar con una pared. Arranco el coche y me envuelve la música que parece muy acorde a mi estado de ánimo: *Déjame llorar*, de Ricardo Montaner.

Llego frente al cementerio, aparco mi Opel Corsa azul y, sumida en mis pensamientos, arribo hasta la pared de nichos donde descansa mi amiga. Me siento en el banco de piedra que hay delante y aprovecho para desahogarme contándole todo lo sucedido con Iván, que no sé por qué no me ha dicho directamente que ya no me quiere, o que se ha cansado de mí. Casi me duele más que haya tirado de un tópico tan trillado; todo el mundo sabe que eso es lo que se dice cuando quieres dejar a alguien y no sabes qué argumentar, o no tienes el valor de decir la verdad. Mira, hoy no me cuesta nada hablar con la piedra y mi cabreo va en aumento conforme voy detallando los hechos del dolor, hasta que al final exploto en un sonoro y aparatoso llanto sin consuelo.

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada; enciendo un cigarrillo tratando de calmarme y entonces lo oigo. Dudo por un segundo de lo que escucho y miro a mi alrededor por si hubiera alguien más, pero no; el día está tornándose gris a pasos agigantados y el cielo amenaza severamente con descargar una torrencial tormenta. No se ve un alma viva en todo lo que mi vista alcanza a observar. Solo las hojas de algunos árboles rodando por el suelo y el ruido de las copas de los cipreses al chocar entre ellas rompen el sepulcral silencio presagiando lo que está por venir.

Otra vez esos golpes. Afino el oído con detenimiento, pero... ¡no puede ser! Parece que los golpes salieran de uno de los nichos que están en la tercera planta. Me debo de estar volviendo loca o el alcohol de ayer me está jugando una muy mala pasada. Por si acaso, me digo a mí misma que no volveré a beber, si bien creo que es lo mismo que pienso siempre que tengo resaca. De nuevo el ruido, como si unos nudillos estuvieran golpeando la madera de una puerta. Ahora lo oigo un poco mejor, a ver... contengo la respiración.

La sangre se me congela en las venas al darme cuenta de que, efectivamente, los golpes vienen de dentro de uno de los nichos. Al principio pienso en echar

a correr por aquello de las historias de fantasmas, pero, enseguida, mi mente racional me dice que los fantasmas no existen y decido asegurarme. Con demasiada cautela me levanto y me acerco hasta la pared, pego la oreja todo lo que puedo cual vecina cotilla y me sobresaltan de nuevo los golpes, mucho más nítidos ahora, haciendo que mi corazón se dispare a un ritmo frenético, al tiempo que doy un salto hacia atrás espantada.

«Tranquila, Julia», me digo a mí misma, «racionaliza y piensa en frío». ¿Y si han enterrado vivo a alguien? Los pelos se me erizan al momento pensando en esa posibilidad y me empiezo a agobiar muchísimo, como si a mí misma me faltara el oxígeno.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto temerosa, recordando al instante que esa frase se repite demasiado en las películas de miedo que tanto me gustan.

Como si fuera la respuesta a mi pregunta, los golpes se repiten esta vez con más insistencia y me empieza a quedar claro que sí hay alguien ahí y que, si está dando golpes, es que no está muerto.

Inmediatamente salgo disparada a buscar a algún funcionario del cementerio para contarle lo sucedido y, mientras corro, se me pasa por la cabeza que no me van a creer. Me respondo que lo mejor será que vengan a comprobarlo, pues los golpes están ahí.

Encuentro al enterrador en un antiguo osario que está justo en la otra punta del camposanto y mi urgencia por rescatar a quien quiera que esté dando golpes en su tumba se está haciendo imperante. Al asomarme a la puerta, veo a un hombre de unos cincuenta y muchos años manejando con absoluta tranquilidad unos huesos que parecen bastante más viejos que él. Se le ve cansado, y sus negras ojeras acaban casi donde empieza su poblada y cana barba. Yo trato de normalizar mi respiración lo suficiente como para poder hablar y agradezco en secreto haberme puesto deportivas hoy.

Él se vuelve alertado por mis ajetreadas respiraciones y con toda la parsimonia del mundo dice:

—Buenos días, señorita, ¿puedo ayudarla en algo? —Sus ojos grisáceos y

cansados se clavan en mí.

—Sí bueno, yo... verá —no sé ni cómo explicarle lo que pasa—, estaba visitando a una amiga en el otro lado del recinto y... —Será mejor soltarlo tal cual y dejarse de rodeos—. He escuchado unos golpes... desde dentro... de un nicho. —Inconscientemente mi tono de voz disminuye conforme avanza mi alegato.

El hombre me mira desconcertado tratando de asimilar mi explicación y, al cabo de dos segundos, rompe a reír hasta que se le saltan las lágrimas y dobla sobre sí toda la largura que tiene, a consecuencia de las carcajadas. Yo le observo sin saber muy bien qué decir porque en el fondo creo que es la reacción más lógica, hasta que parece que se calma.

—Señorita... —Queda esperando que le diga mi nombre.

—Julia, me llamo Julia —informo.

—Bien, verá, señorita Julia. —Recupera por fin la seriedad inicial—. Son muchas las personas que, en su afán por mantener a sus seres queridos con vida, creen oírles o incluso verles, pero créame, lamento decirle que eso no es posible. —Vuelve a retomar su labor con parsimonia.

—¡Oh! No, no; se equivoca. No se trata de mi amiga, yo estaba... —y le explico la situación tal y como ha sucedido desde el principio.

El hombre parece que al final se da por vencido y acepta acompañarme hasta el lugar de los extraños hechos, aunque creo que lo hace más por tranquilizarme que porque de verdad se crea lo que le estoy contando.

Tardamos en volver lo que se me antoja una eternidad y, al hacerlo, nos quedamos los dos en silencio esperando de nuevo la manifestación, pero, de primeras, ya no se oye nada. Me empiezo a preguntar si será demasiado tarde, si la persona que estaba pidiendo auxilio habrá muerto asfixiada en el tiempo que he tardado en buscar ayuda; claro, si el hombre no se hubiera estado descojonando y se hubiera dado más prisa en venir... Y mientras yo me agobio muchísimo con esos pensamientos, el enterrador me mira con expresión de ternura y, con una mueca, muestra la obviedad.

—¿Lo ve? No se oye nada, todos descansan en paz aquí y usted debería también irse a descansar, Julia.

—¡No, espere! —En un último y desesperado intento por convencerle, me acerco a la piedra y doy yo también unos golpecitos, al tiempo que pregunto de nuevo—. ¿Hay alguien ahí?

Si bien cada vez se oyen de manera más tenue, la respuesta por parte del interlocutor no se hace esperar, y deja a mi acompañante con la boca abierta durante unos instantes, que son los que tarda en reaccionar antes de coger el teléfono y comenzar a llamar como loco.

De ti, solo necesito tu olvido. Ni te debo ni me debes nada...



A fuerza de tesón y lágrimas, Regina Sampiers se levantó, recuperó su apellido y continuó con su vida. Hoy trabaja con ahínco, ha obligado a su mente a hacer a un lado sus tristes recuerdos para ir en busca de su ansiado sueño; solo que su corazón herido, difícil de restaurar, mantiene vívida la imagen de los momentos compartidos con el hombre, que muy a su pesar, no ha podido dejar en el olvido.

Después de algunos años de búsqueda infructuosa, Gabriel Ponce de León se ha dado por vencido para resignarse a dormir con los fantasmas que rondan sus noches, aunque sus días de empresario exitoso no son muy diferentes, de continuo se obliga a salir de los baches mentales, en los que se sume, cuando su mente se empeña en recordarle a la chica de rubios cabellos que se convirtió en su tormento.

Pero un día no muy lejano, cuando los avances tecnológicos que han traído consigo la era industrial y las clases más desprotegidas gocen de una mejor calidad de vida, la providencia habrá de jugarles a Regina y Gabriel, una muy mala pasada. Sus caminos se volverán a cruzar y la batalla campal de ella, por finiquitar las cuentas del pasado, se verá debilitada ante la lucha de él, por conseguir la redención en nombre del honor y las buenas costumbres de los Ponce de León.

Olga Hermon Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como en 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Olga Hermon

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-10-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

- [1] Hielo en forma de cono.
- [2] Mujer fácil.
- [3] Expresión colombiana que indica que, si celebras algo antes de tiempo, te saldrá mal.
- [4] La expresión «oído de tísico» es una frase hecha que se utiliza para describir a una persona que escucha muy bien. La utilizan principalmente las personas de edad avanzada, pero algunos miembros de las nuevas generaciones también la han adoptado.
- [5] Detective inglés. Personaje de un libro de ficción escrito por Sir Arthur Conan Doyle en 1887.
- [6] Llamar por teléfono.
- [7] Mujeriego en el argot colombiano.
- [8] Persona servicial y colaboradora.
- [9] Dios de la sabiduría.
- [10] Llamada telefónica.
- [11] Del compositor Santos Quijano.
- [12] Según la RAE: adj. coloq. Dicho de una persona, un muchacho generalmente: Travieso o descarado.
- [14] Mujeriego.
- [15] Plaza típica del urbanismo clásico francés. Una de las plazas de París, mundialmente célebre.

Índice

Resurgiendo de las cenizas

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Olga Hermon

Créditos